URSINUS COLLEGE LIBRARY
COLLEGEVILLE, PENNSYLVANIA 19426
3 6531 00037 7244

Ursinus College Library

from

Dr. Charles Lyon Chandler

Class 86[illegible] Book 015

Accession 39346

WITHDRAWN

STACK

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/poesias0000jose_d3m5

POESIAS

DE

OLMEDO

3429

PARÍS. — TIP. DE GARNIER HERMANOS

José Joaquim de Almeida

JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

POESÍAS

EDICIÓN

CORREGIDA CONFORME Á LOS MANUSCRITOS

O PRIMERAS EDICIONES

CON NOTAS, DOCUMENTOS Y APUNTES BIOGRÁFICOS

Por

CLEMENTE BALLÉN

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

El señor don Clemente Ballén, hijo de Guayaquil, y por muchos años Cónsul general de la república del Ecuador en París, falleció en esta ciudad el 18 de julio de 1893, á los sesenta y cinco años de su edad, profundamente sentido por cuantos tuvieron la dicha de conocerlo, de gozar de la amenidad de su trato, de apreciar en fin sus grandes y raras cualidades: la elevación de su espíritu, la inalterable franqueza y la generosidad de su carácter.

Había residido en su ciudad natal al frente de una de las casas de banca más respetables del país hasta el año de 1869, que vino á París; aquí, también engolfado en los negocios, se mantuvo en relaciones constantes de afecto y simpatía con sus conciudadanos, siempre dispuesto á desempeñar cuantas comisiones oficiales recibía, á no economizar ni tiempo ni esfuerzos por servir á su país; éste, en cambio, reconociendo su mérito y sus servicios, nunca lo olvidó y hasta le ofreció más de una vez el puesto de Presidente de la república, proclamando su candidatura con el mayor entusiasmo, honor que él sin embargo se vió forzado á declinar, presa, como estuvo, durante largo período al fin de su vida, del padecimiento orgánico, que por último postró sus fuerzas y lo condujo al sepulcro.

Su mayor anhelo fué siempre dar alguna forma prác-

39346

tica á la ardiente simpatía que profesaba á Olmedo, su compatriota, su convecino, tan admirable para él por sus ideas liberales y generosas, como por la alteza de la inspiración poética. Al efecto se ocupó asiduamente en recoger todos sus versos, estudiar sus escritos en prosa, y allegar los materiales necesarios para una edición completa de sus obras poéticas, para un estudio biográfico auténtico y detenido. No pudo por desgracia realizar completamente ese propósito, sueño gratísimo de su alma; pero lo dejó en gran parte acopiado y hasta cierto punto ordenado, faltando al todo nada más que la última mano, por así decirlo. Auxiliado por amigos, de él y míos, ha sido posible realizar ahora la tarea y terminar esta edición, con impaciencia aguardada por los amantes de las letras en América, y que á mí personalmente, su albacea testamentario y á él ligado por lazos estrechos de afinidad y por la imborrable memoria del más vivo é íntimo cariño, me es particularmente satisfactorio presentar al público en su nombre.

CRISANTO MEDINA.

París, Junio de 1895.

DATOS Y NOTICIAS

ACERCA DE OLMEDO

Andrés Bello y José María Heredia son los dos grandes poetas líricos que con José Joaquín de Olmedo comparten la más alta cumbre del Parnaso americano; de las obras de los dos primeros se han hecho en Europa y en América numerosas ediciones, y todo cuanto escribieron, lo bueno y lo menos bueno y lo mediano, está definitivamente, desde hace tiempo, en manos de sus apasionados; mientras que de Olmedo puede afirmarse que sólo hasta ahora ha existido una edición, agotada ya en las librerías: la que publicó en Valparaíso el año de 1848 un insigne propagador de glorias americanas, el argentino Juan María Gutiérrez, pues la de París (1853) es una mera reproducción, « empedrada de yerros », como de otras menos defectuosas se ha dicho; y la que en 1862, durante su estancia en la República mejicana, dirigió el malogrado Manuel Nicolás Corpancho, poeta y diplo-

mático peruano, se perdió desgraciadamente en el terrible naufragio del vapor *Meteo* ocurrido en 1863, naufragio que á él mismo costó la vida. La presente edición viene por tanto á ser la cuarta conforme a esta cuenta, lo cual es bien poco comparado con la fama universal del poeta; aunque ello parecera menos extraño si se tiene presente el gran número de veces que se han impreso en cuaderno suelto sus dos cantos principales, el de la Victoria de Junín particularmente; además han sido ambos incluídos en infinitas antologías.

Pero si los editores han sido pocos, no han faltado en cambio biógrafos bien informados, jueces tan competentes como favorables, y entusiastas admiradores. Á más de Gutiérrez y de Corpancho, que en sus respectivas ediciones consagraron á Olmedo noticias interesantes, muchos son los que merecerian ser recordados aquí; en la imposibilidad de hacerlo con todos, nos reduciremos á mencionar algunos. Por ejemplo, la biografía de don Pedro Carbo, llamado hoy con razon el primero de los guayaquileños; la de don Pablo Herrera, eruditísimo literato ecuatoriano; los excelentes trabajos de don Juan León Mera sobre Olmedo y sobre toda la literatura del Ecuador, en que ocupa él mismo lugar tan distinguido; los de don Francisco Campos que, entregado a las obras públicas de Guayaquil, encuentra sin embargo tiempo para producir escritos muy útiles; el brillante artículo

del afamado poeta don Rafael Pombo, inserto en el periódico ilustrado de Nueva York, *El Mundo Nuevo*, y el hermoso elogio que como Secretario de la Academia Colombiana, leyó en la junta solemne de 1882; la completa, la excelente monografía de don Miguel Antonio Caro publicada en dos números del *Repertorio Colombiano;* y por último la serie de artículos de don Manuel Cañete en la *Revista Hispano-Americana*, que reunidos más tarde llenan medio volumen de la « Colección de Escritores Castellanos », de Madrid.

Los dos últimos trabajos descuellan entre todos por su extensión y su carácter crítico. Al de Cañete, concebido según lo advierte « para demostrar á nuestros hermanos en América el sincero afecto que nos inspiran », no le falta por de contado el tono protector y el aire condescendiente de cuanto escriben sobre cosas de América los literatos españoles, y aunque su análisis no penetra mucho más allá de la superficie y peca á menudo de pueril, es obra digna de todo encomio por el empeño de ser imparcial y por el examen de las cartas y documentos que le fué dado conseguir. El trabajo de Caro ahonda mucho más, como obra de crítico incomparablemente más sagaz, y más profundo conocedor de la materia; considera el Canto á Bolívar, objeto principal de su tarea, bajo todos sus aspectos, y lo juzga con tanto acierto como novedad : el juicio sería, á nuestro modo de pen-

sar, intachable, perfecto, si no fuese por una frase, una palabra desgraciada que como gota de esencia demasiado enérgica, amarga toda la composición, trasmitiéndole lo acre de su sabor. Analiza el señor Caro la declamación sobre la conquista puesta por Olmedo en boca del Inca, aquella en que algunos versos débiles alternan con otros de la más vigorosa concisión, como éstos :

> Sangre, plomo veloz, cadenas, fueron
> Los sacramentos santos que trajeron;

y á éstos precisamente refiriéndose, — pues los cita, — dice el señor Caro que « la Musa abandona al poeta, y le deja hablar sólo el lenguaje *de la canalla.* »

Todos esos versos y los demás del Inca en el famoso trozo que comienza : *¡ Guerra al usurpador!* son fidelísimo trasunto de los sentimientos de la época, tales como los experimentaban y expresaban los más cultos y distinguidos individuos, y así se encuentran en los periódicos, en las arengas militares, en los papeles oficiales, en las proclamas de Bolívar; sentimientos y expresiones que persistieron aún después de terminada la guerra, pues hombre tan ilustrado y tan moderado como Felipe Pardo y Aliaga, emplea estos versos en su Epístola á Olmedo (1829) :

¿Lamentar no es dado los horrores
De la feroz conquista,
Cuando — por cimentar el poder regio
De lejanos señores
Acá en nuestras comarcas —
Cometieron el torpe sacrilegio
Los ministros del fiero despotismo
De hacer correr la sangre de los Incas
Mezclada con el agua del bautismo?

Y aun mas tarde José Eusebio Caro, padre ilustre de don Miguel Antonio, cuya nobleza y rectitud de carácter son todavía proverbiales en Colombia, dedicó al mismo Olmedo en 1834 el siguiente soneto, demasiado enérgico y brillante para que dejemos de insertarlo, ya que sería inutil buscarlo en el tomo de *Poesías* de Caro publicado en Madrid, en la « Colección de Escritores castellanos ». Hélo aquí, y nótese la indudable semejanza en el carácter de las expresiones contra el gobierno español:

Sonó en los cielos de venganza el grito,
Y, cual un Dios, en la fatal palestra
Apercibido el Héroe se demuestra
Á dar fin al reinado del delito.
La lid se traba: de Simón invicto
Ya el rayo brilla en la tremenda diestra:
Muriendo ya bajo sus pies se muestra
El monstruo que maldijo el Infinito.
Del hondo mar á las remotas playas

Llega el eco de triunfo, que sonoro
Ensalza de Bolívar el denuedo :
Y en las floridas márgenes del Guayas
Sobre un escudo, con buril de oro,
Graba las glorias de su patria Olmedo.

*
* *

En 1757 don Miguel Agustín de Olmedo[1], vecino de Malaga, se embarcó con pase de la Contratación de Cadiz para ir á desempeñar la Administración de Rentas Reales de Panamá, y de ahí se trasladó cuatro años después á Guayaquil en calidad de Tesorero y Comisario de guerra.

Guayaquil componía entonces uno de los cuatro Gobiernos Mayores de la Presidencia de Quito, pero su administración estaba dividida : en lo político, judicial y rentístico dependia de la citada Presidencia y de la Real Audiencia de Quito; en lo militar del Virreynato del Perú, y en lo eclesiástico del obispado de Cuenca. Extraño sistema, bien común, sin embargo, en aquellos dias.

En Guayaquil se quedó definitivamente don Miguel, desempenando uno tras otro los cargos más

1 Desde cierto período de su vida dejó nuestro poeta de usar partícula en su apellido. Su padre la usó siempre, y se ha conservado en esta edición conforme al autógrafo al pie del retrato, tomado de un papel oficial firmado en 1812.

importantes de la provincia hasta llegar á ser Síndico de la ciudad, Alcalde ordinario y jefe del Cabildo, puestos ya puramente honoríficos que revelan el gran prestigio de que llegó á gozar, en los cuales no dejó pasar ninguna ocasión de contribuír con su fortuna particular al auge y embellecimiento de su patria adoptiva, pues ya entonces había contraído matrimonio con doña Ana Francisca Maruri, de lo más distinguido del país, y con quien tuvo dos hijos : José Joaquín, que nació el 19 de Marzo de 1780, y Magdalena, que fué esposa de don Francisco Paredes, comerciante de la misma ciudad.

La fecha del nacimiento de Olmedo que hemos fijado es la que él y toda su familia reconocían, aunque su partida bautismal, que consta en los registros parroquiales de la Catedral, está redactada en los términos siguientes :

« En veintidós de marzo de mil setecientos » ochenta, bauticé, puse oleo y crisma á José » Joaquín Eufrasio, *de dos días de nacido,* hijo le- » gítimo del Capitán Don Miguel de Olmedo y » de Doña Ana Maruri y Salavarría; fué su ma- » drina Doña Dominga Maruri y Salavarría, á » quien le advertí el parentesco y la obligación » que tenía, y para que conste firmo.

« Doctor José Alexandro de Egues
« y Villamar. »

De dos días de nacido; fórmula defectuosa y ocasionada á errores, que todavía hoy usan los curas en el Ecuador, de la que han deducido muchos que nació el 20 y no el 19, día de su santo, fiesta de su nombre, que es la fecha real.

Tenía apenas nueve años cuando lo llevó su padre al colegio dominicano de San Fernando de Quito. Allí siguió los cursos de gramática castellana y latinidad, y regresó á Guayaquil dos años después. En 1794 fué enviado á Lima, encomendado á su pariente el señor don José V. Silva y Olave, Obispo de Huamanga, para continuar sus estudios en el colegio de San Carlos; y tanto sobresalió por su talento y gravedad, que á la edad de veinte años obtuvo la cátedra de filosofía por oposición. Concluyó sus estudios en la Universidad de San Marcos, y recibió en 1805 el grado de doctor en jurisprudencia. Fué nombrado, por oposición también, profesor de derecho civil en el colegio de San Carlos; y por último el 1°. de febrero de 1808 se recibió de abogado, y entró á formar parte de la Universidad como catedrático de Digesto, por elección espontánea de los miembros del claustro.

El profesorado y el cultivo de la jurisprudencia no sofocaron en él las innatas disposiciones para las letras, y por su propio esfuerzo, á pesar de respirar tantos años la atmósfera anti-literaria de aquella universidad, compuso entonces las odas

El Árbol, *Á un amigo en el nacimiento de su hijo* y *Á la muerte de la Princesa de Asturias*, dignas precursoras del *Canto á Junín*.

El 20 de Agosto de 1808 retornó á Guayaquil, á tiempo por fortuna para recibir la suprema despedida de su noble padre, que expiró á los siete días de su llegada, no sin haber dado á entender claramente á su familia que, en el inevitable conflicto futuro entre la metrópoli y la colonia, se pondría sin vacilar del lado de su patria adoptiva, de la patria de su esposa y de sus hijos.

En 1809 se incorporó á la Universidad de Santo Tomás de Aquino y en el colegio de Abogados de Quito; pero pronto se puso en viaje para España acompañando como secretario al ya citado Obispo Silva, que iba á tomar asiento en la Junta Central; en Méjico tuvieron noticia de la disolución de ese cuerpo, y dieron la vuelta inmediatamente hacia Guayaquil.

Apenas contaba Olmedo treinta años cuando fué elegido — á poco de su regreso — como diputado de la provincia de Guayaquil en las Cortes generales de la nación, que iban á reunirse en la isla de San Fernando, convocadas por la Regencia del reino; al año día por día de su elección (11 de Setiembre de 1811) puso el pie en la ciudad de Cádiz, y tomando su asiento en la famosa asamblea, se inscribió entre el grupo de diputados europeos y americanos, que pregonaron ideas libe-

rales y provocaron reformas en el mismo sentido.

Ni por sus cualidades físicas ni por el género de sus talentos, estaba llamado á ser un gran orador parlamentario, pero no rehuía tomar la palabra cada vez que era necesario, y en la sesión del 12 de Agosto de 1812, discutiéndose la abolición de los servicios forzados que con el nombre de mitas imponía la administración colonial á los indios en algunas partes de América, pronunció un gran discurso, que ha sido después impreso varias veces, y cuya síntesis se encuentra en esta frase, que le sirve de epígrafe :

« Es admirable que haya habido en algún tiempo » razones que aconsejen esta práctica de servidum- » bre y de muerte; pero es más admirable que haya » habido reyes que la manden, leyes que la pro- » tejan, y pueblos que la sufran. »

El diputado por Méjico, Castillo, inició la discusión, y las Cortes unánimemente acordaron la abolición de las mitas.

El 24 de agosto de 1812 fué electo secretario de esa Asamblea; el 13 de marzo siguiente miembro y secretario de la Diputación Permanente.

Perteneció también á la Comisión que opinó por la desaprobación del tratado entre Fernando VII y Napoleón, el que en efecto fué rechazado por las Cortes en el decreto de 2 de febrero de 1814. Ese decreto imponía por otra parte al Rey el juramento de la Constitución, como condición previa del re-

conocimiento de la autoridad del Monarca. Disueltas por este hecho las Cortes el 11 de mayo, dice don Francisco P. Icaza, arrastrada por el pueblo y la tropa la estatua del patriotismo y la lápida de la Constitución; restablecidos el poder absoluto y la inquisición, y aprehendidos los diputados y personajes más importantes, como Argüelles, Gallegos, Quintana, Muñoz, Toreno y otros, Olmedo comprendió que no quedaba á España otra esperanza que la revolución, y á América la independencia. Y para evitar la suerte miserable que cupo á sus colegas, permaneció desde entonces obscurecido en Madrid, para no llamar la atención pública y poder emprender la vuelta.

En 1815 se embarcó en Cádiz, y por la vía de la Habana llegó en 1816 al lado de sus compatriotas.

Tal felicidad no gozaron los quiteños con su gran Mejía, fallecido en Cádiz, víctima de la epidemia que asoló ese puerto en 1813. Su amigo Olmedo puso este epitafio sobre su tumba:

Á Dios Glorificador.
Aquí espera
la resolución de la carne
el polvo
de
Don José Mejía,

Diputado á Cortes por Santa Fe de Bogotá.
Poseyó todos los talentos,
amó y cultivó todas las ciencias;
pero sobre todo amó á su patria
y
Defendió los derechos del Pueblo Español,
con la firmeza de la virtud,
con las armas del ingenio y de la elocuencia,
y con toda la libertad
de un Representante del Pueblo.
Nació en Quito;
Murió en Cádiz
en
Octubre de 1813
Á los 36 años de su edad.
Sus paisanos y amigos
escriben llorando estas letras
á la posteridad.

Un gran dolor le aguardaba al entrar en Guayaquil á fines de 1816: la noticia de la muerte de su madre, ocurrida en Junio anterior, antes de haber cumplido los sesenta años.

En 1817, de vuelta de un corto viaje á Lima, se casó con doña Rosa de Icaza, su parienta, con quien tuvo tres hijos: la mayor, Rosa Perpetua, murió muy joven, durante otra ausencia de su padre; Virginia á quien huérfana adoptó el Estado y murió en 1878; y por último José Joaquín, único varón, que vive en Guayaquil, heredero de

las virtudes morales de su padre y rodeado de la estimación de todos.

El nueve de Octubre de 1820 proclamó Guayaquil su independencia, y el mismo dia eligió á Olmedo para ejercer la primera autoridad en la provincia con el titulo de Jefe politico, como aparece de la siguiente acta del Cabildo :

« En la ciudad de Santiago de Guayaquil á nueve días del mes de octubre de mil ochocientos veinte años, y primero de su *independencia*, reunidos los Señores que lo han compuesto, á saber, los Señores Alcaldes don Manuel José de Herrera, don Gabriel García Gomez, y Señores Regidores don José Joaquín Olmedo, don Pedro Santander, don José Antonio Espantoso, doctor don José María Maldonado, el señor Procurador General don José María Villamil, por ante mí el presente Secretario, dijeron : Que habiéndose *declarado la independencia* por el voto general del pueblo, al que estaban unidas todas las tropas acuarteladas, y debiéndose tomar en consecuencia todas las medidas que conciernan al orden politico en circunstancias que éste necesita de los auxilios de los principales vecinos, debía primeramente recibirse el juramento al señor Jefe Político que se ha nombrado, y lo es el señor Doctor don José Joaquín Olmedo, por voluntad del pueblo y de las tropas; y en efecto, hallándose presente dicho señor en este Exmo. Cabildo, prestó el juramento de ser

independiente, fiel á su patria, defenderla, coadyuvar con todo aquello que concierna á su prosperidad, y ejercer bien y legalmente el empleo de Jefe Político que se le ha encargado.

« En seguida el referido señor Jefe Político, posesionado del empleo, recibió juramento á todos los individuos de este cuerpo, quienes juraron ser independientes, fieles á su patria y defenderla con todas las fuerzas que estén á sus alcances, cuyo juramento lo presenció el señor Jefe Militar don Gregorio Escobedo.

« Después de este acto se acordó igualmente que los empleados antiguos continúen en el servicio de su ministerio, siempre que con absoluta libertad presten el juramento de ser independientes y fieles á la patria, como de propender á la libertad de la América, en el ejercicio de sus destinos, bajo el concepto que en caso de no quererlo prestar, no serán acriminados por la omisión única de este acto; y habiéndose hecho llamar á los Señores don Pedro Morlás, don Gabriel Francisco de Urbina y don Bernardo Alzúa, Ministro de Hacienda Pública, don Juan Ferruzola y don José Joaquin Loboguerrero, Administrador y Contador de la Aduana Nacional, don Angel Tola y don Carlos Calisto, Administrador y Contador del Ramo de Tabaco, y don Ramón Pacheco, Administrador de Correos, prestaron el juramento indicado, á excepción de don Juan Ferruzola, que no

pudo comparecer en el acto, y don Bernardo Alzúa, quien expuso que no era empleado en ejercicio, sino agregado á estas cajas, y por este motivo no lo hacia, cuanto por haber hecho dimisión de ese cargo, por no gravar inútilmente el erario público.

« Se acordó igualmente que se expidiesen dos expresos á los Ayuntamientos de Quito y Cuenca, poniendo en su noticia la nueva forma de Gobierno establecida en esta ciudad, exhortándoles á la uniformidad de sentimientos y operaciones conducentes á la independencia general de la América, y que esta providencia se extienda á todos los pueblos de esta jurisdicción por el Señor Jefe Político.

« Finalmente se acordó que se publicase por bando con acuerdo del Señor Comandante Militar.

« En este estado compareció don Juan Ferruzola, y habiéndose enterado de todo el contenido de esta acta, prestó el indicado juramento.

« Y habiéndose tratado del ejercicio de la jurisdicción contenciosa y orden que debia observarse en la ciudad, se acordó generalmente que dicha jurisdicción se ejerciese por dichos alcaldes con arreglo a las leyes que han regido hasta el dia de hoy; y que para mantener el orden se destinasen todos los Señores del Ayuntamiento á hacer patrullas, procurando mantener el sosiego con el

modo y sagacidad que exigen las circunstancias del día.

« Con lo que, y no habiendo tratado otra cosa, firmaron esta acta, por ante mí el presente Secretario.

José Joaquín de Olmedo
Manuel José de Herrera
Gabriel García Gómez
José Antonio Espantoso
Pedro Santander
José M. Maldonado
Bernabé Cornejo y Avilés
José Ramón Menéndez
Jerónimo Cerda
Manuel Ignacio de Aguirre
Francisco de Marcos
José Villamil
Juan José Casilari
José Ramón de Arrieta, Secretario. »

En medio de los preparativos de defensa exigidos por la situación precaria del país y la necesidad de aprestar la provincia contra toda amenaza de las fuerzas realistas que existían al norte, al sur y por todas partes, se ocupó también Olmedo sin pérdida de tiempo en organizar la administración pública y en redactar una constitución que tuvo por nombre *Reglamento Provisorio,* convocando una asamblea popular llamada *Colegio Electoral,* que lo sancionó. Pidió también á la asamblea que

designase otros ciudadanos para ejercer con él el mando, y en noviembre el Colegio Electoral instituyó una *Junta de Gobierno,* compuesta del mismo Olmedo como Presidente y de don Francisco Roca y don Rafael Jimena, que tuvo por colaboradores en la emancipación, á más de los miembros del Cabildo ya nombrados, á Hilario Álvarez, Antepara, los Calderones, los Elizaldes, Escobedo, Fajardo, Febres Cordero, los Garaycoas, Baltazar García, los Lavayenes, Letamendi, Llona, Nájera, Ponce, Santistevan, Urdaneta, Valverde, Vivero y otros próceres, cuyos nombres registra la historia con amor y reconocimiento.

El citado reglamento, como obra de Olmedo y documento histórico importante, tiene señalado aquí su lugar:

REGLAMENTO PROVISORIO DE GOBIERNO

APROBADO POR LA JUNTA ELECTORAL DE PROVINCIA

Artículo 1º — La Provincia de Guayaquil es libre é independiente; su religión es la Católica; su gobierno es electivo; y sus leyes las mismas que regían últimamente en cuanto no se opongan á la nueva forma de gobierno establecida.

Artículo 2º — La Provincia de Guayaquil se declara en entera libertad para unirse á la grande asociación que le convenga de las que se han de formar en la América del Sur.

Artículo 3º — El comercio será libre por mar y tierra con todos los pueblos que no se opongan á la forma libre de nuestro gobierno.

Artículo 4º — El Gobierno residirá en tres individuos elegidos por los Electores de los pueblos; entenderá en todo lo gubernativo y económico de la administración pública: habrá un Secretario con voz y voto en la imposibilidad de alguno de los vocales de la Junta; y dos oficiales de secretaría; todo con dotación fija.

Artículo 5º — Además de las atribuciones comunes anexas al Gobierno, le competerán las siguientes: 1ª proveer todos los empleos civiles y militares; 2º imponer contribuciones; 3º celebrar tratados de amistad y comercio; 4º levantar tropas y dirigirlas donde convenga; 5º emprender obras públicas; 6º formar reglamentos para el comercio nacional y extranjero y para todos los demás ramos de la administración.

Artículo 6º — Cada mes se publicará un estado por mayor de la entrada, salida y existencia de la tesorería. Cada tres meses se publicará un estado por menor de entradas y gastos públicos.

Artículo 7º — El arreglo de la tropa, orden de

ascensos, planes de defensa y todo lo concerniente á la milicia, pertenecen al Jefe militar.

Artículo 8º — En cualquier peligro de la Patria, el Gobierno, de acuerdo con el Jefe militar, consultará la seguridad pública.

Artículo 9º — Desde la edad de dieciseis años nadie estará libre del servicio militar, cuando lo pida la seguridad y defensa del país.

Artículo 10º — Los jueces solamente entenderán en lo contencioso de las causas, y administrarán justicia en lo civil y criminal. Nadie será juzgado por comisión especial. Habrá un juez de letras nombrado por el Gobierno con las atribuciones que le daba la última ley, al cual también corresponde lo contencioso de hacienda.

Artículo 11º — Habrá un juzgado para los recursos de segunda instancia, compuesto de tres miembros.

Artículo 12º — Los alcaldes de los pueblos son también jueces de primera instancia; y los recursos contra ellos se interpondrán ante el juzgado de segunda instancia.

Artículo 13º — La perturbación del orden público es un crimen de Estado. Todo falso delator sufrirá la pena que merece el delito que delata.

Artículo 14º — Habrá una diputación de comercio arreglada en lo posible á la ordenanza de Cartagena. El juzgado de alzadas se compondrá de un individuo del juzgado de segunda instancia

sacado por suerte, y de dos colegas nombrados por las partes. El primero y segundo diputado se elegirán cada dos años en junta general de comercio.

Artículo 15º — Para el gobierno interior de los pueblos habrá un ayuntamiento elegido por los padres de familia ó cabezas de casa. El Ayuntamiento de la capital se compondrá de dos alcaldes, diez regidores, un síndico procurador con voz y voto, y un secretario. Será presidido por el Presidente de la Junta de Gobierno. Los alcaldes se mudarán cada dos años, y los regidores por mitad. Los ayuntamientos de los pueblos se formarán según su población, arreglándose al último reglamento: quedan suprimidas las tenencias.

Artículo 16º — Estará á cargo de los ayuntamientos: 1º la policía general de la población; 2º promover la educación de la juventud, fomentar la agricultura y comercio; 3º formar el censo y estadística de la Provincia; 4º auxiliar á los alcaldes para extinguir la ociosidad, y perseguir á los vagos y malhechores, especialmente en los campos; 5º administrar los propios y arbitrios, de que darán cuenta anual al Gobierno; 6º repartir y recaudar las contribuciones; 7º cuidar de las escuelas y hospitales, reparar los caminos y cárceles, proponer é intervenir en las obras públicas de utilidad y ornato, conforme en todo al

último reglamento; 8? señalar la renta de los empleos de nueva creación.

Artículo 17? — El Ayuntamiento de la capital, con noticia instruida de los fondos públicos y gastos, procederá al reglamento de la contribución ordinaria general impuesta por el Gobierno, con derecho de representar lo que convenga al menor gravamen de los pueblos. Cualquiera contribución extraordinaria se hará con conocimiento del Ayuntamiento.

Artículo 18? — Ningún pago se admitirá en cuenta á la tesorería si no se hiciere por orden especial del Gobierno.

Artículo 19? — La representación provincial se convocará por el Gobierno cada dos años en el mes de octubre, ó antes si la necesidad lo exigiese. Luego que se reúna abrirá un juicio público de residencia al Gobierno, y si se aprobase su conducta, podrá ser reelegido.

Artículo 20? — El Gobierno, después de disuelta la presente Junta Electoral, queda autorizado para determinar los negocios que quedaren pendientes, y resolver las dudas que ocurriesen sobre este reglamento, el cual se comunicará a la Junta de Gobierno ya nombrada, para que lo cumpla y haga cumplir.

Guayaquil, 11 de noviembre de 1820.

José Joaquín Olmedo, Presidente.
José de Antepara, Elector Secretario.

Luchando, no ya con huestes españolas, sino con los rehacios pastusos, estaba Bolívar en el sur de Colombia, cuando tuvo noticia del pronunciamiento de Guayaquil, y en el acto se dirigió, desde Cali, á la Junta de Gobierno, manifestándole la conveniencia de que la Provincia se anexase á Colombia; al mismo tiempo escribió particularmente á Olmedo en términos muy lisonjeros para éste; y con el carácter de auxiliar, pero visiblemente también en apoyo de su demanda, despachó á Guayaquil, por la via de Buenaventura, un cuerpo de tropas á las órdenes del General Sucre. Al llegar esta expedición, que fué muy bien recibida por los guayaquileños, la Junta de Gobierno organizó activamente otra, que unida á la Colombiana, formó el ejército con que Sucre venció á los españoles en Babahoyo y Yaguachi primero, y después en Pichincha, con el auxilio esta última vez de una división oportunamente enviada del Perú por San Martín, á las órdenes del General Santa Cruz.

Estas victorias facilitaron al Libertador la capitulación que obtuvo de los realistas de Pasto, y le abrieron el camino de Quito. Deteniéndose allí pocos dias, siguió á Guayaquil, adonde llegó con tres mil hombres el 11 de julio de 1822.

Aunque la incorporación á Colombia, que Bolívar exigió de nuevo, no carecía de partidarios de influencia y valer, los miembros del Gobierno se

opusieron á ella. Olmedo, como muchos otros ciudadanos, deseaba la formación de una nación independiente, compuesta de los departamentos del Alzuai, Guayas y Pichincha, tal como se constituyó por fin, y como existe todavía. Pero la opinión estaba dividida y no faltaban quienes sostuviesen otras soluciones: la anexión al Perú; ó la constitución de la provincia en estado independiente, — soluciones sin duda inaceptables, pues destruían la unión natural de Guayaquil con los pueblos del interior. El Guayas y el Chimborazo son en efecto inseparables; el uno recibe del otro las aguas con que fertiliza sus campiñas, y uno y otro son el más bello ornamento de la lujosa naturaleza ecuatoriana. Por eso los unió Olmedo en el escudo de armas de la República, diseñado por él en 1845.

La Junta de Gobierno propuso que la cuestión se sometiese al Colegio Electoral, pero Bolívar no quiso escuchar razones; dos días después lanzó una proclama, precursora de la anexión, y quedó ésta consumada, sin consultar definitivamente la voluntad popular y sin más ceremonia que izar en la plaza el pabellón colombiano.

Concluídas, por consecuencia de este hecho, las funciones de la Junta de Gobierno y perseguidos sus miembros, emigraron éstos al Perú, no *de callada*, como dice erróneamente el General O'Leary, sino abiertamente, como lo declara don

Ramón Azpurúa, « junto con otros ciudadanos que de grado les acompañaron en su emigración y en su asilo en el Perú. » Esos ciudadanos, que quisieron también expatriarse voluntariamente, escoltando á los miembros del Gobierno, fueron, según don Pedro Carbo, más de doscientos; y á qué grado debió subir la exaltación de los espíritus en esos momentos, y cuáles serían las intrigas que se pusieron en juego, lo demuestra el que Olmedo, al embarcarse el 29 del mismo mes, dirigiese á Bolívar la carta siguiente, tan impregnada de indignación y de amargura.

« Yo puedo equivocarme; pero creo haber seguido en el negocio que ha terminado mi administración, la senda que me mostraban la razón y la prudencia : esto es, no oponerme á las resoluciones de usted para evitar males y desastres al pueblo; y no intervenir ni consentir en nada para consultar á la dignidad de mi representación.

» Yo tomo, pues, el único partido que puedo : separarme de este pueblo mientras las cosas entran en su asiento y los ánimos recobran su posición natural. Sólo la malignidad podrá decir que pretendo evadir el juicio de residencia; pues es notorio á todos que nosotros mismos hemos provocado ese juicio, y que le hemos dado en el auto de convocatoria una latitud mayor de la que daba la ley. Teniendo firmeza bastante para oír una sentencia del tribunal más severo, no debo tener la debilidad

de sujetarme á un tribunal incompetente, por humano y benévolo que sea.

» Sé que está preparada nuestra acusación y aun escrita la sentencia. La condenación del Gobierno aseguran que es el principal argumento para justificar cuanto se ha hecho. No lo dudo, pues todas las apariencias lo confirman, y cuando en los papeles oficiales se dan á luz exposiciones detractoras, mentirosas, infames, y cuya trama es tan groseramente urdida, que el miserable autor no ha reparado en que ha hecho decir y escribir á un mismo tiempo á tres ó cuatro pueblos distintos y distantes muchas leguas, las mismas acriminaciones, con los mismos pensamientos, en las mismas frases, y aun con las mismas palabras. ¡Qué pobreza de imaginación! Pero yo miro todas estas cosas como nubes que vagan y se disipan debajo de mis pies.

» Mas sería precisa toda la filosofía de un estoico, ó la impudencia de un cínico, para ver el abuso que se ha hecho del candor de estos pueblos, obligándolos á decir que han sufrido bajo de nosotros un *yugo más insoportable que el español*, y para ver esta impostura autorizada con el nombre de usted en los papeles públicos difundidos por todas partes; y sin embargo, permanecer en este país ó en cualquiera otro de América, donde el conocimiento de nuestra honradez y de nuestros puros sentimientos por la Patria y por la Libertad

no desmientan altamente aquella atrocísima calumnia. ¡Qué dirán los Gobiernos libres con quienes hemos tenido relaciones, y á quienes llegó nuestro nombre con honor! ¡Vaya, que ha sido hermoso el premio de tantos desvelos porque fuese este pueblo tan feliz como el primero y más libre que ninguno! No crea usted que hablo irónicamente. Una aclamación popular me sería menos grata. Usted sabe por la historia de todos los siglos, cual ha sido la suerte de los hombres de bien en las revoluciones, y es dulce participar de una desgracia más honrosa que un triunfo.

» Yo me separo, pues, atravesado de pesar, de una familia honrada que amo con la mayor ternura, y que quizás queda expuesta al odio y á la persecución por mi causa. Pero así lo exige mi honor. Además, para vivir necesito de reposo, más que del aire: mi Patria no me necesita; yo no hago más que abandonarme á mi destino. »

Á su arribo á Lima, fué elegido Olmedo por la provincia de Pasco miembro del Congreso Constituyente que se reunió en esa capital el 22 de setiembre de 1822, convocado por el general San Martín, á su regreso de la conferencia que celebró con Bolívar en Guayaquil el 22 de julio del mismo año.

Á ese Congreso tocó dictar la primera constitucion de la República Peruana; Olmedo perteneció á la Comisión que la elaboró, redactando él

la exposición que precede al proyecto, y comienza de esta manera :

« Difícilmente se presenta situación más apurada que la actual para poder contraerse á este trabajo con la meditación y reposo que demanda su importancia. Luchando por la independencia, ó más bien, en dura y tenaz contienda por el suelo sobre que ha de plantarse, nos vemos á un tiempo precisados á edificar y á reunir materiales para el edificio mismo. ¡Qué diferencia entre las naciones, á quienes ha cabido en suerte escribir su carta constitucional bajo el seguro baluarte de su libertad exterior y la del Perú, cuyo nacimiento al mundo político, y cuyos desvelos por evitar la tiranía, son una obra simultánea! Pero éste es el inevitable destino de los pueblos que rompiendo los lazos de su antigua dependencia, se deciden incontrastablemente á existir por sí y para sí.

» El sentimiento de la independencia nacional, resultado de la de los individuos, pone en movimiento todas las afecciones humanas hacia la disolución de la masa social; de manera que introducido en ella el fermento, por las sugestiones que cada uno siente en sí mismo al contemplar sus preeminencias naturales, la anarquía sucede al orden, exponiéndose el Estado á ser presa, ó del más afortunado, ó del más fuerte. ¿Quién reducirá, pues, á su centro estos elementos discordes, ó mejor diremos, quién será capaz de determinarles un cen-

tro? — Que el que tenían desapareció, variado el punto de su dirección primitiva. El *único, legítimo* y *eficaz* agente para consolidar las asociaciones políticas es la libre voluntad de los pueblos que las forman : así como para arreglar los orbes celestes sólo es poderosa la voz del Arbitro Supremo.

» *Legitimidad* y *eficacia* que están en la naturaleza de las cosas, como que las revoluciones sólo pueden justificarse, cuando un establecimiento civil, cansado de ver ultrajados sus derechos, rescinde por fin el pacto y transige de nuevo bajo otra forma que se los garantice; y como que sólo este interés puede aguijar á sus miembros hasta el término de sacrificar su fortuna y su existencia. Lo demás es puramente accidental. Y si la historia de las transformaciones políticas nos manifiesta influencias de otro género, también sabemos que su poder ha sido efímero, y que Estado que no se fundó desde el principio en la voluntad, contento y aprobación de los pueblos, por más esfuerzos que haga, nunca jamás podrá constituirse. Teatro de especulaciones rastreras y agitado siempre por partidos, no es posible reúna ya la voluntad general, ni que por consiguiente fije las bases de una administración permanente; por que los pueblos, una vez desengañados, no vuelven á andar el mismo camino. Mientras que por el contrario advertimos que los afortunados países, en donde se ha concen-

trado el espíritu de independencia con el de libertad, bajo las garantías de la representación popular, muy poco han tardado en ver consumada la obra de su emancipación, y muy breve se ha consolidado en ellos su régimen administrativo.

» Efectivamente, entretanto no se afirmen las leyes fundamentales, todo es precipitación y movimiento en un Estado; más claro, se vive en una especie de anarquía más ó menos pronunciada; porque es condición indispensable del orden reconocer ciertos principios fijos, de que parta la regularidad en todas las acciones, y la precisión de límites en el ejercicio de la autoridad y de los derechos civiles. »

También ese Congreso fué el que invitó á Bolívar, en junio de 1823, á pasar al Perú con sus tropas y dirigir el último esfuerzo para lanzar el poder español de la América del Sur. Los diputados Olmedo y Sánchez Carrión fueron designados para ir á Quito á llevar al Libertador la palabra del Congreso; comisión que llenó Olmedo, no sólo con lealtad, sino con entusiasmo, olvidando patrióticamente todo lo ocurrido antes, y dirigiendo á Bolívar el siguiente discurso :

Señor :

« El Congreso del Perú ha querido fiar á una diputación de su seno el honor de renovar á V. E. sus sentimientos de consideración y grati-

tud, y de reiterarle los ardientes deseos de que su presencia vaya á poner un fin pronto y glorioso á los males de la guerra.

» Los enemigos han ocupado la capital de la República. La devastación precede y sigue por todas partes la marcha del engreído y sangriento Canterac: todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y de cenizas... Pero, pasada la tempestad presente, aparecerá más hermosa la libertad sentada sobre ruinas.

» Enormes contribuciones, el saqueo de ricos almacenes y de los santos templos, una ciega y rigurosa conscripción de la juventud peruana, han librado á la opulenta Lima á la suerte que han sufrido tantos pueblos inermes y pacíficos por donde han pasado los tártaros de Occidente.

» Esta conducta española, esta situación del Perú, si impone á V. E., como á vengador de la América, el deber de volar á su defensa y su venganza, le abre al mismo tiempo un nuevo teatro de hazañas y de gloria.

» Los enemigos deslumbrados por algunas pequeñas ventajas, de que sólo pueden envanecerse aquellos que no calculan sobre todas las causas que influyen en la suerte de los combates, ó aquellos que penetrados de su propia debilidad se asombran de vencer una vez; los enemigos, repito, creyeron al Perú exhausto ya del todo y abandonado á sí mismo: y como no acaban de persua-

dirse de que todos los pueblos de América hacen causa común, cuando ven amenazada la independencia de cualquiera de ellos, acometieron muy neciamente una empresa, que debe importarles la pérdida de todas las provincias que tienen subyugadas, y aun su destrucción total, si se aprovechan las circunstancias y los instantes, y si se ponen en acción todos los medios y recursos que tenemos para vencer. Los bravos de Colombia, que con las tropas del Plata y Chile, burlando los planes del enemigo, quedan acampados delante de las fortalezas del Callao; el refuerzo que se espera con V. E.; la numerosa división que nuevamente ha salido de las costas chilenas; la expedición libertadora que felizmente desembarcó en Arica compuesta de valientes Peruanos resueltos á vengar en los mismos campos de Torata la última injuria que allí les hizo la fortuna; todos, Señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un genio que los lleve á la victoria. Y todos los ojos, todos los votos se convierten naturalmente á V. E. — V. E. acaba de quebrantar con pie firme la última cabeza de la hidra de la rebelión; y nada puede impedirle de satisfacer unos votos de que pende la libertad de un gran Estado, la seguridad del Sur de Colombia y la corona del destino del pueblo Americano. Rompa V. E. todos los lazos que lo retienen lejos del campo de batalla. Después de la revolución de

tantos siglos, parece que los oráculos han vuelto á predecir, que tantos pueblos confederados en una nueva Asia por la venganza común, por ninguna manera podrán vencer sin Aquiles. Ceda V. E. al torrente, que quizá por última vez le arrebata á nuevas glorias.

» Estos son los votos que por nuestro medio trasmite á V. E. el Congreso peruano, en la segura y firme esperanza de que V. E., como hasta ahora, será siempre fiel á sus comprometimientos con la patria y con la victoria. »

Bolívar respondió en estos términos :

Señor Diputado :

» Mi religioso respeto por las instituciones de Colombia ha sido premiado por una victoria que el cielo ha querido conceder á nuestras armas, destruyendo para siempre los elementos de la guerra civil.

» Mucho tiempo ha que mi corazón me impele hacia el Perú : mucho tiempo ha que los más valientes guerreros de toda la América colman la medida de mi gloria llamándome á su lado; pero yo no he podido vencer la voz del deber que me ha detenido en las playas de Colombia. He implorado el permiso del Congreso general, para que me fuese permitido emplear mi espada en servicio de mis hermanos del Sur : esta gracia no me ha venido aún. Yo me desespero en esta inacción, cuando

las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria, y yo lejos de ellas.

» Señor Diputado : yo ansío por el momento de ir al Perú; mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el Nuevo Mundo haya arrojado á los mares todos sus opresores. »

Bolívar acudió al auxilio del Perú, fué nombrado Dictador, tomó el mando del ejército unido, y en Junín y Ayacucho selló la independencia del continente.

Hallabase Olmedo en Guayaquil cuando llegó allí la noticia de la victoria de Junín, que tuvo lugar el 6 de agosto de 1824. Propúsose entonces escribir el célebre, el vasto, el « tormidable » Canto que lleva ese nombre; pero tan poca tranquilidad logró para entregarse al trabajo, que á fines de enero del siguiente año, apenas había compuesto cincuenta versos. Sorprendido por el espléndido triunfo por Sucre alcanzado en Ayacucho el 9 de diciembre del mismo año, y estimulado por el Libertador, consagróse con más asiduidad á su obra hasta dejarla concluída á fines de abril de 1825.

En ese poema, que la generación pasada difundió con profusión y que la presente sabe de memoria, enunció por primera vez Olmedo la confederación sud-americana, que por dos veces se intentó realizar después :

Será perpetua, oh Pueblos, esta gloria
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal de polo á polo
En la guerra y la paz vivis unidos.
Vuestra fuerza es la unión. ¡Unión, oh Pueblos,
Para ser libres y jamás vencidos!
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar.

También presintió allí las tentaciones que podian atormentar el recto espíritu del Libertador, y ocurrió á conjurarlas :

Rompiste la cadena aborrecida :
La rebelde cerviz hispana hollaste :
Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si á mi Pueblo
Así cual á la guerra lo conformas,
Y á conquistar su libertad le empeñas;
La rara y ardua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.
. . . . . .
Pues un conquistador, el más humano,
Formar, mas no regir, debe un imperio.
. . . . . .
¡Oh Libertad! el Héroe que podia
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote más celoso,

Y el primero que toma el incensario,
Y á tus aras se inclina silencioso.
. . . . . .
No temas, con este Héroe, que algún día
Eclipse el ciego error tus resplandores,
Superstición profane tus cantares,
Ni que insulte tu ley la tiranía.

Mientras componía Olmedo este canto, el Congreso del Perú, por decreto de 15 de enero de 1825, le concedía los derechos de peruano de nacimiento; y para aceptar este honor, pidió permiso al Gobierno de su Patria, como se desprende del documento que sigue:

REPÚBLICA DE COLOMBIA
Secretaría de Estado
del Despacho del Interior.
SECCIÓN 3ª.

Palacio del Gobierno en Bogotá,
á 6 de Julio de 1825-15.

Al Señor José Joaquín Olmedo.

No correspondiendo al Poder Ejecutivo el conceder á usted el permiso que solicita para aceptar la gracia de ciudadano del Perú que se le ha concedido por el Congreso Constituyente de esa República, me ha mandado pasar al Cuerpo legislativo, como al que corresponde por nuestra constitución conceder esta especie de gracias, la comunicación de usted de 28 de abril último, en que lo solicita.

Dios guarde á usted.

J. Manuel Restrepo.

En agosto de 1825 el mismo Gobierno del Perú, presidido por Bolívar, lo hizo salir de su retiro enviándolo, en compañía de don José Gregorio Paredes, á desempeñar una misión diplomatica cerca de las Cortes de Inglaterra, Francia y otros países de Europa. Olmedo no quiso aceptarla tampoco sin previa licencia de su propio Gobierno, quien le dirigió la siguiente nota :

REPÚBLICA DE COLOMBIA
Secretaría de Estado
del Despacho del Interior.
SECCIÓN 7ª.

Palacio del Gobierno en Bogotá,
á 6 de Julio de 1825-15.

Al Señor José Joaquín Olmedo,

S. E. el Vice-Presidente de la República me ha mandado pasar al Congreso la comunicación de usted de 28 de abril último, como que es al que corresponde conceder á usted el permiso que en ella solicita para emplearse en la Legación que el Gobierno de la República del Perú le ha conferido cerca del de S. M B., y me ha prevenido lo avise á usted en contestación á su citada comunicación.

Dios guarde á usted.

J. Manuel Restrepo.

Ha dicho el señor M. A. Caro que « Olmedo, apegado siempre al terruño nativo del Guayas, fué sucesivamente español-americano, peruano, colombiano, ecuatoriano », y agrega en tono acaso lige-

ramente hostil: « ¡Peregrinas metamórfosis! » Mas ello sin embargo es verdad; en aquellos dias en que se fundaban y se disolvían republicas, en que se les añadian ó se les quitaban pedazos de fronteras grandes como naciones, bien pudo Olmedo, juguete, como todos, de los acontecimientos, cambiar de patria más de una vez, sin alterar por eso en lo mas mínimo ni sus ideas, ni sus aspiraciones, ni su línea de conducta. Y es lo cierto también que así como las siete ciudades de Grecia se disputaban la cuna del poeta, pueden hoy por ese motivo Colombia y el Perú disputar al Ecuador la nacionalidad de Olmedo, mientras Cañete, por otra parte, en el libro citado en otro lugar, reclame su gloria para las letras castellanas.

Las dificultades que halló en su misión á Europa y las discusiones con su compañero le trajeron amarguras que se traslucen en la correspondencia con Bolivar, que insertamos en las notas de este tomo. En cambio adquirió allí para toda la vida la preciosa amistad con el ilustre Andrés Bello.

Entonces fué también cuando invitado por el mismo Bolivar á dar su opinión sobre la constitución boliviana, la desaprobó francamente, oponiéndose al sistema que establecía para la sucesión en el poder.

Regresando á Guayaquil, desarrolladas ya las dificultades entre Colombia y el Perú, que terminaron después con la jornada de Tarqui, al pasar

por el Callao se abstuvo Olmedo de ir á ver á su paisano el general La Mar, sobreponiendo así su patriotismo á los sentimientos de la mas tierna amistad.

En Guayaquil recibió el ofrecimiento de la Cartera de Relaciones Exteriores que Bolivar le hizo desde Bucaramanga, y no lo aceptó, decidido como estaba á no tener ingerencia en la administración pública.

« Su sobresaliente mérito — dijo el publicista ecuatoriano D. Pedro Carbo en la solemnidad del centenario de Olmedo, en Guayaquil — y los tí-
» tulos que había adquirido á la estimación del
» Libertador, habrían sido suficientes para que éste
» le llamara á los primeros puestos públicos; mas
» él prefirió la vida privada en esos aciagos dias de
» dictadura, de planes de presidencia vitalicia y de
» pronunciamientos militares contra las institucio-
» nes juradas, que tanto empañaron la radiante
» aureola de la gloriosa Colombia. Olmedo salvó
» pues su nombre, no tomando ninguna parte en
» los acontecimientos que dieron por resultado la
» disolución de aquella renombrada República. »

Tampoco quiso después, en tiempos normales, ingerirse en la política ecuatoriana. Sin gusto por los puestos públicos, apasionado al estudio y de índole mansa, prefirió siempre vivir retirado y tranquilamente rodeado de una familia tierna y cariñosa. Pero su posición social, su bella inteli-

gencia, su saber, patriotismo, austeridad y modestia, formaban conjunto tan precioso de cualidades, que sus compatriotas, aun respetando su repugnancia á mezclarse en los negocios públicos, le compelieron afectuosamente á hacerlo en toda circunstancia crítica ó difícil. Así pues figuró en casi todos los sucesos importantes que tuvieron lugar desde que recibió la investidura de abogado hasta su muerte, y por esta causa, al relatar su vida, es imprescindible tener presente la historia política de su Patria.

La disociación de la Gran República de Colombia dejó al Ecuador en manos del general don Juan José Flores, natural de Venezuela y jefe de las tropas colombianas, que habían quedado acantonadas en el Ecuador después de la batalla de Tarqui, acaecida el 27 de febrero de 1829.

Estas tropas, que se consideraban como extrañas, eran en aquel momento una amenaza para la tranquilidad pública y requerían un jefe capaz de contenerlas. Flores, por sus antecedentes, su inteligencia y su valor, tenía en ellas todo el prestigio que podía apetecer un caudillo en ocasión semejante. Se puso, pues, al frente del estado, llamado entonces « del Ecuador en Colombia », evitó la anarquía y convocó un Congreso Constituyente, que se reunió el 14 de agosto de 1830 en la ciudad de Riobamba, al pie del Chimborazo. Olmedo, miembro de ese cuerpo, fué uno de los redactores

de la primera constitución política de la República del Ecuador, que entonces se promulgó.

Renunció, sin embargo, el puesto de Vice-Presidente de la República que el mismo Congreso le ofreció, y sólo admitió la Prefectura del Departamento del Guayas, por poco tiempo, para concurrir en seguida, con Don Joaquin Nicolas de Arteta y Don José Félix Valdivieso, á la conferencia diplomatica que tuvo lugar en Ibarra en 1832, proseguida en Quito en 1833, con los comisionados de la Nueva Granada, Don José Manuel Restrepo y Don José María Esteves, Obispo de Santa-Marta, para discutir los limites de ambos paises. Esta espinosa cuestión implicaba la anexión del Cauca al Ecuador, y como era de esperarse, las negociaciones quedaron sin efecto.

Á ejemplo de Olmedo, la población culta del Ecuador, fatigada de guerras, se colocó del lado del Gobierno presidido por el general Flores; pero no pudo impedir que se formase en 1833 una oposicion armada, que contenia, es verdad, el germen de una causa nacional; pero que, á pesar de que en ella brillaban nombres como Rocafuerte y Moncayo, abrigaba también elementos de desorden que el pueblo miraba con temor, y que sucumbió el 18 de enero de 1835, mas bajo el peso de la opinión que por las balas de Miñarica.

Este encuentro fratricida inspiró á Olmedo la

oda famosísima, que le atrajo improbación general, y que, en él mismo, despertó muy pronto el más hondo arrepentimiento.

Pero no es posible que la significación política de la oda revele las intenciones del poeta en aquellos momentos, si es que pudo tenerlas, ó ser dueño de sí mismo. El genio se apodera de los grandes hechos para manifestarse, y cuando la inspiración brota, el poeta obedece ;

> ¿Quién me dará templar el voraz fuego
> En que ardo todo yo?
> . . . . . .
> ¿Quien me liberta del Dios que me fatiga?

ha dicho el mismo Olmedo.

Él necesitaba de batallas, de peripecias, de catástrofes y éstas no se presentaban con frecuencia, y por eso mismo tal vez se explique que compusiera tan poco.

El arrepentimiento pudo venir espoleado por sucesos posteriores; pero ¿por ventura es ésta la primera vez que las musas han favorecido la conmemoración, no ya de la discordia, sino hasta del crimen?

En todo caso, la antipatía que mereció el suceso que sirve al canto de argumento, no pudo alcanzar á Flores en aquellos tiempos, pues es justo advertir que él no lo solicitó. Pruébalo la frase

siguiente de la carta que le dirigió Olmedo el 27 de marzo de 1835 :

Voy á dar á usted una noticia singular, aunque de poca importancia. ¿Qué será? ¿Se lo diré...? No lo digo; que me da vergüenza... Pero fuera encogimientos; pues sepa usted que la Victoria de Miñarica ha despertado la musa de Junín... En el próximo correo hablaré con extensión sobre este mal pensamiento y daré cuenta de lo que se haya avanzado. Ahora tendré como cincuenta versos solamente. Y adiós.

Poco tiempo duró Olmedo en su retiro, pues la provincia de Guayaquil lo envió de nuevo á representarla en la Convención que se reunió en Ambato en el mismo año 1835 y de la que fué Presidente. La nueva constitución que ese cuerpo redactó fué en gran parte obra suya.

Retirado otra vez á la vida privada en su quinta de la Virginia, y consagrado al estudio por diez años consecutivos, durante los cuales se ocupó en continuar la notable traducción de las Epístolas de Pope, debió súbitamente abandonar su hogar y sus tareas literarias para dirigir, en unión de Don Vicente Ramón Roca y Don Diego Noboa, la revolución que estalló en Guayaquil el 6 de marzo de 1845, contra el General Flores, quien, después de haber gobernado el país por ocho años, había sido reelecto para Presidente por otros ocho. En virtud de una ofuscación común á todos los

caudillos, con exceso favorecidos por la fortuna, Flores, á pesar de su sagacidad, cometió errores contra los cuales naufragó su prestigio. La parte principal de la población, que hasta entonces lo había sostenido, advirtió por fin que la oposición inculta de 1835 había procedido con instinto previsor, y abrazó las mismas ideas autonómicas defendidas por los que, diez años antes, había ella calificado de facciosos. Con pocas excepciones estaba la administración política y militar de las provincias en manos de extranjeros, — europeos y americanos de diversas nacionalidades, — algunos de ellos sin duda beneméritos del país, pero los más ignorantes y de despreciable carácter, sin dignidad, sin mesura en su conducta, en nada parecidos á los que en 1820 se asociaron al grito de independencia y obtuvieron la gratitud universal, cometiendo á diario tropelías que mantenían al pueblo exasperado. El país, lastimado por semejante estado de cosas, debido á la política imprudente de Flores, recibió con hondo disgusto la nueva elección de ese general para la Presidencia de la República que hizo el Congreso de 1843, pues nada ha soportado con menos paciencia el pueblo ecuatoriano que la reelección de sus mandatarios. La revolución de 1845 fué, pues, acaso el único movimiento popular realmente espontaneo que se ha visto en el Ecuador; y por su origen y por su espíritu compréndese muy bien que Olmedo lo

abrazara, aceptando — una vez en su larga existencia — el papel de revolucionario; sin que esto sea ni justificar revoluciones armadas, incompatibles casi siempre con el orden republicano, ni excusar los crímenes y matanzas de la usurpación en épocas posteriores, que nadie en aquel momento hubiera podido prever.

La conducta de Olmedo en esa crisis de la historia de su patria apenas requiere hoy defensa ni atenuación, y aparece de cierto como mucho más sencilla y comprehensible que el entusiasmo político de diez años antes, que sirve de base al canto inspirado por la batalla de Miñarica; pero este acto de su vida, esta apoteosis inesperada del caudillo triunfante, está más que excusado, más que condenado, exaltado hasta las nubes, por la hermosura, la sublimidad poética de la oda immortal; mientras que todavía hoy no es raro oír hacer á la memoria de Olmedo con motivo de los sucesos de 1845 cargos improcedentes, contrarios á la verdad histórica, que muchos de muy buena fe han creído fuera del Ecuador, como puede verse en el artículo de la *Revista Nacional* de Buenos Aires publicado en 1886 por el distinguido literato venezolano D. José María de Rojas, donde se dice que « el poeta fué uno de los miembros del Gobierno provisional que procedió á confiscar los bienes del héroe de Miñarica tan luego como éste se alejó del Guayas. » El Gobierno Provisorio no

confiscó los bienes, ni de Flores, ni de nadie. La contienda que siguió al pronunciamiento, terminó por un convenio ajustado en « La Virginia » con el general Flores, en virtud del cual se ausentó éste del país; el convenio fué desaprobado después por la Convención de Cuenca, ante la cual depusieron sus poderes los triunviros, Olmedo, Roca y Noboa, que habían personificado la revolución, y con justicia ha merecido la Asamblea de Cuenca las censuras más severas por haber rechazado el pacto concertado en la quinta perteneciente á Olmedo, y por eso llamado *de la Virginia*.

Los mismos tres antiguos miembros del Gobierno provisional fueron candidatos á la Presidencia en el período que iba á comenzar, pero restringióse la lucha entre Roca y Olmedo; los adversarios de éste sostenían, sin ocultar el respeto que el poeta les inspiraba, que en el estado de intranquilidad del país se necesitaba un hombre de menos años y de más vigor, como Roca. Y en efecto tuvo Roca que luchar durante su administración con una serie casi constante de motines y conjuraciones, promovidos por los partidarios del régimen anterior.

El nuevo Presidente encomendó á Olmedo la tarea de reclamar del Perú, en unión del general Elizalde, los restos de su ilustre amigo La Mar; y después de haber cumplido este piadoso deber, por desgracia infructuosamente, y agobiado por un

cáncer intestinal que había entristecido cruelmente su existencia desde algunos años atras, y al que debe atribuirse la declinación de su talento desde 1842, volvió á Guayaquil á principios de 1847; y el 17 de febrero de ese año se apagó la preciosa vida de este Padre de la Patria, de este clarísimo ingenio, que ha legado el más glorioso nombre á las generaciones venideras.

Su esposa, que compartió con resignación y valentía las amarguras de su vida, murió diez años después.

Se ha dicho que recibió al morir los auxilios de la religión católica, y eso es cierto. También se ha dicho lo mismo de Voltaire, de Littré, de Quintana y muchos otros. Pero la afirmación no debe tomarse en sentido demasiado estricto ó literal. Pretender, en efecto, que el hombre que ha formado sus ideas en el curso de una vida de estudio y meditación constantes, bien guardándolas para sí, como hizo Olmedo, bien proclamándolas y defendiéndolas, como han hecho otros forzados por las circunstancias, se reserve el renunciarlas y desmentirlas en su lecho de muerte, en esos supremos instantes en que el dolor físico y los órganos desfallecientes nublan la inteligencia y anulan la voluntad, es un absurdo violento é indefendible. Olmedo ha revelado sus principios religiosos en uno que otro pasaje de sus obras y de su correspondencia particular, y si en el último

momento recibió á un sacerdote, tiene el hecho filosófica y razonable explicación en el deseo de no crear dificultades á su familia católica, en una sociedad católica igualmente.

Sus funerales se celebraron en todas las ciudades importantes del Ecuador, con honores de Presidente de la República; y sus restos reposan en el templo de San Francisco de Guayaquil, edificado bajo la dirección de Don Juan Francisco de Icaza, cuñado suyo. La losa que los cubre tiene la inscripción siguiente :

Don José Joaquín Olmedo,
por su patriotismo é ingenio,
honra de su patria y de la América;
por su índole y sus virtudes,
ídolo de su familia y sus amigos.
1847.

Á Dios Glorificador.
Aquí yace el Doctor D. José Joaquín Olmedo.
Fué el Padre de la Patria,
El ídolo del pueblo;
Poseyó todos los talentos,
Practicó todas las virtudes.
1847.

En la casa en que vivió y murió, situada en la calle que lleva su nombre, ha colocado el Concejo Municipal de Guayaquil una lápida con este epígrafe :

En esta casa
Murió el ilustre guayaquileño
José Joaquín Olmedo.
El Concejo Cantonal de 1881
Le dedica este recuerdo.

« De esta casa partieron — dijo en el acto de colocarla D. Francisco P. Icaza, sobrino de Olmedo — aquellos admirables y sabios acuerdos cuyo objeto era establecer la verdadera República, aun en medio de la cruenta lucha por la independencia, y que haciéndola amable, le creaban prosélitos y defensores que se convertian en héroes ó en mártires.

« En esta casa se escribió la « Victoria de Junín, Canto á Bolívar »; ese canto inmortal que llenó la América con sus ecos, repercutidos aún en el viejo mundo; canto que, si celebraba batallas, esas batallas eran las victorias de la Libertad y las precursoras de la paz.

. . . . . .

» Y si interrogamos los ecos familiares de esta casa, podríamos quizás percibir el sonido de una voz impaciente, nerviosa, sonora y firme á la vez, que subyuga con sólo su acento, y á su lado otra voz suave, melodiosa, que seduce, que convence, que cautiva. Es el Libertador de Colombia que combina con el Mensajero del Congreso peruano los medios de asegurar en el Sur la Libertad que

por el Norte ha llegado hasta las márgenes del Guayas.

» Y podríamos evocar las sombras augustas de Sucre, Roca, Jimena, Rocafuerte, Lamar, Cordero, Villamil, Escobedo, Espantoso, Vivero, Marcos, y tantos y tantos de esos esclarecidos ciudadanos, de esos patriotas verdaderos, de esos republicanos de convicciones inquebrantables, que se reunían para trabajar por el bien de la patria, al que sacrificaban tranquilidad, fortuna, honores y hasta la vida.

» En esta casa, por último, terminó una preciosa existencia, dejó de latir un gran corazón, se apagó una portentosa inteligencia, cuyos ecos, por un contraprincipio físico, se van haciendo más perceptibles y sonoros á medida que se alejan del foco que los produjo. »

En esa ceremonia, lo mismo que en la del sepelio del ilustre poeta, demostraron Guayaquil y el Ecuador el justo aprecio que sabían hacer del más famoso de sus hijos, cuya gloria llena hoy los ámbitos de toda la América de raza española, y crece día por día, á medida que nos alejamos de los sucesos políticos en que tomó parte, á medida que nos acercamos al momento en que sea ya lícito considerarla con cabal imparcialidad, ajenos á las pasiones inevitables en la lucha de los partidos; en que podremos admirar el canto a Miñarica, como admiramos los americanos las odas de Quin-

tana á la *Revolución de Marzo* ó al *Armamento de las provincias;* atentos sólo á la belleza de las formas, a la grandeza de las imágenes, á la impetuosidad del movimiento lírico, á la sonoridad eterna de esos versos fundidos en metal más firme y duradero que el mismo bronce. Ese momento debe estar ya muy próximo indudablemente.

En una de las notas que puso Olmedo mismo á su canto á la victoria de Junín, dijo, hablando de las odas que en honor de los vencedores en los juegos olímpicos nos ha dejado Píndaro, que « el nombre de éste es hoy más célebre que el de los héroes que canta ». Eso mismo puede decirse ahora del cantor de la batalla de Miñarica. Á medida que la figura de Flores se aleja en la perspectiva histórica, se apagan y confunden sus rasgos entre el tropel de hombres de su especie que produjo la América en el primer medio siglo de su independencia, mientras que la obra de Olmedo, como pedestal indestructible y elevadísimo, mantiene y mantendrá intacta y fulgente la gloria de su nombre.

C. Ballén.

POESÍAS

MI RETRATO

(Á MI HERMANA MAGDALENA)

I

¡Qué dignos son de risa
Esos hombres soberbios
Que piensan perpetuarse
Pintándose en los lienzos!
De blasones ilustres
Sus cuadros están llenos,
De insignias y de libros
Y pomposos letreros.
De este modo ellos piensan
Que sus retratos viejos
Serán un gran tesoro
Á sus hijos y nietos;

Y que todos los hombres
Del siglo venidero
Su arrugada figura
Mirarán con respeto.
¡Oh! ¡cómo se disipan
Esas torres de viento!
Tú alguna vez me viste
Reírme de mi abuelo
Con su blonda peluca
Y sus narices menos.

Si los hombres se olvidan
Aun de los hombres muertos,
¿Qué no harán, hermanita,
Qué no harán con los lienzos?
En rincones obscuros,
De vil polvo cubiertos,
Aun los hombres más grandes
Duermen un sueño eterno.
Permíteme que piense
De un modo muy diverso:
Otros enhorabuena
Quieran hacerse eternos,
Por sus grandes hazañas,
Por sus grandes talentos;

Pero yo ¡ vida mía!
Más mérito no tengo
Que ser hermano tuyo,
Pues lo demás es menos.
Y como el hombre sabio,
Filósofo y modesto
Con la vida presente
Sólo vive contento,
Deja que en cuanto pueda
Imite estos ejemplos,
Pues el sabio en sus obras
Nos deja su diseño.

Así no me interesa
Que tuviesen Homero,
Virgilio, Horacio, Ovidio,
Buen rostro ó rostro feo;
Instrúyanme sus obras;
Deléitenme sus versos;
Lo demás, ¡ amor mío!
No merece un deseo.

Deja que quieto viva
En el presente tiempo,
Pues el tiempo futuro,

Ya yo estaré muy lejos,
Insensible al aplauso,
Insensible al concepto
Que de mí formar quieran
Los sabios y los necios.
Gózate que no tenga
Esos vanos deseos.
Deja que sin desquite
En mis alegres versos,
Muy ufano me ría
De esos hombres soberbios
Que piensan perpetuarse
Pintándose en los lienzos.

II

¡Cuán duro es retratarse,
Y más cuando uno es feo!
Por ti hago el sacrificio.
Lo mandas; te obedezco.
El pintor soy yo mismo;
Venga, venga un espejo
Que fielmente me diga
Mis gracias y defectos.

Ya está aquí : no tan malo :
Yo me juzgué más feo,
Y que al verme soltara
Los pinceles de miedo.
Pues ya no desconfío
De darte algún contento,
Y más cuando me quieres
Y yo me lo merezco.
Imagínate, hermana,
Un joven, cuyo cuerpo
Tiene de alto dos varas,
Si les quitas un dedo.
Mi cabello no es rubio,
Pero tampoco es negro,
Ni como cerda liso,
Ni como pasa crespo.
La frente es espaciosa,
Como hombre de provecho;
Ni estirada, arrugada,
Ni adusta mucho menos.
Las cejas bien pobladas
Y algo obscuro su pelo,
Y debajo unos ojos
Que es lo mejor que tengo :
Ni muy grandes, ni chicos,

Ni azules, ni muy negros,
Ni alegres, ni dormidos,
Ni vivos, ni muy muertos.
Son grandes las narices,
Y á mucho honor lo tengo,
Pues narigones siempre
Los hombres grandes fueron :
El célebre Virgilio,
El inmortal Homero,
El amoroso Ovidio,
Mi amigo y mi maestro.
La boca no es pequeña,
Ni muy grande en extremo :
El labio no es delgado,
Ni pálido, ó de fuego.
Los dientes son muy blancos,
Cabales y parejos,
Y de todo me río
Para que puedan verlos.
La barba es algo aguda,
Pero con poco pelo :
Me alegro, que eso menos
Tendré de caballero.

Sobre todo, el conjunto

Algo tosco lo creo :
El color no es muy blanco,
Pero tampoco es prieto.
Menudas, pero muchas
Cacarañitas tengo,
Pues que nunca faltaron
Sus estrellas al cielo.
Mas por todo mi rostro
Vaga un aire modesto,
Cual transparente velo
Que encubre mis defectos.

Hermana, ésta es mi cara :
¿Qué tal? ¿te ha dado miedo?
Pues aguarda, que paso
Á pintarte mi cuerpo.
No es largo, ni encogido,
Ni gordo mi pescuezo :
Tengo algo anchos los hombros
Y no muy alto el pecho.
Yo no soy corcobado
Mas tampoco muy tieso :
Áire de petimetre
Ni tengo ni lo quiero.
La pierna no es delgada,

El muslo no muy grueso,
Y el pie que Dios me ha dado
No es grande ni pequeño.
El vestido que gasto
Debe ser siempre negro,
Que, ausente de ti, sólo
De luto vestir debo.
Una banda celeste
Me cruza por el pecho,
Que suele ser insignia
De honor en mi colegio.
Ya miras cómo en todo
Disto de los extremos;
Pues lo mismo, lo mismo
Es el alma que tengo.
En vicios, en virtudes,
Pasiones y talentos,
En todo ¡vida mía!
En todo guardo un medio:
Sólo, sólo en amarte
Me voy hasta el extremo.
M itrato y mis modales
Van á par con mi genio;
Blandos, dulces, sin arte
Lo mismo que mis versos.

Este es, pues, mi retrato,
El cual queda perfecto,
Si una corona en torno
De su frente ponemos,
De rosas enlazadas
Al mirto y laurel tierno,
Que el Amor y las Musas
Alegres me ciñeron.
Y siéntame á la orilla
De un plácido arroyuelo
Á la sombra de un árbol,
Floridos campos viendo;
Y en un rincón del cuadro
Tirados en el suelo,
El sombrero, la banda,
Las borlas y el capelo.
Me pondrán en el hombro
Con mil lascivos juegos
La amorosa paloma
Que me ha ofrecido Venus.
Junto á mí, pocos libros,
Muy pocos, pero buenos:
Virgilio, Horacio, Ovidio;
Á Plutarco, al de Teyo,
A Richardson, á Pope,

Y á ti ¡oh Valdés! ¡oh tierno
Amigo de las Musas,
Mi amor y mi embeleso!
Y al pie de mi retrato,
Pondrán este letrero :
« Amó cuanto era amable,
Amó cuanto era bello. »

¡Oh retrato dichoso!
Vas donde yo no puedo :
Tu suerte venturosa
¡Con cuánta envidia veo!
Anímate á la vista
De aquella que más quiero,
Y dile mis ternuras,
Y dile mis deseos.
Dale mil y mil veces
Pruebas de mi amor tierno,
Y dale mil abrazos,
Y en la mejilla un beso.

Lima, 1803.

MATEMÁTICAS

(TEXTO COLOCADO EN UNA TABLA DE EXÁMENES)

Las bellas matemáticas prescriben
El límite más alto adonde pueden
Ir la luz y verdad de las ideas,
Y los conocimientos,
Que el hombre tener puede por sí solo...
Y entre nuestros talentos
¿Cuál supera ó iguala
Al geométrico tino?
Con acierto divino
Él sabe descubrir las proporciones;
Da del extenso sér las propiedades;
Mide la inmensa bóveda del cielo,
Las tierras y los mares procelosos;
Nos labra habitaciones;

Defiende los amigos,
Sabe á tiempo aterrar los enemigos;
Á número sujeta nuestras voces :
Mide y combina el tiempo y el sonido;
Predice los eclipses y cometas,
Y á visitar se sube los planetas.

Lima, 1806.

EN LA MUERTE

DE DOÑA MARÍA ANTONIA DE BORBÓN PRINCESA DE ASTURIAS

Señor, Señor, el pueblo que te adora,
Bajo el peso oprimido
De tu cólera santa, gime y llora.
Ya no hay más resistir : la débil caña
Que fácil va y se mece,
Cuando sus alas bate el manso viento;
Se sacude, se quiebra, desparece
Al recio soplo de huracán violento.
Así tu ira, Señor, bajo las formas
De asoladora peste y hambre y guerra,
Se derramó por la infeliz España.
Y aquella que llenó toda la tierra
Con hazañas tan dignas de memoria,
En sus débiles hombros ya ni puede

Sostener el cadáver de su gloria :
Y la que un tiempo, Reina se decía
De uno y otro hemisferio,
Y vió besar su planta, y pedir leyes
Á los pueblos humildes y á los reyes,
Llora cual una esclava en cautiverio.

¿Y en medio á tantos males
Olvidas tus cuidados paternales,
Olvidas tu piedad, y hasta nos robas
La más dulce esperanza
En la amable Princesa,
Dechado de virtud y de belleza?...

¡Oh memorable día
Aquél en que la grande Barcelona,
Saltando el noble pecho de alegría,
Y ufana y orgullosa
Al verse de sus reyes visitada,
Vió la mar espumosa
Besar su alta muralla,
Y deponer después sobre su playa,
Ante el inmenso pueblo que esperaba,
El precioso tesoro
Que la bella Parténope[1] mandaba!

Y entre las salvas y festivos vivas
La augusta joven pisa ya la tierra,
Que devota, algún día,
Reina, Señora y Madre le diría.
Ni se sacian los ojos de mirarla
Y nadie puede verla sin amarla.
Llena de noble agrado, y apacible
Y fácil y accesible,
Siembra amor por do quier. Llega y conquista.
Todos los corazones son ya suyos...
Malograda Princesa,
No has muerto sin reinar. Un pueblo entero
Libre te ha obedecido;
Que quien ama obedece,
Y sólo amor merece
Lo que no puede el oro, ni el acero.

¿Dó están las esperanzas, Madre España,
Las altas esperanzas que formaste,
Cuando las bellas ramas
De un mismo excelso tronco entrelazaste?
¿Dó los tiernos pimpollos
Que el tálamo real brotar debiera,
Por cuyas venas la gloriosa sangre
Del domador de Nápoles corriera;

Que de su gloria y nombres herederos,
Y á la sombra del trono
Del grande Carlos y la amable Luisa,
Crecieran, se elevaran
Y feliz perpetuaran
La sucesión de reyes piadosos,
Benéficos y bravos y guerreros
Y padres de la Patria verdaderos?
¿Dó, España, fueron tus ardientes votos,
Que ante el altar postrada,
La noble faz bañada
En lágrimas de gozo,
En día tan dichoso
Al cielo religiosa dirigiste?

Señor, ensordeciste
Á su clamor, y á su llorar cegaste.
Y los ojos tornaste
Llenos de indignación: tembló la tierra;
Y los cielos temblaron;
Todos los elementos cruda guerra[2]
Entre sí concitaron;
Rómpese el aire en rayos encendido;
Retumba en torno el trueno estrepitoso;
El viento enfurecido

Silba, conturba el mar; y las escuadras
En su arduo combatir, van y se chocan,
Ciegas se mezclan, se destrozan luego,
Y al fondo de la mar de sangre y fuego,
Como la piedra, bajan, desparecen.
Todos, todos perecen
Confundidos, sin gloria y sin venganza;
Y tu ira sólo triunfa. Después llamas
Al ángel de la muerte, y le señalas
La digna primogénita de Iberia.
Él se alza; y reverente,
Velada de temor su faz gloriosa
Con las brillantes alas,
Te oye y ciñe la espada reluciente,
Del Egipto á los hijos ominosa,
De su sangre aun teñida,
Y vuela á obedecerte...
Hiere, y cae la víctima inocente,
Víctima de expiación de tus pecados,
España delincuente;
Y herida cae de aquella misma espada,
Con que una infiel nación fué castigada;
Que al Todopoderoso
Es altamente odioso,
Quizá más que el infiel, su pueblo ingrato.

En tanto ya los males y dolores,
Soldados indolentes, que militan
Bajo el pendón sombrío de la muerte,
Volteando en torno de la real cabeza
Una tan cara vida amenazaron.
Sus ojos se anublaron;
Sobre sus labios la sonrisa muere;
Y se sienta la pálida tristeza
En los ojos, que fueron
El trono del amor y de las gracias;
Y su pecho, en que ardía
La viva y casta llama de Fernando,
Se fatiga, se oprime... Un mismo día
Ha visto nuestra dicha
Nacer, crecer, morir; y fué la noche
De tan alegre día,
La noche de la tumba obscura y fría.

¡En vano, ay! cuán en vano
Agotó el arte humano
Su saber, su poder!... El alto Cielo
Su decreto de muerte dió... y el ángel
Libertador de Isaac retardó el vuelo.

Cumana Profetisa?,

Que desde tu honda y misteriosa cueva,
De furor agitada,
Y en éxtasi sublime enagenada,
Oráculos terribles revelaste,
¿Por qué no levantaste
De la tumba, dó yaces tantos siglos,
La venerable frente;
Y la sagrada lengua desatando,
Por qué no presentaste
Los imperios caídos,
Y los cetros rompidos
Sobre el sepulcro triste y pavoroso?
¿Y por qué no turbaste
El gozo de tu Nápoles, (cantando
El funeral destino que arrastraba
Á las playas ibéricas su hija),
Cuando fió á las olas
La Reina de las gentes españolas?
Y el luto de tu patria, ó nunca fuera,
Ó ya previsto mal menos le hiciera.

Y tú, que ya cortados
Los lazos, que te unían
Al trono y á la vida y á Fernando,
Y tu esfuerzo á los cielos contenían;

Te elevaste segura,
Cual llama hermosa y pura,
Del pábulo terrestre desprendida;
Ve la mísera España
Al extremo dolor abandonada,
El real manto rugado,
La negra cabellera deslazada,
Y ceñida la frente
De jacinto al ciprés entrelazado,
Gemir sobre tu losa. Y los gemidos
Su hija América oyendo también gime;
Y triste y desolada
Así suelta la voz apesarada:
« ¡Oh! ¡qué improviso golpe
Mi herido corazón de nuevo hiere!...
Ví el monstruo de la guerra
Ya en el antiguo mundo no cabiendo,
Nadar, romper los mares tormentosos;
Y á su terrible aspecto, á su bramido
Espavorida retemblar mi tierra;
Y vi la planta impura
Del infido Bretón y codicioso,
En presencia del Cielo,
Manchar mi casto y religioso suelo:
Vi mis campos talados:

Vi profanar mis templos, mis altares:
Vi mis hijos morir... ¡hijos amados!
Por su Patria, su Rey, su Dios armados.
Cuyas manos valientes
Sólo al morir soltaran el acero
Bañado en sangre y gloria; único alivio
De esta viuda infeliz... ¡Carlos! mis hijos
Murieron, ¡ay!... no mueran sin venganza;
Que si vencer los fuertes no pudieron,
Lidiar al menos y morir supieron. »

Suspende, amada Patria, tus querellas.
Sígueme; que en las alas
Del rayo impetuosas,
Cual la reina del aire,
Me lanzo á las mansiones venturosas.
Las puertas eternales de improviso
Se abrieron... ¿Oyes el armonioso,
Arrebatado canto
Que en torno suena del cordero santo?
¿Y entre el sublime y resonante coro,
Cual se alza fervorosa
De Antonia la oración; y cual ofrece
Su juventud, su vida, su martirio,
Por los males del pueblo que ama tanto?

Ve ya del trono santo
Bajar entre inefables resplandores
La mirada de paz; y el rayo ardiente
Caerse de la diestra omnipotente.

Y tú, alado ministro de venganza,
Tú que segaste en flor nuestra esperanza,
Vé á decir á los pueblos enemigos
Que la ira celestial se ha serenado;
Que ya el Señor nos llama sus amigos;
Que él solo nuestra fuerza quebrantaba;
Que hoy su poder conforta nuestro brazo.
Dí que tiemblen; que somos invencibles.
Y que el León Ibero,
La su crespa melena
Erizada, ya rota la cadena,
Rugirá; y al rugido
Huyendo el insular precipitado
Por sus ingratas olas,
El gran tridente soltará usurpado
En las tendidas playas españolas[4].

Lima, Mayo, 1807.

PRÓLOGO Á LA TRAGEDIA 4ª

EL DUQUE DE VISEO, DE QUINTANA

Cual baja en hilos breves desde el cielo
El trasparente y plácido rocío
Á humedecer y fecundar el suelo;
Y á su influjo benéfico los campos
Se visten de verdura;
Nacen flores do quier, y en ellas crecen
Las dulces esperanzas de mil frutos
Con que los labradores se enriquecen;
Así una distracción grata y honesta,
El ocio mismo y diversión modesta
Al trabajo enardece,
El progreso en las ciencias favorece,
Da fuerza al ingenio,
Nuevas alas al genio;

Y en la afanosa senda de las letras
Es un ocio oportuno y delicioso,
Que al ánimo estudioso
En su ruda tarea
Le solaza, le empeña y le recrea.
Dió cual ley general naturaleza
La ley de descansar : la madre tierra
En su estación concibe, prole hermosa
En su estación la cubre y engalana,
Y en la estación de reposar, reposa :
Y si continuamente se le obliga
Á producir, se cansa y se fatiga.
Y nosotros, Señor, cumplir queremos
La grata obligación que nos impone
Esa tan dulce ley; y las fatigas
De nuestro noble y útil ejercicio
Con noble y útil ocio alternaremos.
Ardua senda seguimos
Para ir al templo de la humana ciencia :
Por nuestra edad, por nuestra inexperiencia,
Indulgencia graciosa merecemos.
Arde en tanto el volcán de las pasiones
Dentro del corazón ¡ah! y no en vano
Para calmar la tempestad secreta,
Grandes ejemplos y útiles lecciones

De la filosofía y de la historia,
Se nos ofrecen siempre á la memoria.

Vemos allá en Viseo que un tirano,
Teñida en sangre fraternal la mano,
Se abre senda al poder toda manchada
De crímenes y muertes;
Su corazón altivo,
Libre de compasión y vengativo
Arde en amor, y su amorosa llama
No es esa llama blanda y apacible
Que goza sólo un corazón sensible;
Es un voraz incendio
Que de un volcán en las entrañas brama,
Pero en vano procura
Desatar ó romper con la violencia
Los lazos que formaron la inocencia,
Un largo y casto amor y la hermosura;
Que un amor puro y fuerte
Triunfa de los tiranos y la muerte.
El cruel en su furor oprime, insulta
Á su enemigo inerme, y después tiembla,
Cuando llega en las alas
Del valor y el amor. Tiembla, se hiere,
Y con la muerte del cobarde muere,

Y tú triunfas, amor. Caiga la infamia
Sobre los malos; dadme las guirnaldas
De rosas y de mirtos olorosos
Para ceñir las venturosas sienes
De los amantes firmes, virtuosos...

Nosotros ¡ah! felices,
Si tan bellas lecciones
Para la humana vida aprovechamos;
Y si al dar en la escena
Tan heroicas acciones,
Á vos, Señor, que amáis sus profesores,
Y especial protección dáis al colegio,
Felices, muy felices, si agradamos.
¿Pero qué dudamos?
Si esta gracia y favor tan distinguido
De haber á nuestros ocios asistido,
Deja nuestro trabajo, si es alguno,
Grato, recompensado y aplaudido.

Lima, 1808.

EL ÁRBOL

Á la sombra de este árbol venerable
Donde se quiebra y calma
La furia de los vientos formidable,
Y cuya ancianidad inspira á mi alma
Un respeto sagrado y misterioso,
Cuyo tronco desnudo y escabroso
Un buen asiento rústico me ofrece;
Y que de hojosa majestad cubierto
Es el único rey de este desierto,
Que vastísimo en torno me rodea;
Aquí mi alma desea
Venir á meditar: de aquí mi musa,
Desplegando sus alas vagarosas,
Por el aire sutil tenderá el vuelo;
Ya cual fugaz y bella mariposa
Por la selva florida,

Libre, inquieta, perdida,
Irá en pos de un clavel ó de una rosa,
Ya cual paloma blanda y lastimera
Irá á Chipre á buscar su compañera;
Ya cual garza atrevida,
Traspasará los mares,
Verá todos los reinos y lugares;
Ó cual águila audaz alzará el vuelo
Hasta el remoto y estrellado cielo.
¿No ves cuán ricas tornan á sus playas
De las Indias las naves españolas
Á pesar de los vientos y las olas?
Pues muy más rica tornarás, mi musa,
De imágenes, de grandes pensamientos,
Y de cuantos tesoros de belleza
Contiene en sí la gran naturaleza.
Y de tu largo vuelo fatigada
Vendrás á descansar, como á seguro
Y deseado puerto,
Á la sombra del árbol del desierto.
¡Necio de mí! ¿Qué he visto?
¡Cuántas veces mejor me hubiera estado
Gozar en grata paz menos curioso
De este ocio dulce, fresco y regalado,
Que ver el espectáculo horroroso

Que la perjura Francia,
De su seno feraz en sediciones,
En escándalo ofrece á las naciones!
¿Dónde están esas leyes decantadas
Por la justicia y la equidad dictadas?
¿Mas, qué aprovechan leyes sin virtudes?
¡Ni cómo las virtudes celestiales,
Dón de Dios el más puro y más sagrado,
Han de habitar el corazón malvado
De un pueblo sedicioso,
Cuyo jefe ambicioso,
Cualquier senda, aunque sea
Toda de sangre y crímenes cubierta,
La cree justa, legítima, segura,
Si oro, poder y cetro le procura!
Los pueblos sabios, libres y virtuosos
En el trono sentaron á las leyes,
Y se postraban á sus pies los reyes.
Pero el tirano, nó : sentóse él mismo,
Y las leyes sagradas
Puso á sus pies sacrílego postradas.
Y nada perdonó para su intento :
Su valor, su talento,
Aun las virtudes mismas le sirvieron,
Y tenidas en máximas de Estado

Su respetable máscara le dieron.
Vióse la Religión inmaculada,
Hija del cielo noble y generosa,
Sierva de su política insidiosa;
Y el grande protector de la fe santa,
Con suma reverencia,
Los Evangelios en París decora;
Y el Alcorán en el Egipto adora.
¡Qué crímenes, qué males,
No ha dado la ambición á los mortales!
Ella sola es cual llama abrasadora,
Que las mieses devora;
Mas la ambición unida á la fortuna
Es torrente impetuoso,
Que atropellando todo se derrama,
Y devora las mieses y la llama.
Así á los pueblos se anunció el tirano,
Y ésta es la perspectiva aborrecida
Que ofrecerá á quien ose desrollarle
El lienzo ensangrentado de su vida.
En el infausto y execrable día
En que se vió la libertad francesa
Al carro vencedor en triunfo atada;
Cuando al trono de Luis, César subía,
En medio del tumulto y la alegría

De un pueblo esclavo... Bruto ¿dónde estabas?
No es tarde aún; vén, besaré tu mano
Bañada con la sangre del tirano.
¡Ay! ¡que la tierra toda estremecida
Tiembla por donde pasa y brota sangre!
¡Qué nuevo crimen! ¡Dios! ¡Oh madre España,
Tu fe pura y entera,
Y tu misma virtud cuánto te daña!
Un corazón virtuoso,
Noble, fiel, generoso,
No sospecha jamás que se le engañe.
¡Oh traición inaudita!... Las montañas
Desplómense y en polvo se deshagan;
Los bramadores y hórridos volcanes
Humo espeso vomiten
De sus vastas y lóbregas entrañas;
Y densas nubes de humo y polvo encubran
Tan gran maldad del miserable suelo
Al vengador y poderoso cielo.
¡España! ¡España! ¡La amistad sagrada,
Esa necesidad tan cara al hombre,
Ese placer y celestial encanto,
Ese lazo el más santo
De las almas, no es más que un vano nombre,
Un nombre sin sentido

Y una red que el tirano te ha tendido!
Osó llamar el pérfido á tus reyes
Y dióles como amigos
De la amistad el ósculo fingido :
Y cuando en su poder seguros fueron
Tratóles como viles enemigos,
Y expiar les hace en bárbaras prisiones
El crimen de ser reyes y Borbones.
Siervos del crimen, nuestros caros reyes
Volvednos, sí : volvednos nuestros padres,
Los dioses de la España,
Y venid á quitarlos en campaña.
Siervos viles del crimen, acordaos
De la inmortal jornada de Pavía;
De allí, del mismo campo de batalla,
Cautivo y prisionero,
Vió entrar Madrid vuestro monarca fiero.
Imitad, si podéis, tan grande hazaña.
Esto es honor; y si queréis vengaros,
Volvednos nuestros reyes
Y venid á quitarlos en campaña.
Los siglos pasan, nuestra gloria dura :
Cuando á cubriros de un baldón eterno
La fiel posteridad ya se apresura.
¡Oh musa! tú que viste

El furor de la mar estrepitosa
Y los vientos horrísonos oíste
Y el fracaso espantoso de las olas,
Tú sola pintar puedes
El ardor de las armas españolas,
La ira y celo con que por todas partes
Va y corre la Nación precipitada
Guerra clamando; y á la voz de guerra,
Como brota la tierra
Y las montañas brotan gente armada
Á la guerra y venganza aparejada.
¡Guerra, venganza!... ¡Oh cuánto á su deseo
Ya tarda en coronarse el Pirineo
De las pérfidas huestes enemigas!
Nunca el indio salvaje ni el viajero,
La senda en noche lóbrega perdida,
Tanto del sol ansiaron la salida,
Como impaciente el español, espera
Mirar la luz primera
Que le refleje el enemigo acero.
¡Oh! ¡qué sed tan violenta
De su sangre le abrasa y atormenta!...
Ya en el campo de Marte sanguinoso
Le hará ver que en España,
Para vengar la afrenta

De Dios, del rey, y de la Patria santa,
Cada hombre es un soldado,
Y que cada soldado es un Pelayo,
Cada pecho un broquel, cada arma un rayo...
Dios santo y poderoso,
Brazo, virtud y gloria en la pelea,
Tú que tocas el monte y luego humea,
Tú que miras la tierra y se estremece,
Toca y mira ese pueblo que en su gloria,
Sin referirla á ti se ensoberbece.
Tú ¡oh Dios! que á los humildes y á los mansos,
La posesión has dado de la tierra,
¡Ay! no permitas que el varón de sangre
Tu nación extermine,
Ni que en la tierra toda desolada
Cubierta de cadáveres domine.
Antes tú, que quisiste
Para santificar la justa guerra,
El Dios de los ejércitos llamarte,
Y en tus pueblos caudillos elegiste,
Y su defensa y su victoria fuiste,
Nuestro brazo conforta, y con tu aliento,
Cual huracán violento,
Turba las huestes del perjuro bando
Que las sagradas leyes quebrantando

De amor y de amistad y santa alianza,
Á guerra nos provocan y á venganza.
Y tú, mi musa, en tanto
Que el mundo tiembla de furor y espanto,
Y entre los fieros males
Que preceden, que siguen, que acompañan
Á la venganza, la ambición vacila;
Tú, mi musa, pacífica y tranquila,
Cual tímida paloma,
Que se esconde en su nido,
La tempestad huyendo que ya se asoma,
Vendrás á guarecerte,
Mientras lo exija mi destino incierto,
Á la sombra del árbol del desierto.

Lima, 1809.

FRAGMENTO DEL ANTI-LUCRECIO[6]

TRADUCCIÓN LIBRE DEL LIB. IX V. 771

Mas el autor de maravillas tantas,
Que con poder y con saber profundo
Formó y gobierna el universo mundo;
¿Cómo, á tu tribunal osas llamarle,
Acusarle de error, y condenarle?

¿En saber, en poder, piensas que excedes
Á aquel de quien por gracia has recibido
Lo que eres, lo que vales, lo que puedes;
Y sin el cual los mismos pensamientos
No pudieras tener que hoy contra él tienes?

Él es omnipotente; tú eres débil.
Él sabio, tú ignorante. Él rico en bienes,
Tú vil y miserable.

¿Y será más probable
Que el mundo que tu mano formaría
Aun más perfecto que el de Dios sería?...
¡Qué insensatez, qué orgullo, qué osadía!

Si del corpóreo lazo desprendida
(Oh si así fuese!) allá en la eterna esfera,
De la Creación el cuadro portentoso
En la mente de Dios, tu mente viera;
Entonces conociera,
Como en espejo terso,
De este grande universo
El plan, el fin, las leyes, la armonía,
La insensible, fortísima cadena
Que en mutua dependencia une los seres,
En fin, la perfección, que el hombre ciego,
Porque no la comprende, la condena.

Así cuando en un plano confundidas
Se pintan mil figuras diferentes;
Ni orden, ni proporción se observa en ellas:
Aun las partes más bellas
Sin justa relación á otras unidas
Mayor deformidad nos aparentan:
Y líneas que á millares

Do quier en arcos y ángulos se cruzan,
El laberinto y confusión aumentan.

Mas, luego que en el medio colocares
De este caos un óptico cilindro,
Toda la confusión al punto cesa;
Porque las partes todas reflectidas
En concierto armonioso
De formas y colores,
Los monstruos anteriores
Transforma con presteza
En orden, proporción, gracia y belleza.

Lima, 1816.

Á UN AMIGO

(DON GASPAR RICO)

EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMOGÉNITO

¡Tanto bien es vivir, que presurosos
Deudos y amigos plácidos rodean
La cuna del que nace!
¡Y en versos numerosos
Con felices pronósticos recrean
La ilusión paternal! Uno la frente
Besa del inocente
Y en ella lee su próspero destino;
Otro, ingenio divino,
Sed de saber y fama
Y de amor patrio la celeste llama
Ve en sus ojos arder; y la ternura,
El candor y piedad otro divisa
En su graciosa y plácida sonrisa.

¿Pero, será feliz? ¿ó serán tantas
Hermosas esperanzas, ilusiones?
Ilusiones, Risel. Ese agraciado
Niño, tu amor y tu embeleso ahora,
Hombre nace á miseria condenado.
Vanos títulos son para librarle
Su fortuna, su nombre.
Mas ¿qué hablo yo de nombre y de fortuna?
Si su misma virtud y sus talentos
Serán en estos malhadados días
Un crimen sin perdón... La moral pura
La simple, la veraz filosofía,
Y tus leyes seguir, madre Natura,
Impiedad se dirá : rasgar el velo
Que la superstición, la hipocresía
Tienden á la maldad : decir que el Cielo
Límites ciertos al poder prescribe
Como á la mar; y que la mar insana
Menos desobediente
Es al alto decreto omnipotente;
Impiedad... sedición... Por toda parte
La frente erguida el vicio se pasea
Llevando por divisa « audacia y arte ».
Tienta, seduce, inflama;
Ni oro, ni afán perdona;

Da á la maldad por galardón la fama,
Se atreve á todo, y triunfa, y se corona.

¡Qué escenas, Dios! ¡qué ejemplos! ¡qué peligro!
¿Y es tanto bien vivir? — Siquiera el cielo
Á más serenos días retardara,
¡Oh niño, tu nacer! que ahora sólo
El indigno espectáculo te espera
De una patria en mil partes lacerada,
Sangre filial brotando por do quiera;
Y crinada de sierpes silbadoras
La discordia indignada
Sacudiendo, cual furia horrible y fea,
Su pestilente y ominosa tea.

¡Oh! ¡si te fuera dado al seno obscuro,
Pero dulce y seguro,
De la nada tornar!... y de este hermoso
Y vivífico sol, alma del mundo,
No volver á la luz, sino allá cuando
Ceñida en lauro de victoria ostente
La dulce patria su radiosa frente,
Y cuando el astro del saber termine
Su conocido giro al occidente;
Y el culto del arado y de las artes,
Más preciosas que el oro,

Haga reflorecer en lustre eterno,
Candor, riqueza y nacional decoro:
Y leyes de virtud y amor dictando,
En lazo federal las gentes todas
Adune la alma paz, y se amen todas...
Y ¡oh triunfo! derrocados
Caigan al hondo abismo
Error, odio civil y fanatismo.

Traed, cielos, en ala presurosa
Éste de espectación hermoso día.
Entretanto, Risel, cauto refrena
El vuelo de esperanza y de alegría.
¡Oh! cuántas veces una flor graciosa
Que al primer rayo matinal se abría,
Y gloria del verjel la proclamaba
La turba de los hijos de la Aurora,
Y algún tierno amador la destinaba
Á morir perfumando el casto seno
De la más bella y más feliz pastora;
¡Oh! ¡cuántas veces mustia y desmayada
No llega á ver el sol! que de improviso
La abrasa el hielo, el viento la deshoja,
Ó quizá hollada por la planta impura
De una bestia feroz, ve su hermosura.

Empero tu deber, Risel amado,
Ya que te ves alzado
Á la sublime dignidad de padre,
Te manda no temer; antes el fuerte
Pecho contraponer á la violenta
Avenida del mal y de la suerte.
Virtud, ingenio tienes. Sirva todo,
No sólo á dirigir la índole tierna
De tu hijo al bien, que en desunión eterna
Está con la ambición y la mentira,
Sino á purificar en algún modo
El aire infecto que do quier respira.
Aprenda de tu ejemplo
Prudencia, no doblez; valor, no audacia;
Moderación en próspera fortuna,
Constante dignidad en la desgracia.
Porque cuando en el monte se embravece
Hórrida tempestad, el flaco arbusto
Trabajado del ábrego perece,
Mas al humilde suelo nunca inclina
Su excelsa frente la robusta encina;
Antes allá en las nubes señorea
Los elementos en su guerra impía
Y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso
Corazón es el ara
Del amor conyugal y la ternura :
Que por seguir y consolar tu esposo,
En tabla mal segura
Osaste hollar con varonil denuedo
Mares por sus naufragios tan famosas,
Y cortes más que mares procelosas;
Tú que aun en medio del dolor serena,
Viste abrirse á tus pies la tumba obscura,
Ni asomada á su abismo te espantaste;
Y ansiedad, y amargura,
En los pesares sólo,
Mal merecidos, de Risel mostraste;
Ó cuando el tierno pecho te asaltaba
Dulce memoria de tu patria ausente;
¡Oh! entonces no sabías
Que al volver á tu patria y tus amigos
En premio el Cielo á tu virtud guardaba
Lo que negó á diez años de deseos,
Y que madre á tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;
Huyó la nube en tempestad preñada,
Y te amanece bonancible día.

Gózate, tierna amiga, para siempre :
Éste, éste de la patria el caro suelo,
Éste su dulce y apacible cielo,
Éstos tus lares son. ¿Por qué supiras?
No es ya mentido sueño lo que miras...
Esa que tierna abrazas es tu madre,
Tú más feliz que yo tu madre abrazas...
Mientras yo, ¡desdichado!
Sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura
De sobresalto fiero,
Inefable delicia en el cariño
De este precioso niño,
Primera prenda de tu amor primero.

Paréceme mirarte embebecida
En sus ingenuas y festivas gracias;
Y, cuando más absorta, de improviso
Una lágrima ardiente
De tus ojos brotar... el inocente
Cual si entendiera lo que entonces piensas,
Las manecitas cariñosas tiende,
Abre en sonrisa la encarnada boca
Y el dulce beso maternal provoca.

Bésale, veces mil; y esta dulzura
Divide con Risel. Sabia natura
No te formó al nacer amable, hermosa,
Sino para ser madre y ser esposa.
Y tú, querido infante, que ignorando
Cual será tu destino, en la dorada
Blanda cuna te meces,
Y agraciado sonríes,
Ó ledo te adormeces;
Ya que mirar la luz te ha dado el cielo,
Vive, florece; y tus amigos vean
Que en honor y consuelo
De tu familia y de tu patria creces.

Sigue como tus padres alentado
De la virtud la senda,
Y nada temas; que en cualquier estado
Vive el hombre de bien serenamente
Á una y otra fortuna preparado.
Y libre, ó en cadena, y aun ya alzada
Sobre su cuello la funesta espada,
En noble impavidez antes la frente
Á la ceñuda adversidad humilla
Que á un risueño tirano la rodilla.

Lima, 1817.

LA VICTORIA DE JUNÍN

CANTO Á BOLÍVAR

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre
Que más feroz que nunca amenazaba
Á sangre y fuego eterna servidumbre :
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á Bolívar en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo
El arte humano osado levantaba
Para hablar á los siglos y naciones;
Templos, do esclavas manos
Deificaban en pompa á sus tiranos,
Ludibrio son del tiempo, que con su ala
Débil las toca, y las derriba al suelo,
Después que en fácil juego el fugaz viento
Borró sus mentirosas inscripciones;
Y bajo los escombros confundido
Entre la sombra del eterno olvido,
¡Oh de ambición y de miseria ejemplo!
El sacerdote yace, el Dios y el templo;

Mas los sublimes montes, cuya frente
Á la región etérea se levanta,
Que ven las tempestades á su planta
Brillar, rugir, romperse, disiparse;
Los Andes... las enormes, estupendas
Moles sentadas sobre bases de oro,
La tierra con su peso equilibrando[7],
Jamás se moverán. Ellos burlando
De ajena envidia y del protervo tiempo
La furia y el poder, serán eternos
De Libertad y de Victoria heraldos,

Que con eco profundo
Á la postrema edad dirán del mundo :
« Nosotros vimos de Junín el campo :
» Vimos que al desplegarse
» Del Perú y de Colombia las banderas
» Se turban las legiones altaneras,
» Huye el fiero español despavorido,
» Ó pide paz rendido.
» Venció Bolívar : el Perú fué libre;
» Y en triunfal pompa Libertad sagrada
» En el templo del Sol fué colocada. »

¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, incierta,
Torpe la mano va sobre la lira
Dando discorde són. ¿Quién me liberta
Del Dios que me fatiga...?
Siento unas veces la rebelde Musa,
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
Ó sola por las selvas silenciosas
Ó las risueñas playas
Que manso lame el caudaloso Guaya:
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes : y de allí desciende

Al campo de Junín : y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira
Que el odiado pendón de España arbolan :
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fiera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y á combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poëta
Eran dignos de honor y de memoria,
La musa audaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal porfía
Al griego estadio concurrir solía.
Y en estro hirviendo y en amor de fama,
Y del metro y del número impaciente
Pulsa su lira de oro sonorosa,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valeroso,
Ó al más afortunado.
Pero luego envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,

Ciega se lanza al circo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita,
Y al carro vencedor se precipita.
Y desatando armónicos raudales
Pide, disputa, gana,
Ó arrebata la palma á sus rivales9.

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junín domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer designa?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa
Que entre el rebaño mal segura pace?
¿Quién el que ya desciende
Pronto y apercibido á la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda : el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria :
Su voz un trueno : su mirada un rayo.
¿Quién, aquél que al trabarse la batalla,
Ufano como Nuncio de victoria,

Un corcel impetuoso fatigando
Discurre sin cesar por toda parte...?
¿Quién, sino el hijo de Colombia y Marte?
Sonó su voz : « Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos Colombianos,
En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco :
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro :
Vuestra será la gloria;
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria.
Acometed : que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido :
Quien no espera vencer, ya está vencido. »
Dice : y al punto cual fugaces carros,
Que dada la señal, parten, y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan;
Arden los ejes; se estremece el suelo;
Estrépito confuso asorda el cielo;
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan :
Así los ordenados escuadrones
Que reflejan del iris los colores

Ó la imagen del sol en sus pendones,
Se avanzan á la lid. ¡Oh! ¡quién temiera,
Quién, que su ímpetu mismo los perdiera!

¡Perderse! nó, jamás : que en la pelea
Los arrastra y anima é importuna
De Bolívar el genio y la fortuna.
Llama improviso al bravo Necochea;
Y mostrándole el campo,
Partir, acometer, vencer le manda,
Y el guerrero esforzado,
Otra vez vencedor, y otra cantado,
Dentro en el corazón por Patria jura
Cumplir la orden fatal; y á la victoria
Ó á noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando;
Y el són de las trompetas clamoroso,
Y el relinchar del alazán fogoso,
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Do más se encruelece la pelea;
Y el silbo de las balas, que rasgando
El aire, llevan por do quier la muerte;

Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflectan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
Ó en torrentes de sangre arrebatados,
Y el violento tropel de los guerreros
Que más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden... Todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del Destino escrito,
De la venganza al pueblo americano,
De mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,
Hijas del negro averno, me inflamara
Y mi pecho y mi musa enardeciera
En tartáreo furor, del León de España
Al ver dudoso el triunfo, me atreviera
Á pintar el rencor y horrible saña.
Ruge atroz, y cobrando
Más fuerza en su despecho, se abalanza,
Abriéndose ancha calle entre las haces
Por medio el fuego y contrapuestas lanzas,

Rayos respira, mortandad y estrago,
Y sin pararse á devorar la presa,
Prosigue en su furor, y en cada huella
Deja de negra sangre un hondo lago.
En tanto el Argentino valeroso
Recuerda que vencer se le ha mandado;
Y no ya cual caudillo, cual soldado
Los formidables ímpetus contiene
Y uno en contra de ciento se sostiene,
Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada,
Que guardan el redil, mata, destroza,
Ahuyenta sus contrarios; y aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida.

Oh capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás : tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
Y bellas ninfas de tu Plata undoso
Á tu gloria darán sonoro canto
Y á tu ingrato destino acerbo llanto.[13]
Ya el intrépido Miller aparece
Y el desigual combate restablece.
Bajo su mando ufana

Marchar se ve la juventud peruana,
Ardiente, firme, á perecer resuelta,
Si acaso el hado infiel vencer le niega.
En el arduo conflicto opone ciega
Á los adversos dardos firmes pechos,
Y otro nombre conquista con sus hechos.

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?
¿Los hijos del placer son esos fieros?
Sí: que los que antes desatar no osaban
Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban,
Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa
Que ató sus pies, y vuelan denodados
Á los campos de muerte y gloria cierta,
Apenas la alta fama los despierta
De los guerreros que su cara patria
En tres lustros de sangre libertaron;
Y apenas el querido
Nombre de libertad su pecho inflama,
Y de amor patrio la celeste llama
Prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles [16]
Que en infame disfraz y en ocio blando
De lánguidos suspiros,
Los destinos de Grecia dilatando,
Vive cautivo en la beldad de Sciros;
Los ojos pace en el vistoso alarde
De arreos y de galas femeniles
Que de India y Tiro y Menfis opulenta
Curiosos mercadantes le encarecen.
Mas á su vista apenas resplandecen
Pavés, espada y yelmo que entre gasas
El Itacense astuto le presenta:
Pásmase... se recobra, y con violenta
Mano el templado acero arrebatando,
Rasga y arroja las indignas tocas,
Parte, traspasa el mar y en la troyana
Arena muerte, asolación, espanto
Difunde por do quier: todo le cede...
Aun Héctor retrocede...
Y cae al fin; y en derredor tres veces
Su sangriento cadáver profanado
Al veloz carro atado
Del vencedor inexorable y duro,
El polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía
Del nombre y las hazañas portentosas
De tantos capitanes que este día
La palma del valor se disputaron,
Digna de todos... Carbajal... y Silva...[17]
Y Suárez... y otros mil... Mas de improviso
La espada de Bolívar aparece,
Y á todos los guerreros,
Como el sol á los astros, obscurece.

Yo acaso más osado le cantara,
Si la meónia Musa me prestara[18]
La resonante trompa que otro tiempo
Cantaba al crudo Marte entre los Traces,
Bien animando las terribles haces,
Bien los fieros caballos, que la lumbre
De la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba
Por las primeras filas discurriendo.
Se oye su voz, su acero resplandece
Do más la pugna y el peligro crece.
Nada le puede resistir... Y es fama,
¡Oh portento inaudito!
Que el bello nombre de Colombia escrito

Sobre su frente en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente
Que deslumbrado el Español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento :
Sólo para la fuga tiene aliento.

Así cuando en la noche algún malvado
Va á descargar el brazo levantado;
Si de improviso lanza un rayo el cielo,
Se pasma, y el puñal trémulo suelta :
Hielo mortal á su furor sucede;
Tiembla, y horrorizado retrocede.
Ya no hay más combatir. El enemigo
El campo todo y la victoria cede.
Huye cual ciervo herido; y adonde huye
Allí encuentra la muerte. Los caballos
Que fueron su esperanza en la pelea,
Heridos, espantados, por el campo
Ó entre las filas vagan, salpicando
El suelo en sangre que su crin gotea;
Derriban al jinete, lo atropellan,
Y las catervas van despavoridas,
Ó unas con otras con terror se estrellan.
Crece la confusión, crece el espanto :
Y al impulso del aire, que vibrando

Sube en clamores y alaridos lleno,
Tremen las cumbres que respeta el trueno.
Y discurriendo el vencedor en tanto
Por cimas de cadáveres y heridos
Postra al que huye, perdona á los rendidos.

¡Padre del universo! ¡Sol radioso!
¡Dios del Perú! ¡modera omnipotente
El ardor de tu carro impetuoso,
Y no escondas tu luz indeficiente...
Una hora más de luz!...[19] Pero esta hora
No fué la del Destino. El Dios oía
El voto de su pueblo, y de la frente
El cerco de diamantes desceñía.
En fugaz rayo el horizonte dora;
En mayor disco menos luz ofrece,
Y veloz tras los Andes se obscurece.

Tendió su manto lóbrego la noche:
Y las reliquias del perdido bando,
Con sus tristes y atónitos caudillos,
Corren sin saber donde espavoridas,
Y de su sombra misma se estremecen.
Y al fin en las tinieblas ocultando
Su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la Patria! ¡oh Dios! ¡Victoria!
¡Triunfo á Colombia : y á Bolívar gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro
No á presagiar batalla y muerte suena,
Ni á enfurecer las almas : mas se estrena
En alentar el bullicioso coro
De vivas y patrióticas canciones.
Arden cien pinos : y á su luz las sombras
Huyeron, cual poco antes desbandadas
Huyeron de la Espada de Colombia
Las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,
El nombre de Bolívar repitiendo
Y las hazañas de tan claro día,
Los jefes, y la alegre muchedumbre
Consumen en acordes libaciones
De Baco y Ceres los celestes dones.

« Victoria, paz, clamaban,
Paz para siempre. Furia de la guerra,
Húndete al hondo averno derrocada;
Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.
Paz para siempre. La sanguínea espada,

Ó cubierta de orín ignominioso,
Ó en el útil arado trasformada,
Nuevas leyes dará. Las varias gentes
Del mundo, que á despecho de los cielos
Y del ignoto ponto proceloso,
Abrió á Colón su audacia ó su codicia,
Todas ya para siempre recobraron
En Junín libertad, gloria y reposo. »

Gloria, *mas no reposo:* de repente
Clamó una voz de lo alto de los cielos.
Y á los ecos los ecos por tres veces
Gloria, mas no reposo, respondieron.
El suelo tiembla; y cual fulgentes faros
De los Andes las cúspides ardieron.
Y de la noche el pavoroso manto
Se trasparenta, y rásgase, y el éter
Allá lejos purísimo aparece,
Y en rósea luz bañado resplandece.

Cuando improviso, veneranda sombra
En faz serena y ademán augusto
Entre cándidas nubes se levanta.
Del hombro izquierdo nebuloso manto
Pende, y su diestra aéreo cetro rige :

Su mirar noble, pero no sañudo;
Y nieblas figuraban á su planta
Penacho, arco, carcax, flechas y escudo.
Una zona de estrellas
Glorificaba en derredor su frente
Y la borla imperial de ella pendiente.

Miró á Junín : y plácida sonrisa
Vagó sobre su faz. « Hijos, decía,
Generación del Sol afortunada,
Que con placer yo puedo llamar mía,
Yo soy Huaina Capac : soy el postrero
Del vástago sagrado : 20
Dichoso rey, mas padre desgraciado.
De esta mansión de paz y luz he visto
Correr las tres centurias
De maldición, de sangre y servidumbre :
Y el Imperio regido por las Furias.
No hay punto en estos valles y estos cerros
Que no mande tristísimas memorias.
Torrentes mil de sangre se cruzaron
Aquí y allí : las tribus numerosas
Al ruido del cañón se disiparon :
Y los restos mortales de mi gente
Aun á las mismas rocas fecundaron.

Más allá un hijo expira entre los hierros
De su sagrada majestad indinos...[21]
Un insolente y vil aventurero
Y un iracundo sacerdote fueron
De un poderoso rey los asesinos...
¡Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

« Y mi Huáscar también...[22] ¡Yo no vivía!
¡Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrara á debelar la hidra española
Esta mi diestra triunfadora, sola!
Y nuestro suelo, que ama sobre todos
El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué, ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero.
Que mis caros hermanos,
El gran Guatimozín y Motezuma
Conmigo el caso acerbo lamentaron
De su nefaria muerte y cautiverio,
Y la devastación del grande imperio,
En riqueza y poder igual al mío...
Hoy con noble desdén ambos recuerdan
El ultraje inaudito, y entre fiestas
Alevosas el dardo prevenido,
Y el lecho en vivas ascuas encendido.

« ¡Guerra al usurpador! — ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión ó leyes?...
¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
Los sacramentos santos que trajeron.
¡Oh religión! ¡oh fuente pura y santa
De amor y de consuelo para el hombre!
¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!
¿Y qué lazos de amor?... Por los oficios
De la hospitalidad más generosa
Hierros nos dan : por gratitud, suplicios.
Todos, sí, todos : menos uno solo;
El mártir del amor americano :
De paz, de caridad apóstol santo;
Divino Casas, de otra patria digno.
Nos amó hasta morir. — Por tanto ahora
En el empíreo entre los Incas mora.

« En tanto la hora inevitable vino
Que con diamante señaló el Destino,
Á la venganza y gloria de mi pueblo.
Y se alza el Vengador. — Desde otros mares
Como sonante tempestad se acerca :

Y fulminó. Y del Inca en la Peana,[24]
Que el tiempo y un poder furial profana,
Cual de un Dios irritado en los altares
Las víctimas cayeron á millares.
¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto
Hijo y Amigo y Vengador del Inca!
¡Oh Pueblos, que formáis un pueblo solo
Y una familia, y todos sois mis hijos!
Vivid, triunfad... »

El Inca esclarecido
Iba á seguir : mas de repente queda
En éxtasis profundo embebecido :
Atónito en el cielo
Ambos ojos inmóviles ponía,
Y en la improvisa inspiración absorto
La sombra de una estatua parecía.
Cobró la voz al fin. « Pueblos, decía,
La página fatal ante mis ojos
Desenvolvió el Destino, salpicada
Toda en purpúrea sangre; mas en torno
También en bello resplandor bañada.
Jefe de mi nación, nobles guerreros,
Oíd cuanto mi oráculo os previene,
Y requerid los ínclitos aceros,

Y en vez de cantos nueva alarma suene :
Que en otros campos de inmortal memoria
La Patria os pide, y el Destino os manda
Otro afán, nueva lid, mayor victoria. »

Las legiones atónitas oían :
Mas luego que se anuncia otro combate,
Se alzan, arman, y al orden de batalla
Ufanas y prestísimas corrieran;
Y ya de acometer la voz esperan.
Reina el silencio. Mas de su alta nube
El Inca exclama : « De ese ardor es digna
La ardua lid que os espera;
Ardua, terrible, pero al fin postrera.
Ese adalid vencido[25]
Vuela en su fuga á mi sagrada Cuzco;
Y en su furia insensata
Gentes, armas, tesoros arrebata,
Y á nuevo azar entrega su fortuna.
Venganza, indignación, furor le inflaman,
Y allá en su pecho hierven como fuegos
Que de un volcán en las entrañas braman.

« Marcha : y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfía[26]

Los primeros tiranos disputaron
Cuál de ellos solo dominar debía,
Pues el poder y el oro dividido
Templar su ardiente fiebre no podía :
En ese campo, que á discordia ajena
Debió su infausto nombre, y la cadena
Que después arrastró todo el imperio;
Allí, no sin misterio
Venganza y gloria nos darán los Cielos.
¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!
¡Campo serás de gloria y de venganza...
Mas no sin sangre... Yo me estremeciera,
Si mi ser inmortal no lo impidiera!

« Allí Bolívar, en su heroica mente
Mayores pensamientos revolviendo,
El nuevo triunfo trazará, y haciendo
De su genio y poder un nuevo ensayo,
Al joven Sucre prestará su rayo.[27]
Al joven animoso,
Á quien del Ecuador montes y ríos
Dos veces aclamaron victorioso.
Ya se verá en la frente del guerrero
Toda el alma del Héroe reflejada,
Que él le quiso infundir de una mirada.

« Como torrentes desde la alta cumbre
Al valle en mil raudales despeñados,
Vendrán los hijos de la infanda Iberia,
Soberbios en su fiera muchedumbre,
Cuando á su encuentro volará impaciente
Tu juventud, Colombia belicosa,
Y la tuya, ¡oh Perú! de fama ansiosa,
Y el caudillo impertérrito á su frente.

« ¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!
Cual aturde y espanta en su estallido
De hórrida tempestad el postrer trueno.
Arder en fuego el aire,
En humo y polvo obscurecerse el cielo,
Y con la sangre en que rebosa el suelo,
Se verá el Apurímac de repente
Embravecer su rápida corriente.

« Mientras por sierras y hondos precipicios
Á la hueste enemiga
El impaciente Córdova fatiga :
Córdova, á quien inflama
Fuego de edad, y amor de patria y fama;
Córdova, en cuyas sienes con bello arte
Crecen y se entrelazan

Tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.
Con su Miller los húsares recuerdan
El nombre de Junín: Vargas su nombre,
Y vencedor el suyo con su Lara
En cien hazañas cada cual más clara. [28]

« Allá por otra parte,
Sereno, pero siempre infatigable;
Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta La-Mar: y se apresura
La tarda rota del protervo bando. [29]
Era su antiguo voto, por la patria
Combatir y morir. Dios complacido
Combatir y vencer le ha concedido.
Mártir del pundonor, he aquí tu día.
Ya la calumnia impía
Bajo tu pie bramando confundida,
Te sonríe la Patria agradecida.
Y tu nombre glorioso,
Al armónico canto que resuena
En las floridas márgenes del Guayas,
Que por oírlo su corriente enfrena,
Se mezclará; y el pecho de tu amigo
Tus hazañas cantando y tu ventura
Palpitará de gozo y de ternura.

« Lo grande y peligroso
Hiela al cobarde, irrita al animoso.
¡Qué intrepidez! ¡qué súbito coraje
El brazo agita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!
El menor resistir es nuevo ultraje.
El jinete impetuoso,
El fulmíneo arcabuz de sí arrojando,
Lánzase á tierra con el hierro en mano,
Pues le parece en trance tan dudoso
Lento el caballo, perezoso el plomo.
Crece el ardor. — Ya cede en toda parte
El número al valor, la fuerza al arte.
Y el Íbero arrogante en las memorias
De sus pasadas glorias,
Firme, feroz resiste : y ya en idea
Bajo triunfales arcos, que alzar debe
La sojuzgada Lima, se pasea.
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada,
Ni la resuelta y numerosa tropa
Le sirve. Cede al ímpetu tremendo :
Y el arma de Bailén rindió cayendo
El vencedor del vencedor de Europa.
Perdió el valor, mas no las iras pierde,
Y en furibunda rabia el polvo muerde.

Alza el párpado grave, y sanguinosos
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen:
Mira la luz; se indigna de mirarla:
Acusa, insulta al cielo; y de sus labios,
Cárdenos, espumosos,
Votos, y negra sangre, y hiel brotando,
En vano un vengador muere invocando.

« Ah: ya diviso míseras reliquias
Con todos sus caudillos humillados
Venir pidiendo paz.[30] Y generoso,
En nombre de Bolívar y la Patria,
No se la niega el vencedor glorioso.
Y su triunfo sangriento,
Con el ramo feliz de paz corona.
Que si patria y honor le arman la mano
Arde en venganza el pecho americano;
Y cuando vence, todo lo perdona.

« Las voces, el clamor de los que vencen,
Y de Quinó las ásperas montañas,[31]
Y los cóncavos senos de la tierra,
Y los ecos sin fin de la ardua sierra,
Todo repite sin cesar, ¡Victoria!

« Y las bullentes linfas de Apurímac
Á las fugaces linfas de Ucayale [52]
Se unen, y unidas llevan presurosas,
En sonante murmullo y alba espuma,
Con palmas en las manos y coronas,
Esta nueva feliz al Amazonas.
Y el espléndido rey al punto ordena
Á sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos plácidos cantares
Tan gran victoria anuncien á los mares.

« ¡Salud, oh Vencedor! ¡Oh Sucre! ¡vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria!
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre... Y sola en este día
Tu gloria, sin Bolívar, brillaría.
Tal se ve Héspero arder en su carrera,
Y del nocturno cielo
Suyo el imperio sin la luna fuera.

« Por las manos de Sucre la victoria
Ciñe á Bolívar lauro inmarcesible.
¡Oh Triunfador! la palma de Ayacucho
Fatiga eterna al bronce de la Fama,
Segunda vez Libertador te aclama.

« Ésta es la hora feliz. Desde aquí empieza
La nueva edad al Inca prometida
De libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida :
La rebelde cerviz hispana hollaste :
Grande gloria alcanzaste;
Pero mayor te espera, si á mi pueblo
Así cual á la guerra lo conformas,
Y á conquistar su libertad le empeñas;
La rara y ardua ciencia
De merecer la paz y vivir libre
Con voz y ejemplo y con poder le enseñas.
Yo con riendas de seda regí el pueblo,
Y cual padre le amé; mas no quisiera
Que el cetro de los Incas renaciera :
Que ya se vió algún Inca que teniendo
El terrible poder todo en su mano,
Comenzó padre y acabó tirano.
Yo fuí conquistador, ya me avergüenzo
Del glorioso y sangriento ministerio;
Pues un conquistador, el más humano,
Formar, mas no regir, debe un imperio.

« Por no trillada senda, de la gloria
Al templo vuelas, ínclito Bolívar.

Que ese poder tremendo que te fia [33]
De los padres el íntegro senado,
Si otro tiempo perder á Roma pudo,
En tu potente mano
Es á la Libertad del Pueblo escudo.

« Oh Libertad, el Héroe que podía
Ser el brazo de Marte sanguinario,
Ese es tu sacerdote más celoso,
Y el primero que toma el incensario,
Y á tus aras se inclina silencioso.
¡Oh Libertad! Si al pueblo americano
La solemne misión ha dado el Cielo
De domeñar el monstruo de la guerra,
Y dilatar tu imperio soberano
Por las regiones todas de la tierra,
Y por las ondas todas de los mares,
No temas, con este Héroe, que algún día
Eclipse el ciego error tus resplandores,
Superstición profane tus altares,
Ni que insulte tu ley la tiranía :
Ya tu imperio y tu culto son eternos.
Y cual restauras en su antigua gloria
Del santo y poderoso
Pacha-Camac el templo portentoso; [34]

Tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
En que darás á pueblos destronados
Su majestad ingénita y su solio,
Animarás las ruinas de Cartago,
Relevarás en Grecia el Areopago,
Y en la humillada Roma el Capitolio.

« Tuya será, Bolívar, esta gloria :
Tuya romper el yugo de los reyes,
Y á su despecho entronizar las leyes;
Y la discordia en áspides crinada,
Por tu brazo en cien nudos aherrojada.
Ante los Haces santos confundidas
Harás temblar las armas parricidas. [35]

« Ya las hondas entrañas de la tierra
En larga vena ofrecen el tesoro
Que en ellas guarda el sol : y nuestros montes
Los valles regarán con lava de oro.
Y el pueblo primogénito dichoso [36]
De libertad, que sobre todos tanto
Por su poder y gloria se enaltece,
Como entre sus estrellas
La estrella de Virginia resplandece,
Nos da el ósculo santo

De amistad fraternal. Y las naciones
Del remoto hemisferio celebrado,
Al contemplar el vuelo arrebatado
De nuestras musas y artes,
Como iguales amigos nos saludan;
Con el tridente abriendo la carrera
La reina de los mares la primera.

« Será perpetua, oh pueblos, esta gloria
Y vuestra libertad incontrastable
Contra el poder y liga detestable
De todos los tiranos conjurados,
Si en lazo federal de polo á polo
En la guerra y la paz vivís unidos.
Vuestra fuerza es la unión. ¡Unión, oh pueblos,
Para ser libres y jamás vencidos!
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar. Las tempestades
Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
Erupciones volcánicas arrasan
Campos, pueblos, vastísimas regiones,
Y amenazan horrendas convulsiones
El globo destrozar desde el profundo :

Ellos, empero, firmes y serenos
Ven el estrago funeral del mundo.

« Ésta es, Bolívar, aún mayor hazaña
Que destrozar el férreo cetro á España.
Y es digna de ti solo. En tanto triunfa...
Ya se alzan los magníficos trofeos.
Y tu nombre aclamado
Por las vecinas y remotas gentes
En lenguas, voces, metros diferentes,
Recorrerá la serie de los siglos
En las alas del canto arrebatado...
Y en medio del concento numeroso
La voz del Guayas crece
Y á las más resonantes enmudece.
Tú la salud y honor de nuestro pueblo
Serás viviendo, y Ángel poderoso
Que lo proteja cuando
Tarde al empíreo el vuelo arrebatares,
Y entre los claros Incas
Á la diestra de Manco te sentares. 39

« Así place al destino. ¡Oh! ved al cóndor,
Al peruviano rey del pueblo aerio,
Á quien ya cede el águila el imperio,

Vedle cual desplegando en nuevas galas
Las espléndidas alas
Sublime á la región del sol se eleva
Y el alto augurio que os revelo aprueba.

« Marchad, marchad guerreros,
Y apresurad el día de la gloria :
Que en la fragosa margen de Apurímac
Con palmas os espera la Victoria. »

Dijo el inca. Y las bóvedas etéreas
De par en par se abrieron,
En viva luz y resplandor brillaron
Y en celestiales cantos resonaron.
Era el coro de cándidas vestales;
Las vírgenes del sol, que rodeando
Al Inca como á sumo sacerdote,
En gozo santo y ecos virginales
En torno van cantando
Del sol las alabanzas inmortales:

« Alma eterna del mundo,
Dios santo del Perú, padre del Inca,
En tu giro fecundo
Gózate sin cesar, luz bienhechora,
Viendo ya libre el pueblo que te adora.

La tiniebla de sangre y servidumbre
Que ofuscaba la lumbre
De tu radiante faz pura y serena
Se disipó, y en cantos se convierte
La querella de muerte
Y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la libertad buscó un asilo,
Amable peregrina;
Y ya lo encuentra plácido y tranquilo,
Y aquí poner la Diosa
Quiere su templo y ara milagrosa.
Aquí, olvidada de su cara Helvecia,
Se viene á consolar de la ruina
De los altares que le alzó la Grecia,
Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalén y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama.

¡Oh Padre, oh claro sol! no desampares
Este suelo jamás, ni estos altares.
Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce : por ti viven,
Y acción, salud, placer, beldad reciben.
Tú al labrador despiertas,

Y á las aves canoras
En tus primeras horas :
Y son tuyos sus cantos matinales.
Por ti siente el guerrero
En amor patrio enardecida el alma,
Y al pie de tu ara rinde placentero
Su laurel y su palma :
Y tuyos son sus cánticos marciales.

¡Fecunda ¡oh sol! tu tierra;
Y los males repara de la guerra.
Da á nuestros campos frutos abundosos
Aunque niegues el brillo á los metales :
Da naves á los puertos;
Pueblos á los desiertos;
Á las armas victoria;
Alas al genio y á las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta
El brazo que te venga :
No para nuevas lides sanguinosas,
Que miran con horror madres y esposas;
Sino para poner á olas civiles
Límites ciertos, y que en paz florezcan
De la alma paz los dones soberanos :

Y arredre á sediciosos y á tiranos.
Brilla con nueva luz, rey de los Cielos,
Brilla con nueva luz en aquel día
Del triunfo que magnífica prepara
Á su libertador la patria mía.
¡Pompa digna del Inca y del Imperio
Que hoy de su ruina á nuevo ser revive!

Abre tus puertas, opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador que rodeado
De pueblos numerosos, y aclamado
Ángel de la esperanza,
Y genio de la paz y de la gloria,
En inefable majestad se avanza.

Las musas y las artes revolando
En torno van del carro esplendoroso;
Y los pendones patrios vencedores
Al aire vago ondean, ostentando
Del Sol la imagen, de Iris los colores.
Y en ágil planta y en gentiles formas,
Dando al viento el cabello desparcido,
De flores matizado,
Cual las horas del sol raudas y bellas,

Saltan en derredor lindas doncellas
En giro no estudiado;
Las glorias de su patria
En sus patrios cantares celebrando;
Y en sus pulidas manos levantando,
Albos y tersos como el seno de ellas,
Cien primorosos vasos de alabastro
Que espiran fragantísimos aromas,
Y de su centro se derrama y sube
Por los cerúleos ámbitos del cielo
De ondoso incienso trasparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos,
Y por delante en larga serie marchan
Humildes, confundidos,
Los pueblos y los jefes ya vencidos.
Allá procede el Ástur belicoso;
Allí va el Catalán infatigable,
Y el agreste Celtíbero indomable,
Y el Cántabro feroz que á la romana
Cadena el cuello sujetó el postrero;
Y el Andaluz liviano,
Y el adusto y severo Castellano.
Ya el áureo Tajo cetro y nombre cede;
Y las que antes graciosas

Fueron honor del fabuloso suelo,
Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo
Se esconden silenciosas :
Y el grande Betis viendo ya marchita
Su sacra oliva, menos orgulloso
Paga su antiguo feudo al mar undoso.

El sol suspenso en la mitad del cielo
Aplaudirá esta pompa. — ¡Oh Sol, oh Padre,
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio;
Tu luz nos dé el imperio;
Tu luz la libertad nos restituya;
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya! »

Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
Y en plácido fulgor resplandecieron.
Todos quedan atónitos. Y en tanto,
Tras la dorada nube el Inca santo
Y las santas Vestales se escondieron.

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
Humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles
Á los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama

Y siéntense á la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera fama,
Que es la gloria y tormento de la vida.
Yo volveré á mi flauta conocida
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos,
Ó entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
O entre risueños campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La Piña ostenta el cetro de Pomona. [42]
Y me diré feliz si mereciere,
Al colgar esta lira en que he cantado
En tono menos dino
La gloria y el destino
Del venturoso pueblo americano:
Yo me diré feliz si mereciere
Por premio á mi osadía,
Una mirada tierna de las Gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la Patria mía,
Y el odio y el furor de los tiranos.

Guayaquil, abril 1825.

ODA XII. LIB. I DE HORACIO

TRADUCCIÓN

¡Oh nave! ¿dónde vas? ¿ Note amedrentan
Las nuevas olas que á la mar te impelen?
¡Ay! el peligro es cierto.
Torna, torna veloz, ocupa el puerto.
Tu costado de remos ve desnudo,
Y ve tu mástil roto
Al ímpetu del ábrego sañudo.
¡Cual crujen las entenas!
Sin cables, sin timón, la frágil tabla
Resistir podrá apenas
Los asaltos del mar. — No hay vela sana,
Ni Dios propicio que á tu voz descienda
Y en tu nuevo conflicto te defienda.
No te valdrá tu nombre, ni el ser hija

Del más excelso pino
Que fué honor de las selvas del Euxino.
¿Y pondrá en vano el tímido piloto
En la pintada popa su esperanza?...
Guarte, nave infeliz. Cada momento
Teme ser juego del furioso viento.
Tú que otro tiempo fuiste
Inquieto tedio á mi ánimo agitado,
Y ahora objeto triste
De mi acerbo pesar y mi cuidado:
Huye, bajel querido,
Del mar embravecido,
Que entre escollos corriendo peligrosos
De viva roca y de ferviente arena,
Á seguro naufragio te condena.

A MON AMI J. VILLAMIL

Ces îles fortunées qu'un esprit agissant
Naguères a données à l'Écuador naissant,
Verront fleurir bientôt, dans leurs flancs étonnés,
Le riz et l'ananas, et les épis dorés.
Alors, ô Villamil, quand la nuit étoilée
Surprendra les travaux chéris de la journée,
Le Florien satisfait mêlera dans ses chants
Ton nom, et sa Filis, tes bienfaits et ses champs :
Entouré de ses fils, et caressant son chien,
Il redira toujours que sur le sol florien
Tu appelas le premier, parmi ces déserts bois,
Hommes, plantes, troupeaux, arts, plaisirs, mœurs [et lois,
Tous les biens de la paix... de Cérès tous les dons,
Qui révèlent aux mers le bonheur des nations.

Guayaquil, 1831.

AL GENERAL FLORES

VENCEDOR EN MIÑARICA

Cual águila inexperta, que impelida
Del regio instinto de su estirpe clara,
Emprende el precoz vuelo
En atrevido ensayo,
Y elevándose ufana, envanecida,
Sobre las nubes que atormenta el rayo,
No en el peligro de su ardor repara,
Y á su ambicioso anhelo
Estrecha viene la mitad del cielo :

Mas de improviso deslumbrada, ciega,
Sin saber donde va, pierde el aliento,
Y á la merced del viento
Ya su destino y su salud entrega :
Ó por su solo peso descendiendo

Se encuentra por acaso
En medio de su selva conocida,
Y allí la luz huyendo, se guarece,
Y de fatiga y de pavor vencida,
Renunciando al imperio, desfallece :

Así mi Musa un día
Sintió la tierra huír bajo su planta,
Y osó escalar los cielos, no teniendo
Más genio que amor patrio y osadía.
En la región etérea se declara
Grande sacerdotisa de los Incas;
Abre el templo del Sol : flores y ofrendas
Esparce sobre el ara :
Ciñe la estola espléndida y la tiara :
Inquieta, atormentada
De un Dios que dentro el pecho no le cabe,
Profiere en alta voz lo que no sabe,
Por ciega inspiración. Tiemblan los reyes
Escuchando el oráculo tremendo :
Revelaciones, leyes
Dicta al Pueblo : describe las batallas;
De la patria predice la victoria,
Y la aplaude en seráficos cantares :
De los Incas deifica la memoria,

Y á sus manes sagrados
Si tumba les faltó, levanta altares.[43]

Mas cuando ya su triunfo absorta canta,
Atrás la vista torna,
Mide el abismo que salvó, y se espanta;
Tiembla, deja caer el refulgente
Sacro diadema que sus sienes orna,
Y flaco el pecho, el ánimo doliente,
Cual si volviera de un delirio, siente,
Y de la santa agitación rendida,
Queda en lento deliquio adormecida.

En vano el bronce fratricida truena,
Y de las armas rompe el estallido;
Y al recrujir el carro de la guerra
Se siente en torno retemblar la tierra.[44]

Y el atroz silbo de rabiosas sierpes
Que la Discordia enreda á su melena
En sed mortal los pechos enfurece;
Y de la antigua silla de los Incas
Hasta do bate el mar los altos muros
De la noble heredera de Cartago,
Todo es horror y confusión y estrago :[45]

En vanoh, ¡oh Dios! del medio
De las olas civiles, con sorpresa,
Joven, graciosa, de esperanzas llena
Una nueva República aparece;
Cual la Diosa de amor y de belleza
Coronada de rosas y azahares,
Con que el ambiente plácido perfuma,
Surgió sobre la hirviente y alba espuma
Del mar nacida á serenar los mares : [46]

Y en vano sobre el margen populoso
Del rico Tames y bullente Rima,
En verso numeroso
Canoras voces se alzan despertando [47]
La Musa de Junín... que el sacro fuego
De inspiración cesó; lánguido expira;
Y el canto silencioso
Duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el Genio muere: y con su aliento
La tierra, el firmamento,
El mármol, y cadáveres anima.

Ya está dentro de mí. — Veloces vientos,
Anunciad á las gentes

Un nuevo canto de victoria. Dadme
Laurel y palmas y alas esplendentes;
Volvedme el estro santo,
Que ya en el seno siento hervir el canto.

¿Á dónde huyendo del paterno techo
Corre la juventud precipitada?
En sus ojos furor, rabia en su pecho,
Y en su mano blandiendo ensangrentada
Un tizón infernal; cual civil Parca
Ciega discurre, tala, y sus horrendas
Huellas en sangre y en cenizas marca.

Leyes y patria y libertad proclaman...
Y oro, sangre, poder... esas sus leyes,
Esa es la libertad, de que se llaman
Ínclitos vengadores...

Y en los enormes montes interpuestos
Y en el soberbio inexpugnable alcázar,
Que de lejos ostenta
La Reina del Pacífico opulenta, [48]
La insolente esperanza
Ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto... y un abismo
Se abrió bajo sus pies... que los horrores
De tanta sedición, los alaridos
Que entre las ruinas salen, los clamores
De tantos pueblos íntegros y fieles,
El rayo concitaron que dormía
Allá en el seno de su nube umbría.

Ese es el adalid á quien dió el Cielo
Valor, consejo, previsión y audacia.
Al arduo empeño, á la mayor desgracia
Le sobra el corazón. Todo le cede :
Sirve á su voz la suerte, ante su Genio
El peligro espantado retrocede. 49

Flores, los pueblos claman : y los montes
Que la escena magnífica decoran,
Flores, repiten sin cesar. Los ecos
Ávidos unos á otros se devoran
Y en inquietud perpetua se suceden
Como olas de la mar. Sordos aterran
La turba pertinaz, que espavorida
Huye; y no sabe donde — que do quiera
Los ecos la persiguen, — y do quiera
El espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina
Enluta el cielo, cuando el sol declina,
Se afanan los pastores recogiendo
El rebaño que pace descuidado.
Mas de improviso estalla un trueno horrendo,
El tímido ganado
Se aturde, se dispersa desoyendo
Del fiel mastín inútiles clamores,
Se pierde en precipicios espantosos,
Que más lo apartan del redil querido;
Y entre tantos horrores
Vagan, tiemblan, caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.[50]

Oyó la voz doliente de la Patria
Su siempre fiel guerrero;
Y desnudando el invencible acero,
Se avanza; y los valientes capitanes[51]
En cien lides gloriosos le rodean,
Y dar paz á la Patria, ó morir firmes
Sobre la cruz de sus espadas juran...

Él habla: y á su acento
Todo en torno es acción y movimiento.
Armas, tormentos bélicos... y cuanto

Elemento de guerra y de victoria
Da el suelo, forma el arte, el genio crea,
Se apresta, ó aparece por encanto.
Gime el yunque, la fragua centellea,
Brota naves el mar, tropas la tierra...
Aquí y allí la juventud se adiestra
Á la terrible y desigual palestra...
Y el caballo impaciente
De freno y de reposo,
Se indigna, escarba el suelo polvoroso:
Impávido, insolente
Demanda la señal: bufa, amenaza,
Tiemblan sus miembros: su ojo reverbera;
Enarca la cerviz, la alza arrogante
De prominente oreja coronada;
Y al viento derramada
La crin luciente de su cuello enhiesto,
Ufano da en fantástica carrera
Mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto
Reina en el bando opuesto.
Armas les da el furor; la ambición ciega
Constancia... obstinación ¡Cuán impotente
Dió voces la razón!... Y en vano el cielo

Los aterra con signos portentosos.
Nocturnas sombras vagan por el suelo
Exhalando alaridos lastimosos;
Rayos sanguíneos las tinieblas aran
En pálido fulgor; y por la noche
Sones terribles de uno al otro extremo
De la espantosa bóveda se oyeron:
Se hiende el monte: el huracán estalla,
Y es todo el aire un campo de batalla.[52]

Y en medio de la pompa más solemne
Las imágenes santas derribadas,
¡Qué horror! del alto pedestal cayeron
Del incienso sacrílego indignadas.[53]

¿Veis allá lejos ominosa nube
Ondeando en polvo de revuelta arena,
Que densa se derrama y lenta sube?...
Allí está Miñarica. La Discordia
Allí sus haces crédulas ordena:
Las convoca, las cuenta, las inflama...
Las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro: y cuando alzada
Sobre la hostil cerviz resplandecía

Su espada, reconoce sus hermanos :
Lejos de sí la arroja : y les ofrece
El seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la facción, se enorgullece :
Razón, ruego, amistad y paz desdeña.
Triunfa al verse rogada
Y en ilusión y en arrogancia crece;
Que rara vez clemencia generosa
El monstruo del furor civil domeña,
Y aun más los viles pechos escandece.

Tornó el héroe á relumbrar la espada :
Y ésta fué la señal. Los combatientes
Con firme paso y exultantes frentes
Se acometen, se mezclan... De una parte
El número y el ímpetu... de la otra
Arte, valor, serenidad : do quiera
Furor y sangre... y á las armas sangre,
Aun más infame que el orín, empaña :
Y los pendones patrios encontrados
Rotos y en sangre flotan empapados.
Cristados yelmos, miembros palpitantes
Erizan la campaña...
Y los troncos humanos

Se revuelcan, amagan :
É impotentes de herir, siquiera insultan,
Mientras los restos de vital aliento
Entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos
Se encuentran, se conocen... y se abrazan...
Con el abrazo de furente saña.

Ni tregua, ni piedad. — ¿Quién me retira
De esta escena de horror? — Rompe tu lira,
Doliente Musa mía; y antes deja
Por siempre sepultada en noche obscura
Tanta guerra civil. ¡Oh! tú no seas
Quien á la edad futura
Quiera en durable verso revelarla :
Que si mengua, ó escándalo resulta,
Honra más la verdad quien más la oculta.

Como rayo entre nube tormentosa
Serpea fulminando, y veloz huye :
Vuelve á brillar, la tempestad disipa,
Y su esplendor al cielo restituye;
Así la espada del invicto Flores
Por entre los espesos escuadrones

Va sin ley cierta, brilla... y desparecen.
Á los unos aterra su presencia :
Otros piedad clamando, se rindieron :
Y á los que fuertes para huír, huyeron,
Los alcanzó en su fuga la clemencia.

¡Salud, oh claro Vencedor! ¡Oh firme
Brazo, coluna, y gloria de la Patria!
Por ti la asolación, por ti el estruendo
Bélico cesa, y la inspirada Musa
Despertó dando arrebatado canto.
Por ti la Patria el merecido llanto
Templa al mirar el hecatombe horrendo
Que es precio de la paz. Por ti recobran
Su paz los pueblos, y su prez las artes;
La alma Temis su santo ministerio;
Su antiguo honor los patrios estandartes;
La Ley su cetro, Libertad su imperio :
Y las sombras de Guachi desoladas
De su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
Que pasa el Vencedor. Á nuestras playas
Dirige el paso victorioso, en tanto
Que el himno sacro la amistad entona,

Y fausta la victoria le destina
Triunfales pompas en su caro Guayas,
Y en este canto espléndida corona.

Guayaquil, 1835.

AL SEÑOR DON PEDRO ORBEGOSO

Saber poner en práctica el amor
Que á Dios y al hombre debes profesar;
Á Dios como á tu fin último amar,
Y al hombre, como imagen de su autor;

Proceder con lisura y con candor;
Á todos complacer, sin adular;
Saber el propio genio dominar
Y seguir á los otros el humor;

Con gusto el bien ajeno promover;
Como propio, el ajeno mal sentir;
Saber negar, saber condescender;

Saber disimular, y no fingir :
Esta ciencia del mundo has de aprender,
Ésta es, niño, ciencia de vivir.

Guayaquil, 1836.

ENSAYO SOBRE EL HOMBRE

POR ALEJANDRO POPE

PRÓLOGO

El título solo de este opúsculo bastaría á indicar su importancia, si acaso el Ensayo sobre el Hombre no fuese tan conocido y recomendado por su antigua celebridad y por el nombre mismo de su autor. — ¡Pope escribiendo del hombre! — Nunca un objeto más grande excitó la fantasía de un cantor más filósofo, ni más sublime.

Si Pope no fué el primero que empezó á desembarazar la metafísica de las pueriles sutilezas y de las ininteligibles abstracciones que de dos siglos atrás la afeaban y segregaban del trato humano, á lo menos antes de él nadie osó presentar esta ciencia con la honesta desnudez de la verdad, nadie ceñirla de las alegres flores de la poesía.

La moral, que á manera de la física acababa también de sacudirse de su materia sutil y despejarse de los cielos y de sus turbillones, no le es menos deudora de sus progresos; ya por la simplicidad con que desenvuelve sus principios fundamentales — ya por las ideas sublimes que da de Dios como criador del mundo y del hombre como criatura suya, la más excelente de todas, á la cual están subordinadas las demás, y con quienes concurre al grande fin de la creación — ya finalmente para revelar el misterio filosófico del mal moral bajo la providencia de un Dios santo y bueno, y del mal físico con el orden, hermosura y perfección del universo.

El enajenamiento que me causó la lectura de este poema no me dejó sentir cuánta sería la audacia de cualquiera que emprendiese su traducción. La niebla que cubría esta montaña enorme no permitió medir, ni computar su altura. Mas los continuos esfuerzos y la lucha que desde luego tuve que sostener con cada frase, y aun con cada palabra, me volvieron en mi acuerdo y pensé entonces ceder á otro más hábil, ó más feliz, el honor de ser el primero que diese á Pope en nuestra lengua. Pero, ya había empezado... ¡y es tan duro retroceder! Hay además cierta vergüenza en desistir de un empeño tomado con resolución, que indelibe-

radamente llega uno á persuadirse de que es más difícil deshacer el primer paso que se ha dado, que vencer todas las dificultades que se presienten en la carrera. Yo me hallé, pues, sin libertad para abandonar una obra comenzada, una obra que había de servir forzosamente á mi instrucción, siquiera por las frecuentes lecciones y detenida meditación que debía hacer sobre cada pensamiento para verterlo en nuestro idioma. Una vez resuelto, me creía satisfecho con que las sentencias quedasen en mi espíritu bien meditadas, aunque sobre el papel saliesen mal vertidas.

Al principio aspiré á la gloria verdaderamente vana y pueril de traducir este Ensayo en casi igual número de versos que tiene el original; mas cualquiera que conozca el carácter raro de la lengua y de la poesía inglesa, y el rarísimo del genio de Pope, advertirá fácilmente que esa era una empresa desesperada. Yo me apercibí temprano de mi error; y encontré tan poca fluidez en el estilo, tan poca armonía en el metro, tantas ideas omitidas, tantas transiciones ó suprimidas ó violentas en los primeros cincuenta versos que traduje, que naturalmente pasé al extremo opuesto; y me resolví á dar rienda suelta á mi imaginación, apropiarme los pensamientos del autor y expresarlos del mejor modo que pudiese, añadiendo algunas ideas, imá-

genes y alusiones oportunas, sustituyendo los símiles que creyese más propios, haciendo ligeras inversiones, ampliando varias descripciones y sacudiendo el yugo de una rima rigurosa que en las traducciones es ocasión inevitable á ripios, y adiciones extrañas y superfluas : escollo que no pudieron salvar ni los más doctos maestros como León y Herrera, Boileau y el mismo Pope. — Yo solo seré responsable de los errores y de la imperfección que resulte á la obra por mis variaciones; y para que todos puedan formar y rectificar su juicio, he querido imprimir juntamente el original, con cuyas bellezas naturales pienso también suplir de algún modo la debilidad de mi versión, aunque contribuya yo mismo á que sea más visible la diferencia entre ambos con la indispensable comparación de los dos textos.

Sea cual fuere la extensión con que he usado de esta libertad, nadie podrá acusarme de haber olvidado los preceptos y leyes á que están sujetas las composiciones de este género; antes bien se observará que habiendo escogido un argumento ajeno y de uso público, he procurado hacerlo mío, sin defraudar en nada la parte del autor; pero también sin atormentar mi genio en una estrecha y precisa órbita, y sin sacrificar mi opinión, las

reglas del arte y el honor poético á una servil fidelidad :

Publica materies privati juris erit, si
Nec circa vilem patulumque moraberis orbem;
Nec verbum verbo curabis reddere, fidus
Interpres : nec desilies imitator in arctum
Unde pedem proferre pudor vetet, aut operis lex.

Epist. ad Pisones.

El Ensayo sobre el Hombre comprende cuatro epistolas, en las cuales se trata de la naturaleza y estado del hombre en relación con el universo, consigo mismo, con la sociedad de que es parte, y con la felicidad á que está destinado. Concluída la versión de la primera, mi arrojo fué más lejos, y concebí, quizá muy neciamente, el designio de formar un sistema completo sobre las costumbres, desenvolviendo varias indicaciones del autor y añadiendo nuevas observaciones sobre la extensión y límites de la razón humana, sobre el carácter de las ciencias, de las artes útiles, de los diversos talentos de los hombres, y sobre la aplicación, uso y abuso de esas mismas ciencias y de esos mismos talentos en la sociedad civil y religiosa, para hacer más sensible la estrecha relación y enlace que hay entre la virtud y la felicidad.

El mismo Pope parece haber conocido este vacío en su Ensayo, habiendo escrito otras epístolas morales sueltas y varias otras composiciones sobre los objetos indicados, señaladamente el libro IV de su célebre Dunciada. Mi intento era, ya que mis fuerzas no bastaban á la ejecución del plan que audazmente había concebido, traducir todas esas piezas y colocarlas como partes similares en los lugares convenientes para que formasen un todo regular, uno y completo.

El ocio que disfrutaba entonces, la distracción de todo negocio público y la soledad, me preparaban maravillosamente á esta grande y deliciosa ocupación. Mas por aquel mismo tiempo una voz imperiosa me llamó de improviso á tener parte en los destinos de mi Patria. Los cuidados de la vida pública y los peligros que incesantemente amenazaron mi país hasta la victoria de Pichincha, vinieron no sólo á interrumpir mi tarea, sino á separarme de todo género de estudio, especialmente del trato con las musas, que son, como se sabe, nimiamente delicadas y celosas.

Pasado este intervalo, empieza á despertarse el deseo de proseguir una obra interrumpida por tres años; y hallándome felizmente en un pueblo en que abundan personas de sentido literario muy exquisito, y donde no faltan buenos conocedores de la

propiedad y gracias geniales de uno y otro idioma, me he resuelto á publicar sola esta primera epístola con el fin de consultar el parecer de los inteligentes, excitar su crítica sobre el método y forma de mi versión, para que castigada según sus observaciones, pueda servir de ejemplar á las posteriores, que debo continuar luego que pasen las nuevas atenciones que me han sobrevenido cuando lo recelaba menos. Entre tanto mi espíritu irá recobrando su estado natural y la serenidad perdida en la tormentosa época que acaba de pasar, en la que trayendo una vida pública, puedo decir que he vivido fuera de mi elemento propio. El mar agitado por una larga tempestad conserva aún su inquietud mucho tiempo después de serenado el cielo.

La situación política de nuestra América, así como fué el motivo principal que me excitó á esta empresa, será también un vivo estímulo para llevarla á su conclusión. Cuando los pueblos sacuden una odiada y antigua dominación, y cuando todavía no han tenido ni el tiempo, ni la ocasión de constituírse, aunque la necesidad los obliga á adoptar las antiguas leyes (no porque sean buenas, sino porque mayor mal es no tener ningunas) nadie puede ignorar que esas leyes pierden gran parte de su vigor y poder, ya por su mismo carácter de

provisionales — ya porque no son amadas por su falta de bondad y por el recuerdo que traen consigo de su origen — ya porque aún las que parecen más equitativas respiran siempre el mortífero aliento colonial — ya en fin, porque despertado una vez en los pueblos el espíritu, el sentimiento de su independencia, sufren impacientemente toda ley que no haya dimanado de su propia voluntad.

Era por tanto indispensable preparar un remedio que previniese este mal, casi necesario aún en las revoluciones más juiciosas, y que no pocas veces ha producido grandes calamidades y grandes crímenes, tarde expiados y con mucha sangre. Este remedio no puede ser otro que dar á los pueblos un buen sistema de moral. Espero, pues, que con sus luces y lecciones cooperarán conmigo á tan saludable fin todos los que aman cordialmente la Patria y desean verla prosperar por el adelantamiento de las bellas letras, por el influjo de una sabia y propia legislación y por el imperio de las buenas costumbres, que son el mejor, el único suplemento de las leyes, y frecuentemente más eficaz que las leyes mismas.

Lima, 1823.

EPÍSTOLA PRIMERA

SUMARIO

La razón no puede formarse idea de Dios sino por las cosas visibles; ni del hombre, sino considerándole como parte de este mundo, cuyas relaciones con el universo nos son desconocidas. — Esta ignorancia es la fuente de nuestras quejas contra la Providencia. — Necedad é injusticia de estas quejas. — Para conocer la sabiduría de Dios en la formación del hombre, era preciso comprender toda la economía de sus designios. — El hombre tiene toda la perfección que conviene á su fin y al lugar que ocupa entre los seres creados. — En la ignorancia de los sucesos futuros de la vida, y en la esperanza de una felicidad futura se funda nuestra felicidad presente. — Nuestros errores y nuestra miseria provienen del orgullo que aspira á una perfección de que el hombre no es capaz. — Él se mira como el objeto final de la Creación, y quiere en el mundo moral la perfección que

no hay en el mundo físico, y que no puede haber en las cosas creadas. — En el universo visible hay un orden, una gradación de perfecciones entre las criaturas, de donde resulta la subordinación de unas á otras, y de todas al hombre. — Gradación de sentidos, instinto, pensamiento y razón. — La razón da al hombre la superioridad sobre todos los animales y le compensa con ventaja todas las calidades que ellos tienen sobre él. — Facultades sensitivas más delicadas nos harían miserables. — La conservación, la felicidad de las criaturas pende del orden y mutuo enlace de todas : la menor dislocación causaría la destrucción del todo. — El hombre para ser feliz en el estado presente y futuro debe someterse á los designios de la Providencia y concluir que TODO CUANTO EXISTE ESTÁ BIEN EN EL MUNDO.

Despierta amigo, y generoso deja
Las necias esperanzas, los caprichos
De la ambición al vulgo de los reyes.
Y pues el soplo de la vida apenas
Nos permite observar lo que nos cerca,
Y se extingue después; ven y corramos
Sobre esta escena rápida del hombre. —

¡Qué laberinto! exclamas. — Mas no pienses
Que carece de plan. Arbol que tienta
Con sus hermosos y vedados frutos:
Campo do rosas entre abrojos nacen,
Recorrámosle pues; y cuanto muestra
Sobre su faz, ó dentro el seno guarda
Conmigo indagarás, y las tortuosas
Sendas que sigue quien se arrastra ciego,
Ó el loco aturdimiento del orgullo
Que en su mentida elevación se pierde.
Seguir tu clara voz, Naturaleza,
Es nuestro fin: la necedad humana
Confundir en su error; y ver las causas
De quejas y opiniones siempre dignas
De risa, ó de censura. Al Dios del hombre
Á los ojos del hombre vindiquemos.

Sobre Dios, sobre el hombre alguna idea
Sólo por lo que vemos nos formamos.
¿Qué vemos en el hombre? Un sér dotado
De reflexión, que su lugar prescrito
Con los demás en la Creación ocupa:
Y toda nuestra ciencia sobre el hombre
Á estos solos principios se reduce.

Que á Dios conozcan mundos infinitos
Que ni los puede divisar la vista,
Ni el alma imaginar. Que allá le adoren...
Nosotros conocerle y adorarle
Debemos en el nuestro. En audaz vuelo
Quien el espacio penetrar pudiere
Y mundos sobre mundos ver girando
Para formar el universo, y nuevos
Planetas descubrir, y nuevos soles,
Y ver qué seres las estrellas pueblan;
Ese podrá decir porqué Dios hizo
El mundo tal como es... Mas, dí, tú sabes
Cuáles de esta obra son los fundamentos?
¿El mutuo lazo que sus partes une?
¿La justa proporción, y la insensible
Gradación de los seres? Ó bien, dínos,
¿Podrá una parte contener su todo?

Y esta cadena que lo enlaza todo,
Y lo sostiene todo, ¿de qué manos,
De las de Dios, ó de las tuyas pende?
¿La razón indagar ¡necio! pretendes,
Porqué eres ciego y débil? ¡Eh! debías
Antes buscar la causa aun más oculta
Por qué no eres más débil y más ciego.

¿Vé á tu madre la tierra á preguntarle,
Por qué el roble será más alto y fuerte
Que no las zarzas que á su sombra crecen?
Ó pregunta á los Cielos ¿por qué causa
Son menores que Jupiter las lunas
Que en torno giran de él? ¡Ah! si es muy justo
Que de cuantos sistemas son posibles
Prefiera la eternal sabiduría
El que fuere mejor, donde las partes
Sin la menor interrupción se adunen
Para no disolverse, y donde ocupe
Cada sér su lugar; fuerza es que el hombre
Tenga el suyo también en esa escala
De los seres que viven y que sienten.
Y aunque ardan en disputas las escuelas,
Ya sólo resta investigar si el hombre
Está con relación á su destino
Mal colocado en el lugar que ocupa.

Lo que es mal para el hombre, puede y debe
Ser un bien para el todo: el arte humano
Cuando se esfuerza más, produce apenas
Aun con mil movimientos un efecto;
Pero Dios con un solo movimiento
Llena todo su fin, y aun otros fines

Prepara y perfecciona... Y así el hombre
Que es aquí el móvil primordial y solo
En este orden, quizá subordinado
Á otra esfera mayor, mueve una rueda
Y concurre á otro fin que él no conoce.
¡Quién, pues, comprenderá de este gran todo
El plan y fin y dirección y leyes,
Si una mínima parte sólo vemos!

Cuando el fiero caballo reconozca
La mano que le doma, y mal su grado
Le refrena, ó le aguija en su carrera;
Y cuando sepa el lento buey que abre
Ora la dura tierra, ora es llevado
Cual víctima al altar, ora ceñido
De flores cual un Dios, Menfis le adora;
Entonces conocer, hombre orgulloso,
Podrás también tu fin, y adonde tiendes
Tu acción y tu pasión; ¿cuáles las causas
Son del bien y del mal? ¿qué te reprime
O qué te impele á obrar? ¿porqué unas veces
De una deidad te elevas á la esfera
Y otras de un siervo á la vileza bajas?

No digas, pues, que el hombre es imperfecto,
Y que Dios hizo mal; antes confiesa

Que el hombre, á quien es dado solamente
Gozar del tiempo un fugitivo instante,
Y ocupar del espacio un solo punto,
Debe ser tan feliz y tan perfecto
Como su sér y condición exige.

Del libro del Destino nadie puede
Leer sino la línea en que está escrito
Lo presente no más. Próvido el Cielo
Al bruto oculta cuanto inspira al hombre;
Y á éste cuanto á los ángeles revela.
¡Quién pudiera jamás vivir tranquilo
Sin esta obscuridad!... Cuando el cordero
Es por su gula condenado á muerte,
¿Si él tu razón tuviera, lo verías
Tan alegre y lascivo en la pradera
Pacer, brincar, y en inocente halago
Lamer la dura mano que le hiere?
¡Oh feliz ceguedad de lo futuro!
Gracioso dón, á todo ser prestado
Porque llene mejor su fin; en tanto
Que el sabio autor en plácido reposo,
Su obra sublime conservando, mira
Con ojo siempre igual un vil insecto,
Ó un héroe perecer; en el espacio

Ya un sistema, ya un átomo perderse;
Y ampollas de aire, ó mundos disolverse.

Refrena, pues, el vuelo de tu orgullo;
Y espera que la muerte esos misterios
Te venga á revelar, y á Dios adora.
El ignorar te deja sabiamente
Cuál tu felicidad futura sea;
Mas para la presente, una esperanza
Que no muere jamás puso en tu seno.
Si aquí no eres feliz, tú debes serlo
En otro orden de tiempos y de seres.
¡Oh, cómo el alma inquieta y limitada
Reposa y se engrandece en esta idea!

El Indio pobre en su rudez sumido
Ve en las nubes á Dios, le oye en los vientos;
Ni vanas artes ni orgullosa ciencia
Su alma inerte excitaron á elevarse
Más allá de la esfera en que el sol brilla.
Su pensar, su saber, no van más lejos
De lo que alcanzan sus sentidos torpes;
Mas la simple natura, de esperanza
No le privó; y allá tras de aquel monte,
Cuya cima se pierde entre las nubes,

Un cielo él se promete; se imagina
Un mundo en cuyos bosques solitarios
Libre pueda vagar; ó ya en el medio
Del mar una isla más dichosa, donde
Un cruel conquistador jamás arriba
Por saciar la sed de oro, derramando
Sangre do quier y servidumbre dura
En nombre de su Dios; donde el esclavo
Ve su tierra natal, y alegre vive
Sin que su amo feroz y avaricioso
En mil modos le oprima, y sin que espectros,
Que la superstición crédula forja,
La paz del sueño y de la noche turben.
Contento de existir él no desea
Ni las alas del ángel, ni la llama
En que arde el serafín; mas se complace
En la dulce ilusión de que su amigo,
Su perro fiel será su compañero
Allá en el mismo cielo que se finge.

Pero tú eres más sabio... En tu balanza
Pesa, pues, tu opinión contra la ciencia
Del próvido Hacedor, y señalando
Do está la imperfección, dí que unas veces
Se muestra liberal, otras avaro;

Y para darle perfección á su obra
Pon lo que falta, quita lo que sobra.
Destruye á tu placer todos los seres,
Ó nuevos cría : y en tu orgullo exclama :
« Si el hombre no es feliz, si no es perfecto,
» Y si no es inmortal; si en él no emplea
» Todo su amor y su cuidado el Cielo,
» Dios es injusto : » Y arrancando osado
El cetro y la balanza de sus manos,
Sé Dios de Dios, y juzga su justicia.

Amigo, vuelve en ti : de nuestro orgullo
Nace todo el error. Nadie en su esfera
Se puede contener; todos aspiran
Á otra mayor. Los ángeles ser dioses,
Y los hombres ser ángeles quisieran.
Si aspirando á ser Dios, se perdió el ángel;
Aspirando á ser ángel se hace el hombre
De aquella misma rebelión culpable :
Pues invertir la eterna ley del orden
Es pecar contra Dios, es oponerse
Á su eterno designo... y se prepara
La universal disolución del mundo.

Si preguntas, ¿por qué los astros brillan?
Si preguntas, ¿por qué la tierra existe? —

« Sólo es por mí » responderá el orgullo;
Por mí derrama liberal natura
De frutos y de flores coronada
Todos sus dones del fecundo seno :
Por mí da en su estación la vid, la rosa
Su néctar y su aroma : por mí encierran
Las minas mil tesoros; y los vientos
Sobre la mar me llevan obedientes.
Nace el sol á alumbrarme; y es la tierra
Mi pedestal, y mi dosel el cielo.

Mas cuando el sol en sus letales rayos
Asoladora peste al mundo envía;
Cuando las tempestades, terremotos
Y erupciones volcánicas arrasan
Y sepultan los pueblos y naciones;
¿No se podrá decir que se extravía
Natura de su fin, y que en el mundo
Reina el Genio del mal? — « No, no, (responde
La voz de la razón que nunca engaña)
» Pues la primera causa omnipotente
» Sólo por leyes generales obra
» Que invierte rara vez, cuando le place
» Y nunca sin razón; y el mal permite
» Si á conservar el todo contribuye. »

Por esta justa ley, cuanto hay criado,
Todo cuanto no es Dios es imperfecto,
Y mudable y mortal. ¿El hombre solo
No sufrirá esta ley?... Naturaleza
Tal vez del grande fin que se propuso
De hacer feliz al hombre, se desvía;
Y aun el hombre también : ¿qué importa?...
[El orden
De ese desorden aparente nace.

Aquel gran fin en sucesión perenne
Lluvias, calor, serenidad requiere,
Ó más bien una eterna primavera;
No menos que en los seres racionales
Moderación, frugalidad, templanza,
Y un orden regular en sus deseos.
Pues si en el orden natural no alteran
El designio de Dios las tempestades,
Las pestes, y violentos terremotos;
¿Lo han de alterar los crímenes infandos
De un Borja, de un Nerón?... Así lo piensa
En el delirio de su orgullo el hombre
Sin ver que puede Dios hacer que el vicio
De su justicia á los designios sirva.
¿Quién osará inculpar la Providencia

En el orden moral, si vindicada
Siempre en el orden natural la observa? —
Por una misma regla juzga de ambos;
Mas siempre errados vagarán tus juicios
Del grandioso espectáculo del cielo.
Si más fino tu olfato y tacto fuera,
El choque más ligero, la más dulce
Impresión de una flor te causaría
El dolor ó la muerte : un trueno horrible
Fuera cada rumor : siempre aturdido
Del armónico són de las esferas
Sintieras no escuchar la melodiosa
Queja del ruiseñor, del vago viento
El grato susurrar entre las ramas,
Y el tono adulador del arroyuelo.

Adora, pues, la gran sabiduría
Del muy Alto en los dones que te ha dado;
Y en lo que niega, su bondad adora.

¡Por la inmensa Creación, cuál va la escala
De inercia, vida, instinto, pensamiento,
En insensible gradación subiendo
Desde la humilde raza del insecto
Á la estirpe del hombre soberana!

¡Qué modificaciones de sentidos!
¡Qué grados intermedios desde el topo
Á quien odiosa piel la luz le niega,
Al lince perspicaz...! ¡De la leona
Que al ruido de su presa por la noche
Ciega se lanza, al perro cuyo olfato
Discurriendo le lleva por un rastro
Imperceptible, al más remoto objeto!
¡Cuál el oído, cuál la voz creciendo
Va desde el mudo pez, á las canoras
Aves de abril en la florida selva!
¡Qué finura en el tacto de la araña
Sobre las redes que afanosa teje!
¡En cada hilo vivir, sentir parece!
¡Con qué discernimiento va la abeja
Libando aun de las plantas venenosas
Un licor saludable y delicioso!

Y en el orden de instinto, si la mente
Fijas, ¡qué variedad desde el inmundo
Vil cerdo que en el fango se revuelca
Al casi racional noble elefante!
¡Y cuán débil barrera se interpone
Entre ese instinto y la razón humana!
¡Próximos siempre, y siempre separados!...

¿Quién conocer podrá la estrecha alianza
Entre la sensación y el pensamiento?
¡Oh cuántos seres! ¡cuántas relaciones!
¿Y quién dirá de sus indefinibles
Medias naturalezas, cómo tienden
Á unirse siempre sin jamás tocarse,
Ni menos traspasar esa invencible,
Esa línea sutil que les separa?

Turba la justa gradación de seres:
Y al punto los verás como se impelen,
Se chocan, se destruyen... y se rompe
La unión, la relación de unos á otros,
Y de todos al hombre; y si tan varias
Facultades y dotes y atributos
Están subordinados á ti solo,
Porque te cupo la razón en parte
Cual un destello de celeste llama;
Dí, pues, que tu razón todo lo abraza,
Que tu razón se sobrepone á todos.

Discurre por los aires; corre el globo;
Sonda la mar; descubrirás do quiera
La materia agitándose fecunda
Y pronta á producir. ¡Cuál se dilata

La progresión de seres! Hacia arriba,
¡Á qué altura se eleva inaccesible!
En torno, ¡qué extensión interminable!
Hacia abajo también, ¡en qué insondable
Profundidad se pierde!... El principio
De la cadena es Dios : siguen por orden
Ángeles, hombres, bestias, aves, peces,
Insectos invisibles. ¡Qué intervalo
Del infinito á ti, de ti á la nada!
Si al lugar de los seres superiores
Tú aspiraras, al tuyo aspirarían
Los seres inferiores; y un vacío
Fuera en la Creación, donde si quitas
Una grada, la escala se destruye;
Y roto un eslabón de la cadena
La cadena también toda se rompe.

Así un sistema de celestes cuerpos
Gira obediente á sus centrales leyes
Que tienen relación con otros mundos
Que poblarán la inmensidad del cielo.

Altera un tanto este orden porque acaso
De allí esperas un bien; verás que al punto
La confusión de un cuerpo se difunde

Á su sistema, y del sistema al todo;
Y caerá destruído el universo.
La tierra de su centro sacudida
Se escapará de su órbita; y los soles
Y planetas irán ciegos rodando
Sin ley cierta, ni fin. Precipitados
Los ángeles que rigen las esferas
Serán también; los seres sobre seres
Se abismarán, y mundos sobre mundos;
Del cielo desquiciándose los ejes
Vacilará su eterno fundamento,
Y ante el trono de Dios, Naturaleza
Temblará horrorizada al ver abierto
El espantable abismo de la nada.
¿Por quién desorden tanto? ¡Por el hombre!
¡Por un gusano vil!... ¡Oh cuánto exceso
De orgullo, de impiedad, y de locura!

¡Qué, si rebeldes nuestros miembros niegan
Su ministerio al alma que lo rige!
¡Si el pie formado para hollar la tierra,
Si la mano al trabajo destinada,
Oler, gustar, oír ó ver quisiesen!
Y á cumplir su destino se negasen!...
¡Qué confusión! — Pues mucho mayor fuera

Si en esta inmensa fábrica aspirara
Cada parte á ser otra, desdeñando
El empleo y lugar que le ha prescrito
La excelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino partes
De este admirable todo, cuyo cuerpo
Es la naturaleza, y Dios el alma.
Dios, que igualmente su poder ostenta
Grandeza y perfección creando la tierra,
Ó la esplendente bóveda del cielo;
Un átomo sutil, ó el sol radioso;
Un hombre vil que en la miseria gime,
Ó el puro serafín que arrebatado
En éxtasis le adora. Para él nada
Es alto, bajo, grande ni pequeño.
Todo ante Dios es nada. Su inefable
Espíritu penetra los abismos
Del cielo y de la tierra; enlaza, llena
Y lo sostiene todo... se transforma
En cada ser, quedando siempre el mismo.
Nos calienta en el sol, y nos recrea
Con las alas del céfiro; florece
En cada planta, y en los astros brilla.
Inextenso se extiende : indivisible

Se difunde do quier : se comunica,
Se da sin perder nada : en toda vida
Vive; y anima la materia inerte;
En nuestra alma respira, siente, piensa;
Y obrando siempre nunca se fatiga.

Depón, pues, oh mortal tu error: no llames
Imperfección este orden portentoso
Que no conoces bien : tu mayor dicha,
Quizá de lo que más inculpas, pende.
Tu misma ceguedad y tu flaqueza
Son dones á tu fin proporcionados.
Entra en ti mismo : piensa en tu destino.
Somete tu razón : espera firme
Ser tan feliz aquí, ó en otra esfera
Cual conviene á tu ser, pues Dios lo quiere:
Y en amor paternal sobre ti vela
Desde el alba á la noche de tu vida,
Y de su diestra poderosa pendes.

Es la naturaleza con sus obras
Un arte para ti desconocido;
Lo que llamas fortuna es el efecto
De un gran designio, cuyo fin ignoras :
Lo que juzgas discordia es armonía

Cuyo hermoso concierto no percibes;
Y el mal particular que acaso observas
Es un bien general. En fin, concluye
Que á pesar del orgullo, y en despecho
De la razón ilusa, CUANTO EXISTE
TODO ESTÁ BIEN AQUÍ, TODO ES PERFECTO.

Lima, 1823.

EPÍSTOLA SEGUNDA

NOTA PUBLICADA EN *La Balanza*, PERIÓDICO DE GUAYAQUIL, Y ATRIBUÍDA AL MISMO OLMEDO

Esta epístola traducida tiene casi doble extensión que su original. Críticos de grande autoridad sostienen que éste es el mayor defecto de una traducción de Pope, cuyo estudio principal se conoce que era el de encerrar en la más breve expresión el más extenso pensamiento; y que ensanchar las ideas del original era desfigurarlo enteramente. Esta observación puede ser exacta hasta cierto punto; pero no es menos exacta y segura la regla de que la claridad es el alma de toda composición, especialmente en un poema didáctico, cuyo objeto es instruír, y de que la claridad rara vez está unida á la extrema concisión.

Además de esto, toda composición en verso,

sea cual fuese su objeto, demanda cierto grado de ornato y exige que en ella se sacrifique algo á la armonía, sin la cual jamás se llenaría el fin del poeta; pues una serie de preceptos áridos tarde ó temprano fastidia regularmente, como todo estudio en que no tiene parte la imaginación. Las divinas Geórgicas son el modelo de ese género.

No se crea por esto que emprendemos la censura de Pope, ni tampoco la apología de la difusión. Nada menos : sólo queremos indicar la necesidad de guardar un justo medio en este género de composiciones, en las cuales, tiempo, trabajo, reputación todo es perdido cuando no se entienden; y lo que es peor, cuando dan lugar á dudas, falsas interpretaciones y errores, que si son nocivos en literatura, son perniciosísimos en la moral.

Prueba de esta verdad son las muchas y porfiadas controversias que se han suscitado en todo tiempo sobre este Ensayo de Pope entre doctores y moralistas, entre filósofos y censores; lo que no ha contribuido poco á la mayor celebridad de este poema. Hombres muy distinguidos, entre ellos Luis Racine, se equivocaron en la inteligencia de este Ensayo; y si el célebre autor del poema de la Religión se engaña en algunos puntos esenciales, ¿qué sucederá con hombres menos doctos y sagaces? ¿Qué, con gente vulgar que nada sabe, te-

niendo más necesidad de saber algo? La equivocación de Racine fué ocasión de varias explicaciones entre los dos poetas; y aunque esta correspondencia sea un modelo de urbanidad, de franqueza y moderación, no por eso deja de poner en claro que hubo ocasión de error, y que este error difundido se disiparía tarde, pero dejando siempre malas semillas esparcidas que naturalmente no debían producir muy buenos frutos.

Puede ser que nuestro traductor se haya apartado un poco del estilo de Pope, amplificando sus ideas; pero él ha querido divulgar las importantes verdades de este admirable poema y ponerlas al alcance de todos; ha hecho lo que haría un hombre que ensanchase la circunferencia de su pozo á expensas de la profundidad, facilitando el descenso, y consiguiendo siempre sacar agua pura y saludable. El traductor no ha querido dar lección de laconismo sino de moral.

Este método nada probará contra la concisión y energía de nuestra lengua; pues el aumento que se nota en la traducción, como se ha dicho, proviene de la estudiada amplificación que se ha dado á los pensamientos del original, y de ciertas ideas que se ha creído necesario añadir por ornato y mejor inteligencia del texto. Por ejemplo, Pope, hablando del hombre como un compuesto raro de

elevación y de bajeza, de perfección é imperfección, dice entre otras cosas en un solo verso que « duda muchas veces si es un dios ó un bruto. » Mas viendo el traductor que nada hay de más grande en el hombre que el *pensamiento*, por donde se crea un sér superior; ni que nada hay más propio en él para conocer su miseria que el *error* y el *dolor*, no se ha parado en verter así aquella expresión :

... Piensa; y osado
Ya se cree un dios, ó ya inferior al bruto,
Si á error sujeto y á dolor se mira.

Este desenvolvimiento de la idea parece que la exorna sin alterarla.

Por otra parte, la descripción de las ciencias físicas y de los inventos del ingenio humano (verso 19 y siguientes) le ha parecido al traductor muy diminuta en el original. Era preciso ampliar esa descripción, pues así lo exigía el adelantamiento que esas ciencias han tenido después que escribió Pope. Han debido, pues, añadirse otras sublimes invenciones modernas que merecen un lugar preferente, como son los fenómenos de la electricidad, los progresos admirables de la astronomía y de la navegación, y el esfuerzo de viajar por los aires; invención que poéticamente se supone más adelan-

tada de lo que está, y que se predice será perfeccionada con el tiempo. Quizá debemos extrañar que esta descripción no sea más extensa y que se haya olvidado el último y portentoso descubrimiento de nuevos elementos naturales, y la nueva potencia que ha aparecido en nuestros días para producir nuevas artes, perfeccionar las conocidas, vencer la fuerza de los vientos y el ímpetu de los ríos, dar nuevas alas al comercio, y acercándose entre sí todas las naciones, hacer una sola familia de todos los pueblos de la tierra.

Otras amplificaciones hay en la traducción que pueden suprimirse quedando el pensamiento del original. Por ejemplo, Pope dice en dos versos: « En el océano de la vida diversamente navegamos; la razón es la brújula y nos sirven de viento las pasiones ». Al principio se tradujeron estos versos en otros dos castellanos:

> Sobre el mar de la vida las pasiones
> Sirven de vientos, la razón de norte.

Mas se prefirió la versión siguiente:

> Sobre el océano de la vida vamos
> Siempre agitado...
> Y es un lago mortífero la vida.

Las críticas delicadas pueden suprimir en esta versión los tres últimos versos, y habrá este motivo menos de censura.

Menos excusable parecerá el descuido de haber dejado correr muchos versos asonantados en una versificación que no los consiente. Pero como es fácil variar la estructura de un verso, se debe presumir que muchas veces se habrá omitido esta variación porque habrá parecido preferible consentir ese pequeño defecto á reformar un verso sonoro y que expresaba de ese modo el sentido del autor con verdad y precisión. También debemos manifestar que hemos adquirido esta versión sin que el traductor la haya corregido, y que éste se ha prestado á la publicación, tanto porque no se pierdan los borradores, cuanto por ponerse él mismo en la ocasión de corregirlos y en la necesidad de imprimir en un cuerpo, más correctas y más dignas del público, las epístolas traducidas del Ensayo sobre el Hombre.

Guayaquil, 1840.

EPÍSTOLA SEGUNDA

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RELACIÓN Á SÍ MISMO, CONSIDERADO COMO INDIVIDUO

SUMARIO

El hombre después de haber considerado sus relaciones con el universo, debe entrar en sí mismo y conocerse. Este estudio, este conocimiento le conviene más que indagar la naturaleza de Dios. El hombre es una mezcla de elevación y grandeza, de luz y obscuridad, de perfección é imperfección, de debilidad y de fuerza. Limitación de sus conocimientos. Dos principios de nuestras acciones, el amor propio y la razón. Ambos nos son necesarios; y aunque diferentes, tienden á un mismo fin, la felicidad del hombre. El hombre no puede ser feliz sino concertando los dos principios entre sí y conteniéndolos en sus justos límites. Las pasiones nacen del amor propio, y son útiles al hombre y á la sociedad en

general. No debemos destruir las pasiones sino gobernarlas y templar las unas con las otras. Siempre hay una pasión dominante que somete á las demás pasiones, y aun á la razón, que no pudiendo vencerla, se compone con ella y la obedece. La pasión dominante es necesaria para hacer entrar á los hombres en los designios de la Providencia y para dar más fuerza á sus inclinaciones y virtudes. — Mezcla de vicios y virtudes es nuestra naturaleza. Ellos se tocan de cerca; sin embargo, la distinción de sus límites es cierta y no difícil de ser conocida. Oficio de la razón. El vicio es odioso por sí mismo, pero nos seduce astutamente y nos arrastra. La Providencia se sirve de los vicios y pasiones del hombre para llenar sus fines y el bien general de la sociedad. Nuestros defectos forman nuestras primeras relaciones con nuestros semejantes. Los hombres se unen porque son débiles : los diversos intereses de cada individuo se confunden en el interés general. Por esta razón la sabiduría divina distribuye los dones á las diferentes clases de una manera desigual: de donde resulta su mutua dependencia, su unión y su fuerza. Así cada edad, cada condición tiene sus inclinaciones, su carácter, sus pasiones particulares. El orgullo y la esperanza nos siguen hasta la muerte, procurando siempre atraer los bienes y alejar los males. Así nuestra felicidad nace de nuestra propia imperfección; y la sabiduría del Creador brilla aún en las mismas imperfecciones del hombre.

Conócete á ti mismo : no pretendas
De Dios la esencia penetrar, amigo.
Estúdiate á ti mismo; pues el hombre
Es el más propio estudio para el hombre.
Como en un istmo colocado él tiene
Índoles varias : ya se nos presenta
Cual un ser mixto, ó cual compuesto raro
De calidades entre sí contrarias;
Tinieblas, luz, elevación, bajeza,
Todos los vicios, todas las virtudes.
Para dudar cual escéptico es muy sabio;
Y para alzarse á la fiereza estoica
Muy flaco en su virtud : incierto siempre
Si debe obrar ó no : piensa; y osado
Ya se cree un Dios; ó ya inferior al bruto
Si al error y al dolor vive sujeto.
Duda cual de los dos, si el cuerpo ó alma
Es su parte más noble. Nace, vive
Para morir; y para errar discurre;
Si no oye á su razón, todo es obscuro;
Si la oye demasiado, nada hay cierto :
Caos triste de pasiones y de ideas;
Á sí mismo se engaña, y por sí mismo
Se desengaña sin quedar más cauto :
Cediendo á sus impulsos naturales,

Débil cae, y glorioso se levanta :
Señor y esclavo de las cosas todas;
Sólo de la verdad él juzgar puede,
Y á error perpetuo condenado vive.
Éste es el hombre : enigma inexplicable;
LA GLORIA Y EL BALDÓN DEL UNIVERSO.

Vé, pues, ser portentoso, y en las alas
Del genio al templo de las ciencias sube.
Pesa el aire y la luna : en el espacio
La órbita traza do los astros giren
Y los raudos é indóciles cometas.
Mide la tierra; y encadena el rayo.
Regla el flujo del mar: registra el polo
En frágil tabla y en seguro rumbo :
Aventúrate osado por los aires
Á nuevos mundos y á conquistas nuevas :
Ó con Platón remóntate al Empíreo,
Y el eterno ejemplar allí contempla
De lo bueno, lo bello, y lo perfecto.
Ó entra en el laberinto que formaron
Sus secuaces después, y dí que el alma
La verdad contemplando, desprendida
Del ministerio fiel de los sentidos
Y del dulce aguijón de las pasiones,

Sólo así imita á Dios; como los necios
Sacerdotes de Oriente, que aturdidos
En el perpetuo giro de su frente
Creen imitar al sol. En fin enseña
Á Dios el modo de regir el mundo.
Y después entra en ti... Y confundido
Reconoce tu error y tu miseria.

Cuando los seres superiores vieron
De un ser mortal el noble pensamiento
De revelar las leyes de natura,
Se admiraron de que en terrestre forma
Tanto saber cupiese, y tanta audacia.
Pero todo un Newtón para ellos era
Lo que un simio sagaz para nosotros.
¿Mas quien dar leyes á los astros puede,
Y refrenar los rápidos cometas,
Puede acaso de su alma un movimiento
Reglar ó describir? Á las estrellas
Manda nacer aquí, y allí ponerse;
Y él su mismo principio y fin ignora.
¡Cosa admirable! El hombre perfecciona
Cuanto hay fuera de sí en ciencias y artes;
Mas cuando trata el estudiarse él mismo,
Todo es duda y error. ¡Ay! cuanto trama

El día de la razón, tanto la ciega
Noche de las pasiones lo deshace.

Dos principios de acción hay en el hombre:
Amor propio y razón. El uno evita,
La otra contiene. Aquel siempre nos mueve
Á buscar el placer, y evitar siempre
La pena y el dolor. Ésta modera
El ímpetu y ardor de las pasiones.
Ambos son buenos, útiles, nocivos,
Según llenan su fin, cual es movernos
Á que amemos el bien y el mal huyamos.

Cual potencia motriz el amor propio
Nos da el impulso; y la razón exacta
En su balanza fiel compara y regla
La acción y movimiento que de él nace.
Extirpa el amor propio: el hombre al punto
En inerte reposo yacería.
Quítale la razón, y no habrá entonces
Ni modo ni designio en las acciones.
¿Qué fuera el hombre así? planta que nace,
Vegeta, se propaga, en fin se pudre;
Ó cual meteoro que sin ley vagando

Destruye cuanto encuentra, y se disipa.
El principio motor es el más fuerte :
Activo y eficaz incita, impele.
El principio rector, quieto, sereno,
Dando consejo y luz, llena su oficio,
Deliberando y conteniendo siempre.
El amor propio nuevas fuerzas cobra
Mientras mira más próximo su objeto :
Por la presente sensación conoce
El bien que anhela y el placer; en tanto
Que la razón el bien mira en distancia,
Lo examina y previene sus efectos.
De nuestra propensión los movimientos
Más fuertes nos asaltan, más frecuentes
Que no las voces de razón : mas ésta
Ó dirigirlos sabe, ó suspenderlos,
Siempre velando y persuadiendo siempre.
Todo su arte y poder, toda la fuerza
En no dejarse sorprender consiste.
Y si vence una vez, su afán, su imperio
Se hace fácil, y aun grato repetido.
Así por grados la razón se afirma :
Y así queda también el amor propio
Contento y útilmente reprimido.

Que el sutil escolástico más diestro
En dividir lo que natura uniera
Que en componer y unir, sude, se afane
Por hacer que entre sí pugnen discordes
Ambos principios por esencia amigos;
Neciamente sagaz rompa, divorcie
La razón de las gratas sensaciones
Y la virtud de las amables gracias.
Doctores cuya ciencia toda estriba
En hacerse cruel guerra sobre nombres
Sin jamás entenderse y muchas veces
Entendiendo lo mismo; y cuya gloria
Es el no darse nunca por vencidos.
Dejemos que ellos la verdad ofusquen
Con gritos y perpetuas distinciones;
Y quedemos nosotros convencidos
Que amor propio y razón á un fin conspiran.
Ambos por el placer ó el dolor sienten
Afecto, ó aversión irresistible.
Mas impaciente aquel se precipita
Sobre su objeto y devorarlo quiere.
Es la razón más próvida, más sobria,
Y sin ajar la flor la miel extrae.
El bien, el mal, del uso moderado
De los placeres naturales viene.

Las pasiones no son sino amor propio
Bajo formas diversas : las excita
Del bien ya verdadero, ya aparente,
Ó la presencia, ó la esperanza. Y como
No todo bien comunicarse puede,
Y todos conservarnos, mejorarnos
Ó por instinto, ó por razón debemos;
Pasiones hay, que no dañando á nadie,
Aun en sí concentradas, serán buenas.
La razón en su bando las admite,
Las cuida, las fomenta. Otras pasiones
Posponiendo su bien al bien ajeno
Y á la salud y gloria de la patria,
Son nobles, generosas y sublimes;
La razón las aplaude y las admira,
Y de alguna virtud les presta el nombre.

En su inerte indolencia que se jacte
El fiero estoico : su virtud inmóvil
Es cual monte de hielo, á sus entrañas
Todo el calor retira, y se adormece.
¡Dura y necia virtud! La virtud cierta
Vive en la acción, y en el reposo muere.
Cuando una tempestad nace en el alma,

Eso la impele á obrar : su acción repara
El mal parcial, y se preserva el todo.

Sobre el océano de la vida vamos
Siempre agitados : la razón nos sirve
De norte y las pasiones son los vientos.
Sin esa, no salvamos los escollos :
Sin éstas en quietud nos consumimos,
Y es un lago mortífero la vida.
Ni Dios ama el reposo ; de improviso
Sobre las alas de los vientos vuela,
Ó de las tempestades en el carro
Atronando los cielos se pasea.

La esperanza, el amor, que en torno vuelan
Del amable placer; la pena, el odio,
Familia del dolor; compasión, ira ;
Rigor, piedad, y todas las pasiones
Son cual los elementos naturales :
Discordes entre sí, mas combinados
Principios dan de producción y vida.
Regladas, concertadas ellas marchan
Por do quiere natura, y así llenan
El fin de la creación : el bien del hombre.

Usar, gozar, templar, no extirpar debes.
¡Qué! ¿Lo que constituye el ser del hombre,
El hombre mismo deberá extirparlo? —
No. — Del mismo contraste de pasiones
Nace el concierto, nace la armonía
De las operaciones de nuestra alma.
Son la sombra y la luz, que bien mezcladas
Prestan la consistencia y colorido
Á este cuadro fugaz de nuestra vida.

Nos brinda con placeres por do quiera
Oficiosa natura, y cuando cesa
El goce de un placer, ya otro se goza
Con la imaginación y la esperanza.
El alma, el cuerpo sin cesar se ocupan
En retener y procurar placeres.
Cada placer con su atractivo propio
Mueve, mas no igualmente nos seduce,
Pues cada objeto de diverso modo
Afecta los sentidos; de allí nace
La varia sensación; y de esta fuente,
Según tienen los órganos más fuerza
Ó más debilidad, varias pasiones
Más ó menos violentas se arrebatan.

La pasión dominante de ellas crece:
Y crece y reina sola; y semejante
Á la sierpe de Arón, todas las otras
Traga y devora, y las transforma en ella.

Como el hombre al nacer consigo trae
Un principio de muerte, que le arrastra
Sin sentirlo quizás hasta la tumba;
Y este germen mortífero en su seno
Crece con él, con él se fortifica;
Así infusa, mezclada en la substancia
La enfermedad del alma nace, alienta,
Se torna en la pasión que le domina.
Y todo la obedece: los humores
Y espíritus vitales atacando
La parte flaca, á su poder conspiran.
Todas las propensiones más ardientes
Del corazón, la fuerza del ingenio
Desde que el alma á desplegarse empieza,
Todo le sirve bien; y los prestigios
De la imaginación al fin acaban
De afirmar los derechos de su imperio.

Natura le da el ser; y la costumbre
Es la asidua nodriz que la mantiene,

El genio y los talentos más evitan
Su altiva condición y predominio:
Aun la Razón halaga esta enemiga,
Consiente en su poder y lo fomenta;
Tal el sol con sus rayos más benignos
Vuelve más acre el jugo fermentado.
¿Qué puede la Razón?... La débil reina
El cetro cede á quien mejor le agrada:
Y nosotros sus míseros vasallos
Creemos obedecerla al tiempo mismo
Que á un vil privado suyo obedecemos.

Si ella luchar nos manda, y en vez de armas
Nos da para vencer sólo lecciones,
¿Hace más que mostrar hasta qué grado
Somos los hombres débiles y necios?
Si reprende severa, nos enseña
Á quejarnos no más, no á corregirnos.
Si amiga exhorta, ¿presta otro consuelo
Que decir que no alcanza á consolarnos?
Y si de juez en defensor se vuelve,
La elección que intentamos nos aplaude,
Ó la que ya hemos hecho justifica.
Y fiera con sus fáciles conquistas,
Las pasiones más débiles entrena

Para que la más fuerte triunfe sola.
Así presume un médico que expele
Los humores que en una parte dañan,
Cuando sin conocerlo, reunidos
Van á otra parte á producir la gota.

¿Será fuerza extraviarse? No: que abiertas
Están do quier las sendas de Natura.
Marcha por ellas: siempre te acompañe
De escolta la Razón, si no de guía.
Ella sabe reglar nuestras pasiones,
No destruírlas; y á la dominante
Trata sagaz como si fuese amiga.
Un poder superior infunde en todos
Esa fuerza eficaz que nos impele
Á los diversos fines que él previene.
Ella arribar nos hace al puerto, mientras
Por las demás pasiones combatidos,
Cual por vientos variables fluctuamos
Sobre este mar inquieto de la vida.

La pasión dominante el caro objeto
No abandona jamás: si nos excita
El poder, el saber, la gloria, el oro;
Si el amor del reposo, que es más fuerte

Acaso que los otros; en pos de ellos
Corremos sin cesar, y aventuramos
Por ellos honra y vida... En sus afanes
El mercader, en su indolencia el sabio,
El monje en su humildad, y en su fiereza
Un gran conquistador, todos encuentran
La razón complaciente de su parte.

Mas el autor eterno que el bien hace
Nacer del mismo mal, de las más nobles
Y laudables acciones el principio
De esa pasión indómita deriva.
Así del hombre fija la inconstancia:
Y la virtud al natural mezclada
Se hace más firme, y ambos se mejoran:
Y así el alma y cuerpo de concierto operan.

Cual los ramos estériles é ingratos
En tronco ajeno ingertos fructifican,
Así de las pasiones brotan, crecen
Grandes virtudes, cuya raíz se nutre
Del fuerte jugo del salvaje tronco.
¡Oh, cuántas veces del temor, del odio,
Ó de la obstinación y la tristeza,
Nacieron hechos dignos de escribirse

En los curiosos fastos de las ciencias
Y en los de la moral y de la gloria!
Aun la ira y la venganza suplir saben
El celo y el valor: de la avaricia
Nace la precaución; de la pereza
La modestia quizás y la templanza.
El impulso sensual dentro su esfera
Es amor noble y tierno que enamora
El corazón del sexo delicado.
Aun la envidia, tormento de almas viles,
De noble emulación sirvió al que sigue
De Minerva ó de Marte las banderas.
Y casi no hay virtud en ambos sexos
Que de orgullo ó vergüenza no proceda.

Así nos da Natura las virtudes
Que más cercanas son y más conformes
Al vicio predilecto: él las produce.
¡Cuánto este origen nuestro orgullo humilla!
Mas la razón al bien siempre endereza
La mala propensión: y si sus voces
Escuchara Nerón, reinara el monstruo
Como un Tito, delicias de la tierra.
La impavidez y la fiereza de alma
Que en Catilina se detesta, admira

En uno y otro Decio, encanta en Curcio.
Y la misma ambición salvó un Estado
Ó lo vendió vilmente; y dió mil veces
Libertad ó cadenas á su patria.

¿Quién de este caos de vicios y virtudes
Podrá apartar la luz y las tinieblas?
Quien sino aquél que en el antiguo caos
Ensayó su poder; y está en nosotros.

En la naturaleza de las cosas
Los extremos se tocan, y producen
Fines iguales, y en el hombre se unen
Para usos que no alcanza, y se confunden
Unos en otros, como en las pinturas
De un eximio pincel claros y sombras
Se juntan en unión imperceptible.
¿Quién podrá, pues, trazar la sutil línea
Do acaba la virtud y empieza el vicio?

Y ¿quién tan necio, que por esto infiera
Que no hay ni vicio ni virtud?— Si el blanco
Con el negro color se une y se mezcla
Diversamente, y si de allí resaltan
Colores infinitos, engañado

Con su exterior ¿dirás del mismo modo
Que no hay blanco, ni negro?... Ve y consulta
Tu propio corazón : él siempre ha sido
De la moral oráculo seguro;
Y su lenguaje es claro al que consulta
Con ánimo sincero... ¡Ay! mayor tiempo,
Más fatiga nos cuesta el engañarnos.
Es en sí el vicio un monstruo tan horrible
Que para detestarlo basta verse.
Mas por grados su horror sabe ir perdiendo;
Ya se hace familiar, lo consentimos
Por gracia, por piedad, y al fin nos manda.
Mas nunca convenimos sobre el punto
Donde el extremo de algún vicio yace.
Nunca jamás lo hallamos en nosotros :
Siempre está más allá, ó en el vecino.
Así, si aquí pregunto, do el sur mora,
Responderán que en Lima : allá que en Chile,
Y en el Chile dirán, que en Patagonia;
¿Y allí? quien sabe donde... Aun los que viven
Bajo una misma zona se acostumbran
Al rigor de su cielo, y se imaginan
Que otro cielo será más rigoroso...
La que un buen natural huye y detesta
Como inhumana y torpe acción, la misma

Por un genio más áspero y agreste
Es tenida por justa y generosa.

Todo hombre es bueno ó malo: aquí no hay
[medio,
Mas en un grado extremo nadie ó pocos.
El loco y el malvado sus accesos
Lúcidos de razón y virtud tienen;
Y también por accesos hace el sabio
Lo mismo que reprueba en su doctrina.

El bien ó el mal hacemos sólo en parte:
Y el amor propio toda acción dirige
De vicio ó de virtud. — Cada uno tiene
Un fin, su propio bien, y tantos fines
Diversos al Eterno subordina,
Á su único gran fin, el bien del todo.

Él hace que á este fin supremo sirvan
La necedad humana y las pasiones:
Las torres del orgullo él desbarata,
Y los planes del vicio desconcierta.
Una feliz flaqueza en cada clase
Con arte distribuye: á las doncellas
Da pudor, y altivez á las matronas,

Temor al estadista, á los guerreros
Temeridad, al juez encogimiento,
Fiereza al rey, credulidad al pueblo.
Aun de la vanidad, que no conoce
Otro fin, otro bien que su alabanza,
Hace nacer virtudes muy laudables:
Y en fin, nuestros defectos, nuestras mismas
Necesidades labran la ventura,
La paz y gloria del linaje humano.

No puede ser feliz el hombre solo,
Ni solo vivir puede. El Cielo quiso
Que en todo dependiesen unos de otros.
De aquí las varias relaciones nacen
Sin las que nadie subsistir pudiera.
Padres, amos, domésticos, amigos,
Cada uno es débil, mas si se unen, todos
Son fuertes y felices. Este lazo
La sociedad conserva: en ella siempre
Cada cual su interés propio buscando
Del interés común estrecha el nudo.
Nuestra debilidad, nuestras pasiones
La mutua dependencia hacen tan grata
Como ella es necesaria. Ella produce
El amor tierno, la amistad sincera

Y este encanto secreto que nos hace
La vida siempre amable; y nos enseña
Á resignar, si ya la edad declina,
Los gustos, los amores y afecciones
Tan dulces otro tiempo; así aprendemos
Ya por razón, ó ya por decadencia
De nuestro ser, á no temer la muerte,
Á saludarla cuando ya se acerca,
Y á pagar todos el fatal tributo.

Por este medio prodigioso el hombre
No sólo llena el plan, sino lo llena
Por elección y con placer. Por esto
En cualquiera pasión que le atormente
De saber, de placer, gloria ó riqueza,
Nadie su condición cambia con otro.
Se cree feliz el sabio con su ciencia,
Y el ignorante porque no sospecha
Que haya más que saber de lo que él sabe:
Es el rico feliz con su tesoro;
Y el pobre contemplándose el objeto
Sobre quien vela más la Providencia.
Alegre canta el ciego: el mudo danza:
El fatuo un rey, un héroe se imagina.
Muere el químico de hambre, y es dichoso

Sobre manera en sus delirios de oro:
Y nadie es tan feliz como el poeta
De estériles laureles coronado.

Es un don celestial este contento
Que en toda situación siente todo hombre.
Un amigo común es este orgullo
Que nunca falta á nadie. Las pasiones
Propias de cada edad nos estimulan
En las épocas varias de la vida:
Y la esperanza, en fin, que nos alienta
Vive en nosotros, con nosotros muere.

Hasta este punto cierto, inevitable,
La opinión, dulce error de los humanos,
Con sus cambiantes rayos embellece
Las nubes de la vida... Es compensada
La falta de razón con el orgullo,
Y la falta de un bien con la esperanza...
¡Orgullo y esperanza! — Si en la copa
De la locura el gozo bulle y ríe,
Y cual su espuma se disipa luego,
Si la Razón alguna ilusión grata
Con su luz disipare, otra renace,
Y otras después cual olas se suceden.

En los bienes y males, caro amigo,
La bondad de Natura reconoce.
Miseria, error, pasión: nada es inútil,
La misma vanidad no es un don vano.
Y ¡oh! ¡cuántas veces aun el amor propio
Que poco generoso, de tus solas
Necesidades afanoso cuida,
Por una fuerza superior te lleva
Á contemplar y consolar las de otro!
Conoce, en fin, tu ser y tu destino;
Y abraza esta virtud consoladora,
Que aunque ES EL HOMBRE MISERABLE Y NECIO,
EL SER QUE LO CONSERVA ES BUENO Y SABIO.

Guayaquil, 1840.

EPÍSTOLA TERCERA

DE LA NATURALEZA Y ESTADO DEL HOMBRE CON RELACIÓN Á LA SOCIEDAD.

SUMARIO

Llena Dios los fines que se propuso en la creación por medio de la variedad de sus leyes. Una cadena de amor une á todas las criaturas; y si ninguna es por siempre durable, tampoco perece enteramente. Se engaña el hombre si piensa que sólo para su placer y sustento son las obras de Dios. Las criaturas todas son partícipes de sus beneficios — y el hombre por su propia conveniencia cuida, alimenta, defiende á los seres que no estan dotados de su razón. El instinto guía al animal, la razón al hombre: el primero es más seguro que la segunda. El germen de su felicidad está en cada ser; y de las

necesidades mutuas de todos nace la felicidad común. Todos los seres son vivificados por un mismo fuego, — por el amor, origen de todos los vínculos. El hombre no vivía en el estado natural sin ley y sin freno: la dulce ley de unión le enlazaba con todas las demás criaturas, y viviendo en comunidad no se temían unos á otros. Decayó el hombre de su inocencia primitiva, y nuevas necesidades dieron origen á las artes, que no son otra cosa que la mejora de las prácticas enseñadas por la naturaleza. Edifica pueblos, forma sociedades — nacieron el comercio, el gobierno y las religiones y se establecen los gobiernos y las leyes...

Dios por diversas y constantes leyes
Llena el fin que creando se propuso.
Fíjate, amigo, en este pensamiento,
Ya en la embriaguez que nos infunde siempre
La robusta salud, el vano orgullo,
Y la insolencia del poder y el oro;
Ya si lecciones damos á los hombres,
Ó si votos al Cielo dirigimos. »

Contempla el mundo; observa la cadena
De amor que une entre sí todos los seres.

Siempre fecunda fórmalos Natura;
Y apenas sueltos de sus manos, corren,
Se buscan, se aman, se unen... La materia
Bajo diversas formas animada
Tiende á un centro común, obedeciendo
Esta ley general, el bien del todo.
No hay un ser, no hay un átomo siquiera
Que exista solo. De las plantas vive
El animal, y del despojo de éste.
Vense nacer y vegetar las plantas.
Nada dura; también nada perece.
Las formas pasan y suceden nuevas,
Nacen para morir los seres todos;
Mas para renacer, mueren, cual pompas
Infladas de aire, que del mar inquieto
Se alzan, se rompen, y á la mar retornan.

Un alma eterna que do quier existe,
Que lo dispone y lo conserva todo,
Enlaza todo ser; el fuerte al débil,
El mayor al menor. El bruto al hombre,
El hombre sirve al bruto... La cadena
Jamás se quiebra, ¿pero dónde acaba?

¿Piensas que cuando Dios formaba su obra

Tú solo estabas en su excelsa idea,
Y que salió de su reposo eterno
Sólo por darte ser, placer, sustento?
¿Sólo por tí? ¡Insensato! quien prepara
Para tu mesa el recental gracioso,
Antes pasto le da fácil y grato,
Y para él los collados reverdecen.
¿Será por tí que el ruiseñor doliente
Llena el bosque de trinos melodiosos?
No. Es amor quien enciende sus pupilas:
Placer, quien hace trémulas sus alas:
Él sus amores y placeres canta.
El fogoso bridón que en pompas riges
Parte la gloria y el placer contigo,
Los pájaros del cielo las primicias
Recogen de los frutos que tú siembras:
De las doradas mieses de tu campo
Cobra el buey su salario merecido:
Y aun el cerdo que ni ara, ni obedece
Jamás tu voz, de tí servido vive,
De tí que rey te jactas de la tierra.

Cual tierna madre á todo ser Natura
Dispensa su bondad. La piel que abriga
Los reyes, antes abrigó á los osos.

Y cuando tú, hombre, exclamas: ¡todo es mío!
Mío es el hombre, te responde el ánsar
Viendo el afán que pones en servirle
Y en regalarle siempre. Él en su esfera
No raciocina mal, porque no alcanza
Que si le sirves, es por devorarlo.
Mas así como el ánsar yerra el hombre
Con toda su razón, si cree que el mundo
Es formado para él; no él para el mundo.

Mas esta ley del fuerte sobre el débil,
Y este don de pensar, ¿no dan al hombre
Su derecho al imperio? Bien: permito
Que él rija el mundo, y su tirano sea.
Mas Natura somete ese tirano
Á los seres que él dice que domina,
Él los cuida y defiende. ¿Quién vió nunca
El lobo perdonar á los corderos,
Movido de piedad por su inocencia?
¿Ó el halcón, que se lanza de las nubes,
Perdonar la paloma por los bellos
Matices de su cuello, ó el milano
Dejar en paz al ruiseñor, que suele
Turbar con su querella melodiosa
Por las noches el bosque silencioso?

Sólo el hombre de todos cuida, sea
Por placer, ó interés, y las más veces
Por fasto y vanidad. Él da sus bosques
Á las aves, sus prados á las bestias,
Sus estanques al pez, y aun vemos que alza
Á las fieras palacios y jardines.
Todos viven por él, y su regalo
Es efecto del lujo de su dueño;
El cual del hambre y de otras garras libra
Todos esos cautivos tan cuidados,
Que á su gula exquisita se reservan.

Ellos contentos hasta el plazo viven:
Y como heridos de improviso rayo,
Sin prever, sin sentir la muerte, mueren.
Mas vivieron al fin. También los hombres
Servidos y sirviendo, hasta su plazo
Gozan como ellos, y como ellos mueren.

Sólo al irracional el Cielo niega
La previsión inútil de su muerte.
Al hombre se la dió, pero de modo
Que poniéndole siempre en perspectiva
Un porvenir feliz, le da un objeto
De esperanza en el término temido.

La hora es oculta; sin cesar se avanza:
Mas nunca recelamos que está cerca.
¡Oh portento continuo! Bondadoso
Esta grata ilusión concede el Cielo
Sólo á los seres que preven y piensan.

Pero todos, estén ó no dotados
De instinto, ó de razón, todos reciben
Las dotes propias de su ser, y pueden
Buscar y hallar el bien que les conviene.
Los que en su instinto tienen una regla
Que nunca los engaña, ¿necesitan
Para vivir de cánones ó bulas?
¿Cuál preferir? Altiva de su dotes
No sirve la Razón, sino por fuerza:
Sólo llamada viene; y aun llamada
Viene si quiere, mientras el instinto
Cual oficioso amigo, siempre existe:
No abandona jamás: presto y derecho
Va á la felicidad sin engañarle.
La Razón inconstante, perezosa,
Libre para extraviarse, se extravía:
Pasa el blanco, ó no llega; y no se afana.
Si el bien se ve de lejos, el instinto
Vuela á su objeto: la Razón se arrastra.

En aquél, uno solo es el principio
Que impele á obrar, y que compara: en ésta
Los principios son dos, que separados,
Y acordes rara vez, fuente perpetua
Son de engaño y error entre los hombres.

Alza, pues, la Razón sobre el instinto
Cuanto quieras: mas piensa que dirige
Dios al instinto; á la Razón el hombre.

¿Á las tribus que el mar y el campo pueblan,
Quién buscar les enseña su alimento,
Huyendo del nocivo y ponzoñoso?
¿Quién les hace prever la alta marea?
¿Quién la borrasca; y para defenderse
Edificios formar sobre las aguas,
Ó bóvedas alzar bajo la arena?
¿Quién enseña á la araña artificiosa
Á tirar y cruzar, aún más seguro
Que el geómetra mejor, sus paralelas
Sin regla, ni compás? Y á las cigüeñas,
Imitando á Colón, buscar osadas
Mundos ignotos en extraños cielos,
¿Quién las reúne? ¿Quién señala el dia

De la partida, el término del viaje?
¿Quién dirige en los aires la colonia!

Dios puso en cada ser el germen propio
De la felicidad que le conviene;
Mas como él hizo un todo, que debía
Ser felice también, su fin llenando,
Dispuso en su saber que de las mutuas
Necesidades de los seres todos
La universal necesidad naciera.
Este orden simple, eterno, el universo
Conserva, en gratos nudos enlazando
Cada ser á otro ser, el hombre al hombre.

Cuanto bajo del sol vivificante
En el aire, y la tierra, y mar se mueve,
Goza de una común naturaleza:
Y un calor mutuo, un alma siempre activa
Por todos difundiéndose igualmente
Los anima, y conserva y perpetúa
Sus gérmenes geniales fecundando.
Así el hombre; y así los otros seres
Que los bosques, la mar y el aire pueblan,
Todos se aman, y se aman en los otros;
Pues cada sexo un mutuo ardor sintiendo,

Se buscan, se requiebran, no se aquietan
Hasta que con dulcísimo transporte
Ambos seres en uno se confunden.
No aquí cesa el placer, no el amor cesa:
Que al verse ya reproducidos, se aman
Tercera vez en su naciente prole.
Ambos la cuidan, la amorosa madre
La nutre; el fuerte padre la defiende:
La ensayan á volar; y cuando diestra
Tendiendo el vuelo desampara el nido,
Cesa el instinto y el amor paterno.
Entonces ya los padres la abandonan,
Y libres buscan en distinta selva
Nuevo amor, nueva raza en nuevo nido.
Más débil, más inhábil en su infancia
Mayor cuidado necesita el hombre:
Y este mayor cuidado, entre hijos, padres
Los lazos forma, que después confirma
El tiempo y la razón: el amor mutuo
Con el grato interés de amarse, crece.
Elegimos, amamos, se transforman
Nuestras mismas pasiones en virtudes.
Comunes males, mutuos beneficios
Benevolencia y gratitud engendran:
Á una generación otra sucede;

Y el amor natural, ó el de costumbre
Las conservan y enlazan. Así el niño
Cuando llega á ser hombre, mira al padre
Exhausto con la edad; y la memoria
De su niñez, la previsión funesta
De la vejez á socorrer le excitan
Al desvalido autor de su existencia.
Así la gratitud y la esperanza
El interés recíproco sostienen
Y sin cesar la especie regeneran.

No pienses que el mortal ciego y sin freno
En el estado natural vivía:
El observó la ley que Dios por medio
De la razón y el corazón dictaba.
El amor propio y el social nacieron
Con la creación; y enlaza desde entonces
La dulce ley de unión todos los seres.
El orgullo, las artes que lo excitan,
Eran desconocidos; hombres, brutos
Erraban sin dañarse ni temerse,
Y en común disfrutaban mesa y lecho,
Que Natura do quier les preparaba.
No sangre ajena derramaba el hombre
Para buscar abrigo y alimento.

Un bosque, donde en himnos no aprendidos
Á su padre común alaban todos,
Era su templo; y el altar no estaba
Ni ornado en oro, ni teñido en sangre,
Ni de ministros ávidos servido.
El sabio autor su mundo conservaba:
Regirlo en equidad fué dado al hombre
Y usar de todo y abusar de nada.

¡Cuánto de esta inocencia primitiva
El hombre decayó! Pierde por grados
El horror á la sangre: é insensible
Al clamor general, mata, devora
La mitad de los seres animados:
Y cruel la especie de ellos destruyendo
La suya propia pérfido corrompe:
La sangre extraña envenenó la suya,
Y quedaron las víctimas vengadas.
Fiebres, dolores, males ignorados,
De intemperancia tan feroz nacieron;
Y nacieron pasiones infernales,
Que dieron á los hombres en el hombre
Un enemigo tan atroz como ellas.

En otra edad, necesidades nuevas

Produjeron las artes: el instinto
Dirigió la razón. — Naturaleza
Dijo entonces al hombre: « Rey del mundo,
» Vé y aprende á vivir de aquellos seres
» Que oprimes y desprecias: que las aves
» Te señalen los frutos y los granos
» Que alimentan, y aprende de los brutos
» La virtud saludable de las plantas.
» Á fabricar te enseñará la abeja;
» Á hilar, la araña; y á labrar el topo;
» Á tejer el insecto artificioso
» Que en hilos de oro su vellón enreda;
» Y á dominar las olas el nautilo...
» Dando remos al mar, y vela al viento [56].

» En el orden moral también del bruto
» Razón y modo de vivir aprende,
» Y de la sociedad todas las formas.
» Aquí verás palacios soterráneos;
» Allí ciudades aéreas, populosas,
» Suspendidas en árboles. Observa
» De cada pueblo el genio y el gobierno:
» En república viven las hormigas;
» En monarquía labran las abejas;
» Aquellas en común vastos graneros

» Forman, llenan, consumen y te ofrecen
» El ejemplo tan raro entre nosotros,
» De independencia y libertad con orden.
» En un diverso estado las abejas
» Se afanan sin cesar; admira cómo
» Cada cual en su nicho separada
» Sin pecho, ni inquietud, bajo un rey vive,
» Y de su propiedad goza segura.
» Observa, en fin, que ese orden y esas leyes
» Son simples, sabias, invariables siempre
» Cual la Naturaleza y el Destino.
» Mas tu razón con todo su discurso
» No hará más que prender con mayor arte
» En la red de las leyes la justicia;
» Lazo que rompe el criminal potente,
» Y al inocente desvalido oprime;
» Ó contra la equidad prevaleciendo
» El rigor del derecho, transformado
» Será el sumo derecho en suma injuria.
» Empero, á tu poder, hombre, somete
» Todos los seres; todos te obedezcan:
» Y las artes sagaz perfeccionando
» Que el instinto creó, que te levanten
» Como á Rey trono, como á Dios altares. »

Habló Natura: y obedece el hombre;
Dejó los bosques: fabricó ciudades:
Se ayuntó en sociedad — se formó un Pueblo:
Cerca de él otro nace; y después ambos
Ó por amor, ó por temor se unieron.
Aquí en más dulce clima, ricos frutos:
Allí en valles regados de aguas puras,
Más abundosos pastos y rebaños.
Lo que faltaba á cada cual, y pudo
Arrebatar con armas, permutando
Se lo brindó el comercio; y tornó amigo
El que tal vez como enemigo vino.
Trato y amor estrechamente unieron
Los hombres entre sí, cuando no había
Más leyes, ¡oh Natura! que las tuyas,
Ni más imperio, ¡dulce amor! que el tuyo.

Así varios estados se formaron,
Y era el nombre de rey desconocido;
Hasta que el bien común, cual ley suprema,
Puso el poder en manos de uno solo.
Obtuvo la virtud el primer cetro;
Y esta misma virtud, que difundiendo
Los bienes de la paz y de la guerra,
El respeto y amor filial excita,

Hizo del rey un padre de su pueblo.
Y coronado por Natura entonces
Cada patriarca en su naciente estado
Fué á un tiempo rey, y sacerdote y padre:
Y acatado cual otra Providencia
Fué oráculo su voz, ley su mirada.
Él evocó del surco sorprendido
La nutritiva miés: enseñó el arte
De usar de todo: y en el mar y el bosque
Prender el pez, domesticar las fieras,
Abatir á sus pies la águila altiva,
Frenar las ondas, dominar el fuego.
Feliz, hizo felices, hasta el punto
En que ya débil, y á vejez rendido,
Quien, viviendo, cual Dios fué venerado,
Como triste mortal llorado muere.

De padre á padre remontando entonces,
El hombre un primer ser halla y le adora:
Ó bien por tradición constante, antigua,
Cree que el mundo debió tener principio.
Al criador de la creación distingue,
Y admite un solo Dios. Y antes que hubiese
Ofuscado el error esta luz pura,

Vió el hombre el mundo, y cual su autor supremo,
Vió que todo era bueno, y por las sendas
Fué del placer á la virtud seguro.
Adoró un padre en Dios: sólo amor era
Su fe, su religión: ni otro derecho
Divino conoció que el de Natura.
Nada temió de Dios; que un ser supremo
Sólo bondad suprema ser podía.
Religión y política marchaban
De concierto: y un solo fin tuvieron:
Aquella amar á Dios, y ésta á los hombres.

¿Quién fué el primero que enseñó á los pueblos
Débiles ó vencidos, que han nacido
Para uno todos? Bárbara, execrable
Excepción á las leyes de Natura,
Que envilece la Creación, y en todo
Trastorna el mundo, y contrarresta el Cielo.
El fuerte dió la ley; y la conquista
Era el derecho. Mas de horror llenando
Superstición el alma del tirano,
Partió luego con él la tiranía;
Medra á la sombra del poder y nombra

Dios al conquistador, al pueblo esclavo.
Ella, atenta á su plan, cuando sentía
Tronar la nube, fulgurar el rayo,
Bramar los montes, y temblar la tierra,
Anunció con misterio y amenaza
Deidades invisibles, poderosas
Que implorase el soberbio, y ante quienes
Se postrasen los débiles temblando.
Á su mágica voz lanzaron luego
El Cielo dioses, y el abismo furias.
Aquí fijó el Elisio: allí el averno:
Forjó el temor entonces sus demonios
Y la esperanza tímida sus dioses;
Dioses crueles, mudables, vengativos,
Torpemente sensuales, cual formados
Por tiranos, que en ellos no buscaban
Sino ejemplos y cómplices del crimen.
En vez de caridad, el falso celo
Armado impera; y el rencor sagrado
Forjó un infierno, y el orgullo un cielo.
La bóveda celeste ya no atrajo
Las plegarias como antes: no se oraba
Sino en templos magníficos: de mármol
Ya fué el altar, y se regaba en sangre.
Empezó el sacerdote á saborearse

Con carne de las víctimas, y presto
De sangre humana el ídolo salpica:
Y en silencio y terror puso á la tierra
Con el rayo de Dios: y aun de Dios hizo
Un instrumento cruel de sus venganzas
Ó un ministro oficioso y complaciente
De todos sus caprichos y pasiones.

Por estas artes concentrando el hombre
Todo su amor en sí, se procuraba
Riquezas y poder, gloria y placeres.
Mas este amor, que atropellaba ciego
Leyes, derechos, equidad, decoro,
Para dar satisfacción á sus deseos,
Siendo á todos común, al fin produjo
El freno que pudiera reprimirle:
Gobierno y leyes. — Pues si alguno quiso
Un bien que los demás también querían,
¿La voluntad del uno contra todos
Pudo prevalecer? ¿Cómo seguros
Gozar y conservar lo que nos puede
En medio del sueño, y en el claro día
Ó sustraer la astucia del más debil,
Ó arrebatar la audacia del más fuerte?

Preciso fué ceder alguna parte
De libertad y natural derecho,
Para vivir tranquilos, y que todos
Unidos de concierto defendiesen
Su propiedad, la de otros defendiendo.
Aun los reyes se vieron obligados
Á ser por su interés justos y buenos.
Fué así que corrigiendo el amor propio
Su impulso natural, depender hizo
El bien individual del bien de todos.

Entonces felizmente se levanta
Un genio superior y generoso
De Dios ministro, amigo de los hombres,
Leal patriota, ó inspirado vate,
Que la moral sublime de Natura
Y su fe primitiva restablece;
De la luz natural el brillo antiguo
Reanima, mas no enciende una luz nueva:
De la divinidad sobre la tierra
Si no la imagen, nos mostró la sombra[57];
Á los pueblos y reyes juntamente
Enseñó sus deberes y derechos,
Y á no llevar ni tensas ni muy laxas
Las delicadas riendas del gobierno.

Él proclamó el principio, que no puede
Existir sociedad feliz y libre
Donde no estén los miembros ordenados
De modo, que oprimido uno, se sienta
Por todos la opresión. De allí provino
El concierto armonioso de un Estado,
Donde por la misión de los poderes,
Y el mismo choque de intereses mutuos
Es libre el pueblo, y el gobierno firme.

Tal es también del mundo la armonía
Que nace de la unión y del concierto
Generaì de las cosas : donde todos,
Grandes, pequeños, débiles y fuertes,
Se unen para ayudarse y defenderse,
Y no para ofenderse ni dañarse :
Donde es más poderoso, quien más sirve,
Y más feliz, quien hace más felices :
Y donde á un fin, á un centro tienden todos,
Ángeles, hombres, brutos, siervos, reyes.

Que sobre formas de gobierno alterquen
Los necios cuanto quieran. El gobierno
Mejor, es el mejor administrado.

Sobre modos de fe, que el falso celo

Dispute, y se enfurezca disputando. [58]
Quien no hace mal, quien hace bien al hombre
La Religión profesa verdadera. [59]
Sobre esperanza y fe todos discuerdan;
Mas sobre caridad nadie contiende,
Que ella es el lazo, el fin, alma y corona
De la Creación, el bien del universo.
Contrariar este fin, romper este orden,
Eso es error y orgullo: y cuanto influya
Á mejorar y hacer feliz al hombre,
Eso sólo es verdad, y de Dios viene.

Vivir no puede el hombre sin apoyo,
Cual generosa vid que mayor fuerza
Del amor con que abraza á otra recibe.
Sobre sus ejes los planetas ruedan,
Á un mismo tiempo en torno al sol girando:
Así el hombre también á dos impulsos
Diversos, no discordes, obedece.
Por el uno, en sí mismo se concentra;
Y por el otro sirve el universo.
Así concatenó todas las partes
De su obra Dios; y quiso que uno mismo
Fuese el amor social y el amor propio. [60]

Guayaquil, 1840.

UN SUENO

CANCIÓN

Visitóme el amor esta noche
Con un dulce, gratísimo sueño:
Yo soñé que á mi angélico dueño
De este modo empezábale á hablar:

— Saber puedes las veces que te amo
Si las luces contares del cielo,
Y las hojas que cubren el suelo,
Y las olas que baten la mar... —

Ella me oye, y gustosa y afable
Corre á mí con el seno entreabierto...
Mas ¡ay triste! que al punto despierto,
Y era sombra lo que iba á abrazar.

Loco, ciego, impaciente, furioso,
Salto luego del lecho gritando:
— ¡Duro amor! ¡duro amor! ¿hasta cuándo,
Hasta cuándo me quieres burlar?

CANCIÓN INDIANA

(IMITACIÓN DE CHATEAUBRIAND) [61]

Entre las sombras mudas,
Por esta alzada loma,
Yo busco á mi paloma
En alas del amor.
Yo voy á sorprenderla
Allá en su mismo nido,
Solitario y querido,
Antes que nazca el sol.

La dí un hilo de cuentas
Que siempre al cuello lleve;
Tres blancas, cual la nieve,
Indican su candor:
Tres verdes, mi esperanza

De gozar sus favores:
Tres negras, mis temores;
Y tres rojas, mi amor.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Cual conchita de nácar
De perlas guarnecida,
Su boca reducida
Exhala grato olor.
Sus ojos, de paloma
Que arrulla lastimera;
Su larga cabellera
Es un campo de arroz.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Sus mágicas palabras
Son bálsamo suâve
Que las heridas sabe
Curar del corazón.
Sus pechos son cabritos
En un día nacidos,
De una madre paridos
Y del mismo color.

Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Cubra su dulce aliento
De sombra voluptuosa,
Esta hacha luminosa
Que mi amor encendió.
Yo alegraré su seno,
Cual alegra el rocío
En el ardiente estío
Las hierbas y la flor.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

¡O Mila! que yo vea
Pendiente de tu seno
Y de mil gracias lleno
El fruto de mi amor.
No temeré, mirando
Su sonrisa agraciada,
Ni la veiez helada
La muerte ni el dolor.
Yo voy á sorprenderla
Antes que nazca el sol.

La Patria en él poniendo
Su gloria y su esperanza,
Le fiará la venganza
De su ultrajado honor.
Y meciendo su cuna
Fumaré en paz sabrosa
Mi pipa deliciosa,
Cantando esta canción:

« Entre las sombras mudas
Por esa alzada loma
Yo busqué á mi paloma
Antes de ver el sol.
Yo vine á sorprenderla
Aquí en su mismo nido,
Solitario y querido,
Y aquí pagó mi amor. [62]

ALFABETO PARA UN NIÑO

Amor de patria comprende
Cuanto el hombre debe amar.
Su Dios, sus leyes, su hogar,
Y el honor que los defiende.

Bondad, el que la merece
Con ánimo siempre igual,
Ni se abate con el mal,
Ni en el bien se ensoberbece.

Candor en toda expresión,
Callar lo más que pudieres;
Muy cortés con las mujeres,
Pero sin afectación.

Dios es el sabio creador
Que conserva y ama al hombre,
Sea cual fuere su nombre,
Condición, secta y color.

Estudio y aplicación
Forman á la juventud,
Y emulación de virtud
Sin envidia ni ambición.

Franqueza, nunca indecencia,
Usa en la conversación;
Disimulo, y no ficción;
Libertad, nunca licencia.

Gratitud siempre al favor
Es un deber justo y grato;
Y por eso el hombre ingrato
Es un monstruo que da horror.

Honor es en sumo grado
El alma del ciudadano:
Sin honor es miembro vano,
Ó pernicioso al Estado.

Ira hace al hombre un tirano
De inferiores y de iguales:
La ira es propia de animales,
Porque no es afecto humano.

Juego es una diversión
Honesta, si es moderado;
Pero si es inmoderado
Causa nuestra perdición.

Libertad ¡oh dulce nombre!
Hermoso y celeste don:
Tú eres la misma razón,
Tú eres el alma del hombre.

Moral, la sana moral
Consiste en amarse bien,
En hacer á todos bien
Y en no hacer á nadie mal.

Naturaleza sagaz
Llena y rige al Universo:
Todo está bien; el perverso
Solamente está de más.

Oro es un bien apreciable
P ra el cómodo sustento;
Pero es el mayor tormento
La sed del oro insaciable.

Pereza es enfermedad
Tan mala como la muerte;
Así no cabe el inerte
En ninguna sociedad.

Quijotería es un vicio
Que causa risa y desprecio,
Pues en un quijote necio
Corre aventuras el juicio.

Respeto á los superiores,
Respeto y amor al padre,
Amor, ternura á la madre,
Reverencia á los mayores.

Sociedad es el estado
En que con otros vivieres,
Y serás social si fueres
Justo, modesto y aseado.

Tiranía y opresión
Suenan y expresan lo mismo:
Para salir de este abismo
Es honrosa toda acción.

Venganza, nunca jamás:
Nunca, nunca odio ó rencor;
Porque no hay placer mayor
Como amar y perdonar.

Yo debo ser el primero
Para mi conservacion;
Mas por buena educación
En sociedad el postrero.

Zelo en cumplir su deber
En cualquiera condición,
Será la única ambición
Que un niño debe tener.

Estas reglas, hijo amado,
Te harán un niño gracioso,
Un joven pundonoroso,
Un hombre bueno y honrado
Y un anciano respetado,

Que á sus iguales auxilia,
Sus diferencias concilia,
Con bondad, no con rigor,
Y muere siendo el honor
De su patria y su familia.

ORACIÓN DE LA INFANCIA

Señor, tu nombre santo
Celebra la voz mia
En armonioso canto,
Cuando brilla la luz del nuevo dia.

Tú mandaste á tu sol que disipara
Las sombras de la noche, y obediente
Por la inflamada esfera
Emprende su magnífica carrera.

Vida, belleza, acción, todos los seres
Recobran ya; la tierra se engalana
De flores, y presenta
Una nueva creación cada mañana.

Señor, tu nombre santo
Celebra la voz mia
En armonioso canto,
Cuando brilla la luz del nuevo dia.

Así también, oh Dios, pues el Sol eres
Verdadero del mundo, ocupa, enciende
Todos los corazones,
Y dirige á tu ley nuestras acciones.

Si te es grata la voz de la inocencia,
Escúchanos, Señor: bajo tus alas
Pon á los que te adoran
Y tu luz, tu piedad, tu gracia imploran.

Señor, tu nombre santo
Celebra la voz mia
En armonioso canto,
Cuando brilla la luz del nuevo dia.

CANCIÓN AL NUEVE DE OCTUBRE

¿Veis esa luz amable
Que raya en el oriente
Cada vez más luciente
En gracia celestial?
Esa es la aurora plácida
Que anuncia libertad —
Esa es la aurora plácida
Que anuncia libertad.

CORO

Saludemos gozosas
En armoniosos cánticos
Esta aurora gloriosa
Que anuncia libertad,
Libertad, libertad.

Nosotras guardaremos
Con ardor indecible
Tu fuego inextinguible,
Oh santa libertad,
Como vestales vírgenes
Que sirven á tu altar —
Como vestales vírgenes
Que sirven á tu altar.

CORO

Saludemos gozosas
En armoniosos cánticos
Esta aurora gloriosa
Que anuncia libertad,
Libertad, libertad.

Haz que en el suelo que amas
Florezca en todas partes
El culto de las artes
Y el honor nacional.
Y da con mano pródiga
Los bienes de la paz —
Y da con mano pródiga
Los bienes de la paz.

CORO

Saludemos gozosas
En armoniosos cánticos
Esta aurora gloriosa
Que anuncia libertad,
Libertad, libertad.

LA LIBERTAD

En tanto que corona la Victoria
Á su hijo más amado,
En el suelo del Inca, ya vengado,
Y con letras escribe de diamante
El nombre de Colombia triunfante
En el sublime templo de la Gloria;
Este pueblo feliz hoy se apresura
Á celebrar la dicha y la ventura
Que el genio de la paz y de la guerra
Con armas y con leyes le procura.

Yo soy la Libertad, pueblos felices;
Yo vine en fausto vuelo,
Vine á vosotros desde el alto Cielo
En aquel grato y memorable Octubre
Que al fiero sarraceno

De afrenta, de pavor, de luto cubre,
Mientras el pueblo de entusiasmo lleno
En esta aurora plácida y serena
Jura ser libre y rompe la cadena.
Leyes patrias, benéficas y sabias,
Sólo miro reinar; leyes que alientan
El comercio útil y las artes bellas,
Y la santa igualdad en medio de ellas.

Ya una faz nueva el nuevo mundo toma:
Ya las costumbres góticas desprecia;
Ya América me agrada
Más que otro tiempo me agradaba Roma,
Más que otro tiempo me agradaba Grecia.

Y este héroe sin ejemplo
Que la Victoria colocó en su templo,
No debe estar allí. Muchos varones
Por sus grandes acciones
Igual gloria tuvieron;
Y Bolívar merece
Lo que ningunos otros merecieron.
¡Cuántos conquistadores
En sangre humana todos empapados
Fueron en ese templo colocados

Y en él reciben ínclitos honores,
Que la virtud ó la verdad reprueban!
No es ésta, nó, la gloria que merece
Quien de Libertador el nombre lleva;
Es de la Libertad, pues, en el templo
Donde su imagen colocarse deba,
Donde un ara le sirva distinguida,
Donde con pocos este honor divida.

Aquí vendrán los pueblos á ofrecerle
El tributo de amor y de alabanza
Que el honor solo y la virtud alcanza.
Por él las ciencias y las artes
Serán subidas á mayor alteza
Y nos darán poder, gloria y riqueza.
Por él los campos se ornarán de flores
Y los pomposos árboles de frutos;
Por él los labradores
El premio gozarán de sus sudores;
Por él nuestro comercio reanimado
Podrá tender el ala voladora
Al sur, al norte helado
Y á los felices reinos de la aurora;
Y por él las naciones á porfía
Ofrecerán al pueblo americano

Su alianza y su amistad. Y entre nosotros
El joven, el anciano,
Todas, todas las gentes
En condición y sexo diferentes
Cual familia de hermanos,
Le entonarán con efusión muy tierna
Himnos de honor y gratitud eterna.

ALOCUCIÓN

PRONUNCIADA POR LA SEÑORA CARMEN AGUILAR

EN EL NUEVO TEATRO DE GUAYAQUIL, EN LA NOCHE DE SU APERTURA.

(20 de Agosto de 1840)

Brilló por fin el suspirado día
Que excitó ardientemente mi deseo
De ver el suelo de la Patria mía.

Brilló por fin; — y el Cielo bondadoso
(¡Tánto con él un justo voto alcanza!)
Fácil me ha concedido
Una gracia mayor que mi esperanza:
Pues al volver al suelo tan querido,
Y al respirar este aire delicioso
Que enajena el sentido, y que me alienta,
La feliz ocasión hoy me presenta

De ofrecer al concurso numeroso
De mis caros paisanos,
Mis débiles talentos
En el arte que instruye deleitando,
Despierta generosos sentimientos,
Y los preceptos de moral austera
Endulzando con gratas ilusiones,
Mueve, exalta, modera las pasiones,
Que son los elementos de la vida
Y de la dicha humana,
Si la razón las rige soberana.

Pasaron ya los tiempos tenebrosos
En que el Teatro proscrito, envilecido
Quedó en silencio y vergonzoso olvido.
Mas el genio del hombre que se burla
Del poder y la fuerza más violenta,
Y que ufano y más libre se levanta
Cuando oprimirle algún tirano intenta;
Las cárceles rompiendo
Por regiones voló desconocidas;
Y ostentación de libertad haciendo,
Abortó dramas varios
De su fecunda inagotable vena
No sólo al arte, á la virtud contrarios.

El mal fué inevitable; pues la escena
Despreciada, las reglas se olvidaron,
Y el error, el capricho, el indecoro
Fueron las solas musas que reinaron:
Que al genio más feraz y envanecido
En su propia osadía,
Si indócil, si rebelde,
Ni las reglas, ni métodos observa,
Como á joven ardiente, lo extravía
Su misma libertad, — su ardor lo enerva.

Grande fué el mal; pero mayor la culpa
De los que pretendieron
El reino restaurar de las tinieblas,
Aliadas naturales y oficiosas
Del crimen y el poder: y osados fueron
Á sofocar la acción, la voz, el genio,
Prensa, tribuna, teatros, academias...
¡Cuál habría sido su brutal contento
Si pudiesen también el pensamiento!

Algún rayo de luz en varios dramas
Se vió, es verdad, brillar por intervalos;
Mas no por ellos se miró la escena
Menos desierta, y deshonrada menos:

Pues el buen gusto repelió los malos
Y el falso celo proscribió los buenos.

Al fin plugo al destino
Dar el triunfo á la luz. Del alto cielo
La santa libertad graciosa vino,
Y entre nosotros alza su estandarte.
Á la simple y veraz filosofía
Llama á su lado — y el imperio parte.

Á su vista tembló la tiranía
Y de sus manos lánguidas el cetro
Se le desliza, — ó bien se le arrebata.
Las bárbaras costumbres se disipan
Cual nubes ante el sol: y allá en la ingrata
Región del norte helado se condensan
Nuevo orden, nueva ley, nuevas naciones
Que el patriotismo y el valor defienden:
Y para fomentar estas virtudes,
Grandes ejemplos, útiles lecciones
De la filosofía y de la historia,
Se nos ofrecen siempre á la memoria

Ved allá en Grecia, viuda de los dioses,
Y cuya sombra impone todavía,

Los milagros del teatro portentosos,
Á que Sócrates mismo concurría,
Su voz grave y solemne
Mezclando á los aplausos numerosos
De que el gran circo resonar solía;
Y allí se vió la primitiva escena
De pompa, majestad y gracia llena,
Si al vicio infama, ó las virtudes premia,
Á la patria gloriosa
Dar más héroes, que sabios la Academia.

Renovad esos tiempos venturosos,
Oh digno jefe, que en el patrio suelo
El bien promueves con ardiente celo.
Aquí, á tu genio activo, infatigable,
Aquí, por todas partes,
La Patria ofrecerá los más preciosos
Primeros elementos de las artes,
Que para producir grandes portentos,
Con que el mundo se asombre,
Esperan impacientes
Sólo la mano y dirección del hombre.
Árboles, montes, ríos, minerales,
Las recias trabas vergonzosas rotas,
Con la copia de frutos singulares,

Brindan á las naciones más remotas.
Y antiguas selvas, bosques encantados
Que al amante de Armida fatigaran,
Esperan una voz que les ordene
Poner diques al mar, levantar puentes,
Templos, teatros, alcázares, altares,
Formar ciudades, y poblar los mares.

La mente se adelanta
Á estos días de gloria y de esperanza.

Mas estas grandes y abundosas fuentes
De riqueza, poder y de ventura,
Vanas, desconocidas, ignoradas
Como hasta aquí serán, si las dejares
Brotar inertes en su sombra obscura:
Si instrucción y moral que avergonzadas
En el trato social hasta hoy se miran,
Y protección imploran,
Con grata afinidad no se incorporan
En el ser de los pueblos, cual se mezcla
La luz celeste al aire que respiran:
Si la superstición y la discordia
No se vieren humildes, ó humilladas,
Y cual reinas vencidas
Marchar al carro de la paz uncidas.

He aquí el deber sagrado
De un Gobierno ilustrado
Que á su interés prefiera el de los pueblos,
Y que quiera vivir en su memoria;
Éste será el deber, ésta su gloria.

Ardua, escabrosa, lenta
Será la senda al bien, cual un camino
Que se abre sobre montes y torrentes.
Mas todo al celo y la constancia cede.
¡La constancia! de todo triunfa; y puede
Con un poder divino
Forzar á sus intentos el destino.

¿Y cuál medio más fácil y más grato
Para llegar al término deseado
Que fomentar un teatro bien reglado
Que su antiguo descrédito desmienta?
En siglos más felices
Ésta la escuela fué do se presenta
Con nobles y graciosos atractivos
La moral en acción, su austera norma
Haciendo fácil con ejemplos vivos.
Allí los ciudadanos y los reyes
Y los claros varones

Tomaban las lecciones
De vivir y mandar. — Allí unas veces
Altiva, fiera, en imperial decoro
Calzó la musa su coturno de oro,
Y mostrando el puñal ensangrentado
Horror, indignación, piedad inspira,
Y el corazón nos deja lacerado.
¿Quién puede ver sufrir sin condolerse?...
Mas ella al criminal jamás perdona,
Aunque brille en su frente la corona,
En la tumba ó la infamia lo confunde.

Ó menos cruel, con no menor encanto,
Nobles pasiones en el pecho infunde;
Celo por el deber — el voto santo
De morir por la patria,
Y aquel ánimo grande, firme, fuerte,
De preferir al deshonor la muerte.

Otras veces la musa más humana,
Depuesto el regio manto,
Se presenta cual simple ciudadana, 63
Y jovial y festiva,
Si el alma poderosa
De la burla y ridículo maneja,

Con su maligna gracia nos cautiva.
Nos divierte pintando los caprichos
Del celo, del amor, de la codicia,
Las risibles pasiones de los viejos,
Que obrando mal, nos sacian de consejos.
Todos ríen, y todos se corrigen.
El seductor infame, el mentiroso,
El avaro, el hipócrita, el ingrato,
Sin querer ríen viendo su retrato.

Mas dándonos placer, ó acerba pena,
Con mágico poder triunfa la escena,
Haciendo la virtud fácil, amable,
Y el vicio siempre odioso y detestable.

Y vosotros también, ó Ecuatorianos,
Amigos de la paz y de las artes,
Mis amables y dóciles paisanos;
Aprovechad tan útiles lecciones,
Ya que os dió el Cielo ardiente fantasía,
Indole dulce, natural talento
Y poder admirar tantas bellezas
Que dan renombre al Guayas opulento.
¿Tánto bien será en vano? No, ya veo
Que algún tiempo darán vuestras acciones,

Con generoso pecho sosteniendo
El nombre y majestad de nuestra tierra,
Sus leyes en la paz, su honra en la guerra.
Sí, algún tiempo darán vuestras acciones
Á los genios teatrales argumento
Para inspirar virtud, honor, decencia,
Para arredrar domésticos tiranos
Ó refrenar la popular licencia...
Como son hasta el día
Bello ejemplar los griegos y romanos.

¡Que renazca esa edad afortunada!
Éstos mis votos son los más sinceros,
Y si instruyendo acierto á complaceros,
Yo me diré feliz y bien premiada.
Indulgencia reclamo; y la merezco,
Pues cuando hoy os ofrezco
Mis débiles talentos en la escena,
Mi genial timidez ¡cuánto se aumenta,
Oh mis paisanos caros,
Por el empeño mismo de agradaros!...

¡Qué inspiración celeste de improviso
Siento dentro de mí!... Y allá, no lejos
Escrito con vivísimos reflejos
El bello nombre de Ecuador diviso.

Ésta no es ilusión. Alza la frente,
Genio del Guayas, que do quier repartes
Con tu abundosa plácida corriente
El culto de la paz y de las artes...
Alza ufano la frente,
Corre á la mar y anuncia á las naciones
Que ya en estas regiones,
Asilo de la paz y virtud santa,
El templo de las artes se levanta.

Guayaquil, 1840.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA

¿Y eres tú Dios? Á quién podré quejarme?
Inebriado en tu gloria y poderío,
¡Ver el dolor que me devora impío
Y una mirada de piedad negarme!

Manda alzar otra vez por consolarme
La grave losa del sepulcro frío,
Y restituye, oh Dios, al seno mío
La hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. Qué ¿es por ventura
Crear para destruír, placer divino,
Ó es de tanta virtud indigno el suelo?

¿Ó ya del coro absorto en tu luz pura
Te es menos grato el incesante trino?
Díme, faltaba este ángel á tu Cielo?

Guayaquil. — 1842.

PARA EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA ROSA ORTIZ DE ZEVALLOS,

INSIGNE PROFESORA DE MÚSICA,
Y DE SUS DOS BELLAS PRIMAS.

Rosa, que por modestia delicada,
En florecer te places rodeada
Del lindo par de Margarita y Pola,
Huyendo la vergüenza
De ser en gracia y hermosura sola;
Quien pueda resistir el doble encanto,
Rosa, de tu mirar, y de tu canto,
Y en grata calma verte y escucharte;
Ese voces tendrá para alabarte.
Mas no el que, absorto, estático, suspira
En placer inefable, sin que pueda
Decir qué siente, ni decir qué admira.

Yo te escuché una vez; y todo el día
En ilusión dulcísima creía
Sentir y respirar, y vivir todo
En un plácido ambiente de armonía.

Y en el silencio de la noche, cuando
El mentido concierto me desvela,
Un ángel desprendido
Del Cielo me deslumbra — y me revela
Que la virgen Cecilia, que allá ordena
De serafines el ardiente coro,
Absorta cuando te oye, y suspendida,
Los celestiales números olvida,
De su alto ministerio se distrae,
Y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso
Del místico deliquio se levanta,
Nuevas cuerdas aumenta á su instrumento,
Y del cordero atento,
En nuevas notas nuevos himnos canta.

Lima, 1846.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA GRIMANEZA ALTHAUS.

Díceme un Dios que dentro el pecho siento,
Que al nacer se me dió fuego divino,
Sólo porque cantara ¡Oh Grimaneza!
Las gracias, la virtud y la belleza.
Yo cumplí, no sin gloria, mi destino,
Cuando mi corazón y el alma mía
En vivo amor y juventud ardía.
Y en premio de haber sido
Siempre fiel al dulce ministerio,
El Dios á cuyo imperio
Se rinden voluntarios,
La tierra, el Cielo, el mar, ha concedido
Su antiguo ardor, su inspiración divina,
Á un genio que fallece obscurecido,
Como el sol que á su ocaso se avecina.

Si he podido cantar como solía,
Tuyo es este portento, amiga mía.
¡Qué gloria para mí! Ver que este día
La más graciosa y bella no rehusa
Ser la corona de mi anciana musa.

Lima, 1846.

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA MERCEDES GUISSE.

Crece, bella Merced, en gracias crece,
Cual una tierna planta
Que del vergel en gloria se levanta,
Y que en toda estación, fresca, florida,
Preciados frutos sin cesar ofrece.
Tú floreces así: y en todo tiempo
De todos celebrada y muy querida,
Crecerás en virtud, que siempre ha sido
Vínculo de heredad en tu familia:
Perpetüando en nuestra fiel memoria
Las hazañas gloriosas de tu padre
Y las amables gracias de tu madre.

Lima, 1846.

INSCRIPCIÓN

PARA EL TEATRO DE LIMA.

Ensalzo la virtud, abato el vicio,
Y al pueblo deleitando,
En la sana moral le voy guiando.

Á LA SEÑORITA CAROLINA CORONADO

CON MOTIVO DE SU COMPOSICIÓN Á EUGENIO SUE.

(En 1847 leyó Olmedo en el diario de Madrid La Época (número 279) la oda que dedicó la distinguida poetisa española, señorita Coronado, al novelista francés Eugenio Sue con motivo de la publicación de *El Judío Errante*, oda que termina con los siguientes versos:

Hoy estamos del mundo en las regiones,
Hembras, niños, varones,
Á general concierto convocados;
Caiga perpetua mengua
Sobre aquel cuya lengua
Por vos no rompa en himnos acordados.

Del femenino coro aun el acento
Embarga el sentimiento,
Y á cantaros, señor, vengo yo sola.
Oidme con dulzura
Que es verdadera y pura
La ardiente bendición de una española.
Vos sois francés, la Francia os merecía:
Pero no es patria mía;
Y al ensalzar vuestro glorioso nombre
Añado tristemente:
¡Oh Dios omnipotente!
¿Porqué no es español tan grande hombre?

Pocos días de vida quedaban ya entonces al eminente vate, y sin embargo era tal todavía su interés por las letras que, á pesar de sus crueles padecimientos, improvisó los versos que insertamos, escribiéndolos con lápiz al margen del mismo impreso; aparecieron por primera vez en el periódico de Guayaquil titulado *El seis de Marzo:*

Y tú, genio feliz, ángel del cielo,
Que en alto verso, inspiración sublime,
Osas cantar al mágico Sue, dime,
¿Qué más puede querer tu patrio suelo,
Siendo tú la su gloria y esperanza?
¡Indigna desconfianza!
No ya envidie la España
Ninguna gloria extraña
Teniendo á Carolina.
Yo soy quien debe, tributando al genio
De tu musa divina,
En rima humilde de infeliz ingenio,
Adoración profana,
Clamar en ronco acento:
Esta preciosa flor, este portento,
¿Porqué no es colombiana?

Payta, 1847.

NOTAS

NOTAS

N.º 1. — Pág. 14

... la bella Parténope...

La ciudad de Nápoles.

N.º 2. — Pág. 16

Todos los elementos cruda guerra

Alusión á la horrible tempestad que acabó de perder las escuadras en el combate del 21 de octubre de 1805.

N.º 3. — Pág. 18

Cumana Profetisa,

Cumas, patria de la sibila Cumea, está en el territorio de Nápoles.

N.º 4. — Pág. 22

Dos meses después de escrita esta composición, diez mil ingleses atacan á la ciudad de Buenos Aires y son vencidos dor sus moradores y obligados á capitular.

N.º 4*bis*. — Pág. 23

Alocución recitada en el Convictorio de San Carlos de Lima al comenzar la representación, por los alumnos de ese colegio, de la tragedia de Quintana titulada *El Duque de Viseo.* (*Nota de Don M. N. Corbancho,*.

N° 5. — Pág. 27

Hé aquí cómo refiere el Señor Corpancho, en la edición mejicana de las Poesías de Olmedo, el descubrimiento de esta oda:

Una feliz casualidad nos procuró la silva *Al Árbol,* la composición de mayor aliento entre las que hoy restauramos del olvido. Registrábamos en la Biblioteca Nacional, con un fin enteramente distinto al resultado que obtuvimos, las publicaciones anteriores á nuestra Independencia, y encontramos un pequeño libro empastado en pergamino, en cuyo dorso se leía: *Gacetas y proclamas del año 8.* Movidos por una natural curiosidad y deseosos de encontrar ciertos datos históricos que por el momento necesitábamos, hojeamos prolijamente el libro, compuesto en su mayor parte de la colección de la *Minerva Peruana* y de algunas proclamas, bandos y manifiestos; pero, ¡cuál sería nuestra agradable sorpresa, cuando hallamos un pliego intercalado, de la misma dimensión que los demás, que contenía una composición poética con la siguiente nota! : *El Doctor Don José Joaquín Olmedo lleva adelante en esta oda su sensibilidad á nuestros infortunios que respira en su anterior en las exequias de la virtuosa princesa María Antonia. —U. A.* Al final decía: *Con permiso superior. Impresa en Lima, en la Casa Real de niños expósitos. Año de 1809. Se vende en la librería de Don Guillermo del Río.*

El Señor Caro completa esta noticia en su tercer artículo sobre Olmedo (*Repertorio Colombiano, Agosto, 1879*) con la siguiente nota:

Era éste (Don Guillermo del Río) un alemán que avecindado en Lima á fines del siglo pasado, dió notable impulso al arte tipográfico. Tradujo su apellido al castellano si-

guiendo el ejemplo del primer impresor que hubo en los reinos del Perú (1584) D. Antonio Ricardo (Ricciardi) de Turín. V. Paz-Soldán. *Biblioteca Peruana.*

N° 6. — Pág. 36

El Anti-Lucrecio es un poema latino, muy celebrado, escrito por el Cardenal de Polignac.

N° 7. — Pág. 48

La tierra con su peso equilibrando,

Los físicos han procurado explicar el equilibrio que guarda la tierra á pesar de la diferencia de masas en sus dos hemisferios. ¿El enorme peso de los Andes no podrá ser uno de los datos para resolver este curioso problema de geografía física?

N° 8. — Pág. 49

El caudaloso Guayas :

El río Guayaquil, en cuyas orillas se hacía esta composición. Se cree que tomó su nombre de Guayas, antiguo Régulo del país antes de la conquista.

N° 9. — Pág. 51

Ó arrebata la palma á sus rivales.

Todos conocen las sublimes odas de Píndaro en honor de los vencedores en los juegos olímpicos. Su nombre es hoy más célebre que el de los héroes que canta.

N° 10. — Pág. 53

Que reflejan del iris los colores
Ó la imagen del sol en sus pendones,

El pabellón de Colombia lleva los principales colores del iris; el del Perú lleva un sol en el centro.

N.° 11. — Pág. 53

¡Que su ímpetu mismo los perdiera!

El primer encuentro de nuestra caballería con la enemiga en el campo de Junín nos fué sumamente desfavorable.

N.° 12. — Pág. 53

Otra vez vencedor, y otra cantado,

El general Necochea, natural del Río de la Plata, venció en Chacabuco mandando los famosos granaderos de á caballo, y ha sido celebrado en el poema de *América*, de que se han publicado algunos fragmentos en la Biblioteca Americana. La Patria y la buena literatura ya culpan la tardanza de esta bellísima composición.

N.° 13. — Pág. 55

Y á tu ingrato destino acerbo llanto.

Cuando se escribía este poema todos creían que eran mortales las muchas heridas que Necochea recibió en Junín. Hoy la Patria se goza en poseer salvo á este ilustre defensor, cubierto de honrosas cicatrices.

N.° 14. — Pág. 56

Y otro nombre conquista con sus hechos

La caballería peruana mereció por las hazañas de este día que el Libertador le diese el nombre de Húsares de Junín.

N.° 15. — Pág. 56

¿Son esos los garzones delicados
Entre seda y aromas arrullados?

Hasta ahora se creía que en el Perú, especialmente los hijos de Lima, eran poco hábiles para las artes y fatigas de

la guerra, acaso porque se había dicho en Italia (quizá no sin verdad) que

La terra molle, lieta e dilettosa
Simile a se gl'abitator produce.

Pero nuestra juventud, desmintiendo la vulgar fama, se ha distinguido sobremanera en cuantos encuentros ha habido en los últimos cinco años. Tan cierto es que nadie puede decir de lo que es capaz el hombre antes de llegar el momento preciso de desenvolver sus dotes naturales, ocultos ó sofocados por las costumbres y vicios de cada clima, por la educación y por la política de los gobiernos.

N.º 16.—Pág. 57

Tal el joven Áquiles,

La madre de Aquiles, para impedir que su hijo fuese á la guerra de Troya, le envió disfrazado de mujer á la corte de la isla de Sciros. Allí, prendado de la hija del rey, pasaba una vida digna de su disfraz, cuando Ulises, acompañado de otros fingidos mercaderes, le presentó una espada y otros adornos militares mal encubiertos entre varias y curiosas mercaderías extranjeras. Ulises espiaba el movimiento de Aquiles al ver las armas; lo reconoce, se descubre; y el joven de quien pendía el destino de la guerra, se avergüenza de su estado, y recobrando su sexo y su valor, partió á Troya. Allí hizo tales proezas combatiendo y triunfando, que parece que la naturaleza se vió como forzada á crear un genio como el de Homero para que le cantase.

N.º 17.—Pág. 58

Carbajal... y Silva...
Y Suárez... y otros mil...

No es dado hacer en el poema mención de todos los que

se distinguieron en Junín. Bruix, Pringles, Lizárraga, Savry Blanco, Olavarría, Brown, Coronel Francisco Medina, Allende, Camacaro, Escobar, Sandoval, Jiménez, Peraza, Segovia, Tapia, Lanza, etc., etc. Es muy sensible no poder insertar los nombres de todos los jefes, oficiales y aun soldados que combatieron en Junín. Este silencio forzoso sería más sensible si sus nombres para ser memorables necesitasen de mi canto.

N° 18. — Pág. 58

Si la meonia Musa...

Homero fué hijo de Meón : también se cree que fué natural de Meonia, en el Asia menor.

N° 19. — Pág. 60

Una hora más de luz...

La acción de Junín empezó á las cinco de la tarde : la noche sobreviniendo tan pronto impidió la completa destrucción del ejército real.

N° 20. — Pág. 63

Yo soy Huayna-Capac; soy el postrero
Del vástago sagrado

Después de Huayna-Capac reinaron algunos Incas; pero él fué el último que poseyó íntegro el Imperio. Los demás reinaron en un Reino dividido, agitados siempre de guerras civiles, ó encadenados por los españoles. Éstos por farsa solian coronar á los legítimos sucesores, para llevar al cadalso una víctima que lisonjease más su orgullo y su ferocidad.

N° 21. — Pág. 64

Más allá un hijo espira entre los hierros
De su sagrada majestad indignos

El Inca Atahua pa, hijo de Huayna-Capac, murió en un cadalso por orden de Pizarro y consejo del Padre Valverde, que después fué obispo en la misma Corte en que habían reinado sus víctimas.

El nombre de *Atahualpa* está desfigurado con el de *Atalila* en varios poemas europeos. ¡Y ojalá que sólo se desfiguraran los nombres!... Algunos dramas, por apartarse de la historia, ¡cuánto pierden de interés y cuantas lágrimas perdonan!

N° 22. — Pág 64

Y mi Huáscar también...

El Inca Huáscar, hijo predilecto de Huayna-Capac, no fué asesinado por los españoles; pero ellos dieron la causa de su muerte, pues si no hubiesen osado intervenir en los negocios de los hermanos reyes, las diferencias de éstos habrían terminado de otro modo.

N° 23. — Pág. 65

Divino Casas, de otra patria digno

El nombre de Las-Casas no puede recordarse sin enternecimiento por ningún americano, á pesar del último extravío de su celo. ¡Cuándo no se extraviaron las grandes pasiones! El nombre de Las-Casas es muy venerado en América. España le trata de fanático y de impostor!!

N° 24. — Pág. 66

Y del Inca en la peana

La peana del Inca era un edificio en que solía descansar cuando atravesaba el gran camino de la Cordillera. Sus ruinas, ó más bien, los vestigios de sus ruinas están muy cerc del campo de Junín.

N.º 25. — Pág. 67

Ese adalid vencido

El jefe del ejército real, después de su derrota en Junín, marchó precipitadamente al Cuzco para preparar una segunda acción, cortando los puentes del Apurímac. Esta operación detuvo al ejército libertador en la orilla izquierda del río. El General Bolívar entonces, dejando las disposiciones convenientes, volvió á Lima con el fin de levantar nuevas tropas para reabrir la campaña, pasada que fuese la rigorosa estación del invierno. En este intervalo los españoles, reuniendo con presteza admirable cuantas fuerzas tenían en el Cuzco y demás provincias, y arrebatando cuantos elementos de guerra útiles ó inútiles había en el país, repasaron inesperadamente el Apurímac y se presentaron en Ayacucho con cerca de diez mil hombres, cuando nuestro ejército apenas excedía de cinco mil.

N.º 26. — Pág. 67

Y el mismo campo donde ciegos
En sangrienta porfía

En el campo de Ayacucho fué la célebre victoria que predice el Inca y que fijó los destinos de la América. En el mismo lugar, al principio de la conquista, se disputaron los Almagros y Pizarros el dominio del Perú con tal encarnizamiento, que por la mortandad de unos y otros se llamó el campo de *Aya-cucho,* que se interpreta *Rincón de muertos.* Habiendo recaido la suma del Imperio en uno solo, se aceleró la conquista de todo el país.

N.º 27. — Pág. 68

Al joven Sucre prestará su rayo

Sucre fué nombrado por el Libertador general en jefe del

ejército unido y mandó la acción de Ayacucho. En los años de 1821 y 1822 ganó dos acciones contra los españoles, una á orillas del Yaguachi, tributario del Guayas, y otra en las faldas del Pichincha.

N.° 28. — Pág. 70

Vargas su nombre,
Y vencedor el suyo...

No es posible hacer mención de todos los Cuerpos que se batieron y triunfaron en Ayacucho... Bogotá, Voltijeros, Pichincha, Rifles y Caracas; los batallones 1.°, 2.° y 3.° del Perú, la Legión Peruana, los Granaderos, los Húsares de Colombia y los de Junín, todos se distinguieron sobre manera.

N.° 29. — Pág. 70

Terrible cual su nombre, batallando
Se presenta La-Mar:

El general La-Mar es natural de Guayaquil: mandó bizarramente el ala izquierda del ejército, que fué la que sufrió el más terrible choque de la fuerza enemiga y decidió la victoria. Desde muy joven fué enviado á la Península por su familia á seguir la carrera militar, y se distinguió después en la guerra que España sostuvo tan gloriosamente contra los franceses de Napoleón. Volvió á América nombrado Inspector General del Perú; y los jefes españoles le dejaron en el mando de la plaza del Callao cuando por primera vez abandonaron á Lima al acercarse el valiente y astuto general San Martín. Ésta fué la situación más difícil para un hombre como La-Mar, que de muy antiguo abrigaba sentimientos americanos, y que se veía entonces obligado á sofocar por cumplir severamente las leyes del honor. Pero en esta misma

época fué cuando los patriotas presos en el castillo conocieron el corazón de este virtuoso americano.

Disueltos al fin honradamente los lazos que tenía con España, llegó á tal punto la opinión pública á su favor, que pocos meses después de la capitulación del Callao, fué elegido unánimemente por el primer Congreso del Perú, Presidente del Gobierno. Entonces fué cuando los enemigos de La-Mar, es decir, los enemigos del orden y del bien público, conspiraron contra él y divulgaron que tenía comunicaciones con los jefes del ejército real. Pero el campo de Ayacucho ha hecho ver cuales eran las comunicaciones que La-Mar quería tener con los enemigos de su patria. Y el tiempo, descorriendo el velo á todos los sucesos, ha descubierto también quienes eran los falsos patriotas; quiénes, los que, si desearon un tiempo que su patria fuese libre, fué con el voto condicional de mandarla ellos; quiénes, los que usurparon un poder que los moderados renunciaban; quiénes, en fin, los que mandando su patria, la tiranizaron, y después de tiranizada la vendieron. Goza de este triunfo, superior á la gloria militar de que te has cubierto, ¡oh tierno amigo mio!

¡O magnæ spes altera Romæ!

Nº 30. — Pág. 72

Con todos sus caudillos humillados
Venir, pidiendo paz.

Quince generales españoles había en el Perú, reunidos por una feliz casualidad en Ayacucho para hacer más gloriosa esta jornada, se rindieron y capitularon en el campo. — Todos con toda su fortuna han vuelto ya á su Patria. La capitulación fué pedida y otorgada después de la derrota del grueso del ejército real, y cuando sólo quedaba por batir un cuerpo de reserva de poca consideración. Parece que nada

falta á esta conducta para ser el rasgo característico de un pueblo.

N.º 31. — Pág. 72

Y de Quinó las ásperas montañas

El pueblo de Quinó ó Quinoa está cercano al campo de Ayacucho.

N.º 32. — Pág. 73

Á las fugaces linfas de Ucayale

El Apurímac, después de un largo curso, entra en el caudaloso Ucayale, que desemboca en el famoso río de las Amazonas.

N.º 33. — Pág. 75

Que ese poder tremendo

En el mayor conflicto de la República, el general Bolívar fué nombrado Dictador por el Congreso del Perú.

N.º 34. — Pág. 75

De' santo y poderoso
Pacha-Camac el templo portentoso;

Pacha-Camac era una divinidad invisible, cuya imagen era el sol. Este nombre se compone de *Pacha*, universo, y de *Camac*, participio del verbo *cama*, animar; y significa en la lengua de los Incas, Animador del Universo. Era tenido en gran veneración y el pueblo no osaba pronunciar su nombre. Su culto era interior, y no tenía más templo que el corazón de los hombres. Cuando aquí se cita el templo del gran Pacha Camac, se entiende el templo del Sol, bajo cuya magnífica imagen aquel era adorado. — ¡Cuántos pueblos que se jactan de su antigua civilización no han alcanzado estos bellos principios de teología natural.

N.º 35. — Pág. 76

Ante los Haces santos...

Las fasces en las antiguas repúblicas eran la principal insignia de las magistraturas civiles.

N.º 36. — Pág. 76

Y el pueblo primogénito dichoso
De Libertad

Nuestros hermanos del Norte han sido los primeros en reconocer la independencia de los pueblos del Sur á la que los excitaron con su ejemplo y ayudaron con su amistad. El pabellón de la República lleva tantas estrellas como son los Estados de la Unión. El Estado de Virginia tiene sobre todos la gloria de ser la Patria de Washington.

N.º 37. — Pág. 77

La Reina de los mares la primera.

La magnánima Inglaterra ha sido la primera de las naciones europeas que ha reconocido los nuevos Estados Americanos. Su amistad en la paz nos será tan provechosa como nos fué en la guerra su amigable neutralidad.

N.º 38. — Pág. 77

La gran cadena de los Andes sea

Se quiere expresar con esta comparación el deseo de que los pueblos de América, por sus relaciones y lazos fraternales, sean siempre como uno solo. En este sentido el Inca, cuando en su vaticinio habla de su Pueblo, de su Imperio, quiere comprender todos los pueblos que están unidos y enlazados por la cadena de los Andes.

Nº 39. — Pág. 78

A la diestra de Manco te sentares.

Manco-Capac fué el primer Inca, el primer legislador del Perú, descendido del Cielo y venerado siempre como una divinidad.

Nº 40. — Pág. 79

Con palmas os espera la Victoria

Aquí concluye el vaticinio del Inca, que será acaso censurado por su demasiada extensión, y no sin justicia. Pero ¿no se perdonará á un Inca que antes de pronunciar el grande oráculo, objeto de su aparición, exhale algunas quejas al ver por la primera vez los lugares que fueron el teatro de los horrores de la conquista? ¿No se perdonará á un buen padre y á un buen rey lamentar antes de todo la suerte de sus hijos y de su pueblo? ¿No se perdonará á un guerrero alentar el valor de las tropas con el recuerdo de agravios pasados, aunque sean sucesos muy conocidos de la historia de su país? ¿No se perdonará á un anciano el ser prolijo en sus discursos, y á un sabio de edad el no perder la ocasión de dar consejos á los hombres? ¿No se perdonará, en fin, á un sacerdote prolongar un tanto la expectación del pueblo al anunciar los oráculos del Cielo?

Los oráculos comúnmente eran breves y sentenciosos. Es verdad; pero la victoria de Ayacucho es de la mayor importancia, como que ha fijado los destinos del pueblo americano; y no estaría bien cantada si no se celebrasen todas las circunstancias que la hacen memorable. Además, esa misma prolijidad de circunstancias da mayores apariencias de verdad á la predicción. Por esto se ha escogido un profeta inspirado que lo prevea todo, un anciano que no omita nada de cuanto preve, y un Inca que mire con interés cuanto

contribuya á la gloria del Imperio. — Por otra parte, la mención que hace de todos los jefes que debían distinguirse en Ayacucho sirve de nuevo estímulo á su valor, ya por la anticipada alabanza de sus proezas, ya por la segura esperanza de la victoria.

Se dirá en fin que el Inca de este canto sabe más de lo que pudo saber en su tiempo. — Pero ese era un Inca dotado de espíritu profético y que según las antiguas tradiciones predijo la invasión de los españoles, el establecimiento de una nueva religión y el hado del Imperio. Sobre todo, no debe extrañarse que tenga ideas justas de religión, de legislación y ciencia del siglo quien habita las regiones de luz y de verdad.

N.° 41. — Pág. 80

Que al Madalén y al Rímac bullicioso
Ya sobre el Tíber y el Eurotas ama

El río Magdalena corre al mar por las cercanías de Bogotá, como el Eurotas por las cercanías de Esparta. El Rímac atraviesa á Lima, como el Tíber á Roma.

N.° 42. — Pág. 85

La Piña ostenta el cetro de Pomona

Esta descripción alude á la forma de la planta que produce la piña. Este precioso fruto es conocido en Europa con el nombre de *Ananás*. La piña es sobre todas las frutas de la tierra como la piña americana, por su fragancia, sabor y virtudes medicinales, es sobre las europeas; y como la piña del Guayas es sobre todas las demás de los diferentes climas de América.

N° 42*bis*. — Pág. 85

CARTAS CRUZADAS ENTRE OLMEDO Y BOLÍVAR [1].

CARTAS DE OLMEDO

I

AL LIBERTADOR, AL SIEMPRE VENCEDOR SIMÓN BOLÍVAR

Mi querido señor y muy respetado amigo.

En este momento me dicen que sale un buque para el Perú: y no quiero perder la primera ocasión de felicitar á usted por la memorable victoria de Ayax-cuco. — Con mi licencia poética trasformo así el nombre de Ayacucho porque suena desagradablemente: y ninguna cosa fea merece la inmortalidad.

Ahora, ahora sí me confieso absolutamente sorprendido: pues aunque jamas desconfié del suceso, era precisa una di-

1. Estas cartas fueron colegidas por el Señor Caro en el *Repertorio Colombiano* de Bogotá, en abril y agosto de 1879. Las siete primeras fueron sacadas del archivo que la familia O'Leary posee en la misma ciudad. Las dos siguientes existían en copia en el archivo de Don Martín de Icaza, suegro de Olmedo, y las sacó á luz en *Los Andes*, periódico de Guayaquil, Don Francisco Pablo de Icaza, nieto de Don Martín. La última, incompleta, había sido publicada por el Señor Torres Caicedo en sus *Ensayos Biográficos, Paris*, 1863. — (*Nota editorial*).

divina inspiracion para prever un triunfo tan completo y tan pronto. Hasta la sal de la sorpresa ha hecho más grata la victoria.

Éste verdaderamente ha sido el día de la América, el día de Bolívar.

He leído con trasporte la proclama de usted: es bella, es sublime. Nada deja que desear, nada; sino..... sino que algunas palabras no despierten algunos celos en tierra, y..... alguna tempestad en el mar. — Usted ha perdido todo derecho de increparme por esta licencia, desde que dejó correr impunemente y aun aplaudió mis observaciones sobre su primera proclama desde Pasto. — La última desde Lima es uno de los documentos clásicos de nuestra santa insurreccion.

Las tres últimas palabras son dignas del mármol y del bronce. — ¡*Fi donc*! — ellas son dignas de los corazones. — ¡No mandar más!!![1] Divina expresión: expresión de una alma que ya no puede soportar su propia gloria. Ella me suscita la idea de un hombre que habiendo fijado los ojos desnudos en el sol, los retira, los cierra atormentado de tanta luz.

¿Oyes? ¿oyes? — ó yo me engaño — ¿qué estrépito es aquél? — Es el carro de la libertad que se pasea en triunfo

---

1. « ¡Peruanos! La paz ha sucedido á la guerra; la unión á la discordia; el orden á la anarquía; y la dicha al infortunio; pero no olvidéis jamás, os ruego, que á los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

¡Peruanos! El día que se reuna vuestro Congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición. ¡No mandar más! »

(Final de la proclama del Libertador á que se refiere Olmedo. Esta proclama fué dada en Lima el 25 de diciembre de 1824).

desde las majestuosas riberas del Orinoco hasta el último borde del destemplado lago en que sobrenada la isla de Titicaca—dibujando en su carrera los *colores del iris*.

Salud y gloria.

Guayaquil, Enero 6—825.

II

Á Simón Gótico

Guayaquil, Enero 31—825.

Mi querido señor y muy respetado amigo.

No pensaba escribir á usted hoy : porque ya le he quitado muchos ratos seguidos—y yo fuera cualquier cosa para los otros menos fastidioso : pero no debo dejar á usted en la curiosidad que le excitó lo de *Simón Castellano* de mi carta de diciembre.

Usted sabe que los antiguos capitanes tomaban el nombre del país en que triunfaban : así Publio Emilio fué llamado el *Numantino*, y uno de los Escipiones, *Africano*. Pero usted dirá que no ha triunfado en Castilla para ser llamado *Castellano*. No importa. Uno de los emperadores de Oriente fué llamado Wandálico y Gótico por haber vencido á los Vándalos y Godos; y no los venció en Wandalia ni en Gotia, sino en Italia y Alemania.

Usted escoja, pues, y dígame qué sobrenombre le gusta más (hablo de los de esta clase); si bien gótico, vandálico, castellano &.ª *Peruano*, no: porque usted no ha triunfado de los peruanos, ni el país del triunfo es un país extraño ó enemigo de América.

Para librarme de toda inculpación en aquel dicho de que el Perú era una tierra de *prueba* y *resbaladiza*, diré á usted

solamente que cuando lo dije no pensé hablar á ese amigo como soldado, sino como á hombre. En otros días ha habido en Lima una célebre calle *del peligro* que en verdad era muy peligrosa y resbaladiza; y muchos filósofos se descortezaron allí y se mostraron muy hombres.

Pero suponga usted que hablase tambien en sentido militar: nada hay perdido. Porque una cosa es que el terreno sea resbaladizo, y otra que los hombres se resbalen. Usted sabe bien que el yelo es muy resbaladizo, y con todo se corre sobre él prodigiosamente. Quiere decir, que cuantos más embarazos y peligros hay en la carrera, se llega al término con más gloria. — ¡Que no se jacten todos ustedes de estar probados, ni crean que los portales de Lima son los fáciles campos de Junín ó de Ayacucho!

Siento que usted me recomiende cantar nuestros últimos triunfos. Mucho tiempo ha, mucho tiempo ha que revuelvo en la mente este pensamiento. — Vino Junín, y empecé mi canto. Digo mal; empecé á formar planes y jardines; pero nada adelanté en un mes. Ocupacioncillas que sin ser de importancia, distraen; atencioncillas de subsistencia, cuidadillos domésticos, ruidillos de ciudad, todo contribuyó á tener la musa estacionaria. Vino Ayacucho, y desperté *lanzando un trueno*[1]. Pero yo mismo me aturdí con él, y he avanzado poco. Necesitaba de necesidad 15 dias de campo, y no puede ser por ahora. Por otra parte aseguro á usted que todo lo que voy produciendo me parece malo y profundísimamente inferior al objeto. Borro, rompo, enmiendo, y siempre malo. He llegado á persuadirme de que no puede mi Musa medir sus fuerzas con ese gigante. Esta persuasión

1. Alusión al principio de la oda comenzada. — (*Nota autógrafa*).

me desalienta y resfría. Antes de llegar el caso estaba muy ufano, y creí hacer una composición que me llevase con usted á la inmortalidad; pero venido el tiempo me confieso no sólo batido sino abatido. ¡Qué fragosa es esta sierra de Parnaso, y qué resbaladizo el monte de la Gloria!

Apenas tengo compuestos 50 versos: el plan es magnífico. Y por lo mismo me hallo en una doble impotencia de realizarlo. — El otro día me pidieron una marcha que debía cantarse en una de las funciones con que aquí hemos celebrado la victoria de Ayacucho. Esta marcha fué hecha á paso redoblado: se imprimió en el *Patriota* del 22 de enero, y ahora me avergüenzo de ella. — Usted dirá que yo soy sumamente ambicioso de gloria bajo la apariencia de despreciarla. Yo no sé si usted se engaña..... pero mi actual desaliento proviene de que me ha llegado á dominar la idea de que nada vulgar, nada mediano, nada mortal es digno de este triunfo. Yo no amo tanto la gloria como detesto la infamia. ¿Y qué responderé yo, si alguno me dice al leer mi oda, « si te hallabas sin fuerzas para esta empresa, ¿para qué la acometiste? ¿Para deslustrar su resplandor? Más ganarías callando. » Mi querido señor, dígame usted ¿qué responderé yo entonces?

Usted ve estas humildades; pues aguarde usted un poco, y verá lo que son los poetas. Usted me prohibe expresamente mentar su nombre en mi poema. ¿Qué, le ha parecido á usted que porque ha sido dictador dos ó tres veces de los pueblos, puede igualmente dictar leyes á las Musas? No, señor. Las Musas son unas mozas voluntariosas, desobedientes, rebeldes, despóticas (como buenas hembras), libres hasta ser licenciosas, independientes hasta ser sediciosas. — Yo no debo dar á usted gusto por ahora: y no debo por muchas razones; la primera y capital, es porque no puedo.

Ya tengo hecho mi plan con un trabajo imponderable; ya tengo medio centenar de versos — ya no puedo retroceder. Sucre es un héroe, es mi amigo, y merece un canto separado: por ahora bastante dosis de inmortalidad le cabrá con ser nombrado en una oda consagrada á Bolívar. En fin, déjeme usted, por Dios, y no venga á ponerme una traba que me impediría, no digo volar ó correr, pero aun andar. Déjeme usted. Si á usted no le gusta que le alaben, ¿por qué no se ha estado durmiendo, como yo, cuarenta años? Sin embargo, me atrevo á hacer á usted una intimación tremenda: y es que si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad. Si por desgracia no llegare el *cuarto de hora feliz*, entonces me contentaré con el placer (porque los placeres suplen muy bien todas las cosas) de ver la América libre y triunfante, con recordar el nombre de su Libertador, y con hacer cariños á mi Virginia en mi filosófica oscuridad.

Respetuoso amigo.

III

Excmo. señor Libertador Simón Bolívar

Guayaquil, Abril 15 de 1825.

Mi más respetado amigo y querido señor:

Siempre he dicho yo que usted tiene una imaginación singular: y que si se aplicara usted á hacer versos excedería á Píndaro y á Osián. Las imaginaciones ardientes encuentran relaciones en los objetos más diversos entre sí; y sólo usted pudiera hallar relación entre un poeta que canta con su flauta á orillas de su río, y entre un Ministro que representa una nación en las Cortes de los reyes. Pues bien, sea. Yo,

para desempeñar á usted, lo más que puedo hacer, lo más que prometo es trabajar con celo, portarme con honradez, y vivir modestamente para no deshonrar la elección de usted ni el nombre republicano.

En el correo escribiré al Gobierno de Colombia pidiendo el permiso; pero no esperaré el resultado en caso de que deba salir antes de la contestación; pues estando estos departamentos á la disposición de usted, con más razón debe estarlo la cosa más pequeña de la República, mi persona.

Yo necesito unas instrucciones muy claras y prolijas, porque mi intención es no propasarme una línea de mis atribuciones. Aun la parte dispositiva que suele dejarse á los apoderados según las circunstancias, quisiera que fuese lo más estrecha y circunscrita que ser pudiera. Á los que no tienen bien sentado el pulso, cuando escriben sin pauta, suelen salirles torcidos los renglones.

Papá Icaza se llega en este momento á encargarme diga á usted que sólo por ser de usted este nombramiento, está contento y resignado. Sólo por eso.

Mi canto se ha prolongado más de lo que pensé. Creí hacer una cosa como de 300 versos, y seguramente pasará de 600. Ya estamos en 520; y aunque ya me estoy precipitando al fin, no sé si en el camino ocurra dar un salto, ó un vuelo á alguna región desconocida. No era posible, mi querido señor, dejar en silencio tantas cosas memorables, especialmente cuando no han sido cantadas por otra musa. — He padecido una fluxión que ha estado de moda; he tenido un malparto; es decir, que he perdido como un mes: y cuando hay tos, no está dispuesto el pecho para cantar. Haré toda fuerza de vela para remitir á usted en el correo que viene mi composición, sea como fuere.

Yo había pensado que había echado mi ancla para siempre:

y ya me tiene usted entregado al mar. ?Pero acaso yo soy mío? ¿Y qué mucho es que yo no sea mío, cuando ni usted es suyo; ni usted, á quien la Patria ya podía darle la libertad, que bien merecida la tiene?

Yo me había dicho muchas veces: ¿qué le basta á una abeja? Flores y una colmena. Y empezaba á vivir tranquilo aun cuando no me salían muy buenos los panales.

El correo de Lima ha llegado pocas horas antes del tiempo en que debe salir. Y así apenas hay lugar de dar á usted sinceras gracias por su memoria y por el concepto con que honra á su más respetuoso y apasionado amigo.

IV

Al Excmo. señor Libertador

Guayaquil, Abril 30 *de* 1825.

Mi querido señor y muy respetado amigo:

Pensé que esta carta fuese tan larga como mi canto; pero no puede ser, porque ya el correo apura, y todo el tiempo lo he gastado en copiar mis versos por cumplir la promesa que hice á usted de remitírselos en este correo. En el que viene haré todas las observaciones que me ocurran contra mí mismo. Porque yo no estoy contento con mi composición. Pensaba dejarla dormir un mes para limarla y podarle siquiera trescientos versos, porque su longitud es uno de sus vicios capitales. ¡Cómo va usted á fastidiarse!

Suplico á usted que separe siempre los defectos del poeta de los sentimietos de su respetuoso amigo.

V

Al Excmo. señor Libertador Simón Bolívar

Guayaquil, Mayo 15—825.

Mi querido señor y muy respetado amigo:

Ya habrá usted visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie ni aplauso ni piedad. Buena desgracia ha sido que en más de dos meses no haya tenido dos días de retiro, de quietud, ni de abstraimiento de toda cosa terrena para habitar en la región de los espíritus. Cuando el entusiasmo es interrumpido á cada paso por atenciones impertinentes, no puede inspirar nada grande, nada extraordinario: feliz quien en tal situación no se arrastra. Pero cuando el entusiasmo se sostiene y está desembarazado por algún tiempo de toda impresión extraña, nunca deja de venir el momento de los milagros. En el primer caso la musa va corriendo por los valles, ó trepando por las montañas; va registrando los árboles, los lagos y los ríos; su viaje es largo y quizá fastidioso. En el segundo, no: tiende sus alas, remonta el vuelo, desdeña la tierra, salva los montes, visita el sol, abre los cielos, y si le place se hunde á los infiernos un instante para suspender el lloro y los tormentos de los condenados. Yo me he visto en el primer caso; así mi canto ha salido largo y frío, ó lo que es peor, mediocre. Quizá si hubiera podido retirarme al campo quince días, habría hecho más que en tres meses; habría espiado el momento feliz, y en sólo trescientos versos habría corrido un espacio mucho mayor del que he corrido en ochocien

tos. Devuelvo, cedo y traspaso la parte de inmortalidad que me prometí al principio. Triunfe usted solo.

Cuando yo amenacé á usted con arrebatarle parte de su gloria, usted me tendría por un jactancioso; pero como mi jactancia á nadie dañaba, ro tengo necesidad de hacer explicaciones sobre este punto. Mas cuando yo dije á usted que el plan que había concebido era grande y sublime, usted quizá lo creería; y como al leer mi poema, usted puede creerme mentiroso, me veo precisado á vindicarme.

Mi plan fué éste. Abrir la escena con una idea rara y pindárica. La Musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue á los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero en medio de la fiesta una voz terrible anuncia la aparición de un Inca en los cielos. Este Inca es emperador, es sacerdote, es un profeta. Éste, al ver por primera vez los campos que fueron el teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.

Como el fin del poeta era cantar sólo á Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto sin anunciar la segunda victoria, que fué la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del general que manda y vence y de los jefes que se distinguieron para dar ese homenaje á su mérito y para darles desde Junín la esperanza de Ayacucho que debe ser-

virles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede llevar el pueblo á la tiranía. Exhorta á la unión, sin la cual no podrá prosperar la América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros y que esto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riqueza, respetado por su poder.

Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del sol, que rodean al Inca como á su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del Sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin describen el triunfo que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfador va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por los jefes vencidos &.ª

Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mío). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis porque temo que á pesar de la perspicacia de usted, usted no conociera toda la belleza de la idea ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto. Dispénseme usted, pues: porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mientes de todos en esto solo para evitar la infamia de cualquier modo.

¿Quiere usted saber hasta dónde van los ardides del amor propio? Pues sepa usted que en la desgracia de no haber

hecho una cosa buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.

Deseo que usted me escriba sobre esto con alguna extensión, diciéndome con toda franqueza todas las ideas que usted quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de usted, porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición: y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de usted.

Como esta composición es toda de usted, yo no he querido tomarme la libertad de imprimirla. Pero me han asaltado varios amigos, y aunque he podido responder á todas sus razones, no he podido contestar á la última. Yo les decía, entre otras cosas, que esa composición era una propiedad de usted, y que yo no podía disponer de ella; y todos me repusieron que usted no tiene propiedad alguna, porque todas sus cosas son comunes entre sus amigos y entre los buenos conciudadanos. Yo dije entre mí: pues si las cosas más apreciables y preciosas de Bolívar no son suyas sino de sus amigos, ¿cómo no lo será este miserable canto? Me han convencido y queda bajo la prensa. Se puede sacar la ventaja de que esta impresión, aunque de muy mala letra, pues no hay otra, sirva de modelo á la que se pudiera hacer en Lima; pues he puesto gran cuidado en la corrección, en la ortografía y demás accidentes para hacerla clara y correcta.

—

Estoy esperando con ansia los papeles que me remitan de Lima sobre mi comisión. Quisiera que allá aprovecharan de la salida de algún buque para mayor brevedad. Saldré cuanto antes pueda: la vía de Panamá me parece la mejor; pero si en Lima no andan listos, temo que pase el Julio sin estar yo en Jamaica y entonces se pasa la buena estación de navegar por las Antillas. Usted sabe que en Agosto no

salen buques de Jamaica, y que es preciso esperar á los paquetes que salen cada mes ó cada mes y medio; y que cuando está amagado el mal tiempo suelen retardarse más. Yo estoy prevenido de modo que después de recibir mis credenciales, nada tengo que hacer sino embarcarme.

Perdóneme usted una franqueza: ¿cuántas veces después de mi nombramiento se habrá usted acordado del señor Zea? Este ejemplo debe aterrar aún á los que se crean más honrados. Pero, señor, los escollos conocidos del mar sirven para hacer evitar muchos naufragios.

No diga usted que soy tan fastidioso en prosa como en verso: concluyo, pues, reconociéndome como siempre, su más apasionado y más respetuoso servidor.

VI

Al Excmo. señor Simón Bolívar, Libertador

Guayaquil, Junio 30—825.

Mi querido señor y muy respetado amigo:

En mi anterior dije á usted las razones que me obligaron á imprimir el canto de Junín, á pesar de ser una propiedad de usted. Como he hecho algunas variaciones y adiciones de diez ó doce versos, he creído que debía presentar á usted un ejemplar, aunque la impresión no merecía ese honor.

Esta impresión ha salido tan mala, que casi toda se ha inutilizado; y he tenido el ímprobo trabajo de ir pintando infinidad de letras con la pluma, imitando la letra de molde, para hacerla inteligible y presentar á usted un ejemplar en la forma que fuere menos indigna del héroe de mi canto. Vuelvo á rogar á usted que me escriba largas observaciones

sobre todo con la mayor franqueza, porque es muy probable que se haga en Londres una edición regular; y yo quisiera que ésta fuese la composición de mi vida.

Hasta ahora no he recibido los despachos del Gobierno ni parece mi compañero Paredes. Cuando recibí en abril el nombramiento de mi comisión, me formé estos jardines alegres. Mientras llega mi aceptación se habrán extendido las instrucciones. El buque que debe llevar á los Diputados del gran Congreso al Istmo, estará pronto: saldrá luego de Chorrillos con escala en Guayaquil; me embarco, llego á Panamá á principios de junio; á fines del mismo llego á Jamaica; aprovecho el paquete que sale en julio, y en todo agosto puedo ver en Windsor la casa de Pope. Todo se ha disipado, y tengo ahora el sentimiento de que quizá mi viaje empezará por el mismo tiempo en que yo creía debía estar concluído.

Yo no podía tener, ni podía desear un compañero mejor que Paredes. Sus luces me ilustrarán y su conducta será el ejemplar y el freno de la mía.

La guerra está concluída: por lo mismo, contemplo á usted más ocupado y cuidadoso que nunca. Todas las ventajas del nuevo empréstito penden del aspecto que tomen las cosas del Perú. La guerra gótica dañaría menos al crédito peruano, que las nuevas turbulencias civiles que pudieran levantar la cabeza. Usted debe creerse en la posición de César, que reputaba no haber hecho nada si dejaba algo por hacer.

Toda la familia saluda á usted respetuosamente. Virginia es hoy mi embeleso, como será mi tormento dentro de pocos días. Su hermanita la Rosita de Ayacucho, si no es muy graciosa, á mí me lo parece; y este engaño ó esta verdad será mi segundo tormento.

Á Dios, mi muy querido y respetado señor. No olvide usted nunca á su más apasionado y respetuoso amigo y servidor.

VII

Al Excmo. señor Simón Bolívar, Libertador

Guayaquil, Agosto 5 de 1825.

Mi muy querido señor y muy respetado amigo:

Hoy salgo para Panamá. Como desde mi nombramiento estoy preparado, mi viaje se realiza luego que ha llegado mi compañero Paredes con los despachos é instrucciones.

Hoy salgo. Voy á dejar mi tranquilo hogar por el estrépito de las Cortes, ó lo que es lo mismo, abandono las plácidas corrientes del Guayas por las tumultuosas olas del océano.

Hoy salgo. Éste es el momento en que conozco que tiene algun valor el servicio que voy á hacer. Como después que soy marido y padre no me he separado ni á tanta distancia, ni por tanto tiempo, ni con tantos peligros, ni con tantas incertidumbres sobre el regreso, nunca he sentido un pesar como éste, que á la verdad es..... inexplicable.

Este pesar se aumenta con la triste reflexión que jamás he hecho en otros tiempos sobre mi futura subsistencia y la de mi familia. Pero las obligaciones y el amor paternal reforman y castigan con los días los sentimientos meramente filosóficos. Voy á pasar dos ó tres años en inquietud, porque ya pasó la edad de las ilusiones. Me parece que volveré como me voy..... Dios conserve muchos años á la cabeza de esta casa; pues ya sabe usted cuál fué la herencia de Alejandro. De todos modos parto resignado, y en cierto modo, con-

tento; porque voy á obedecer y complacer á usted, y porque voy á servir á la patria.

Me encomiendo, pues, á la memoria de usted, y encomiendo muy encarecidamente á mi cara familia á la memoria y protección de usted. Á Dios, mi querido señor. Mucho siento partir sin haber recibido una carta de usted, después de haber leído mi pobre canto de Junín. Exijo de usted muchas observaciones que me sirvan para la edición de Londres.

Á Dios otra vez. Ésta es la última despedida de su muy apasionado y muy respetuoso amigo.

VIII

Lóndres 19 *de Abril de* 1826.

. . . . . .

Todas las observaciones de usted sobre el canto de Junín tienen, poco más poco menos, algún grado de justicia. Usted habrá visto que en la fea impresión que remití á usted se han corregido algunas máculas que no me dejó limpiar en el manuscrito el deseo de enviar á usted cuanto antes una cantinela compuesta más con el corazon que con la imaginación Después se ha corregido más y se han hecho adiciones considerables; pero como no se ha variado el plan, en caso de ser imperfecto, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo. Lejos de mi patria y fa lia, rodeado de sinsabores y atenciones graves y molestísimas, no, señor, no era la ocasión de templar la lira.

El canto se está imprimiendo con gran lujo, y se publicará la semana que entra; lleva el retrato del héroe al frente, medianamente parecido; lleva la medalla que le decretó el Congreso de Colombia y una lámina que representa la apa-

rición y oráculo del Inca en las nubes. Todas estas exterioridades necesita el canto para aparecer con decencia entre gentes extrañas.

Una de las razones que he tenido, á más de las indicadas, para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles (será sin duda por su objeto). Rocafuerte, por una doble razón, lo aplaude en términos que me lisonjearían mucho, si él amase menos al héroe y al autor. Otros que se tienen y han tenido por conocedores han hecho y publicado análisis sobre esa composición; y yo me complazco, no por ser alabado, sino por haber cumplido (no muy indignamente) un antiguo y vehemente deseo de mi corazón, y por haber satisfecho esa antigua deuda en que mi Musa estaba con mi patria.

Todos los capítulos de las cartas de usted merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El exabrupto de

las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba á Horacio.

Quería usted también que yo buscase un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con usted Aquel triunfó de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, esas obras si han tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!.....

CARTAS DE BOLÍVAR

I

Señor José Joaquín de Olmedo

Cuzco á 27 de Junio de 1825.

Querido amigo. Hace muy pocos días que he recibido cartas de usted y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los rayos de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Capac, no

han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro: usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín: usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ayax; de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace á su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros: usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que usted había querido hacer una parodia de la Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no; no lo creo. Usted es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico á lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau.

Por todo doy á usted las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que usted llenará dignamente su comisión á Inglaterra: tanto lo he creído, que habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní á usted un matemático, porque no fuese que llevado usted de la verdad poética, creyese que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido á abrirle los ojos á nuestro Homero para que no vea con su imaginación, sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente á la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y los publicanos.

He llegado ayer al país clásico del Sol, de los Incas, de la fábula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro: los Incas son los vireyes ó prefectos: la fábula es la historia de Garcilaso: la historia, la relación de la destrucción de los Indios por Las Casas. Abstracción hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos: mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna de las obras extrañas, de los consejos ajenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie. Manco-Capac, Adán de los Indios, salió de su Paraíso titicaco, y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fábula sagrada ó profana.

. . . . . .

Dios lo hizo hombre: él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vías grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradición genuina, nos hacen testigos de una creación social de

que no tenemos idea, ni modelo, ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente, y me parece evidente todo lo que, con más ó menos poesía, acabo de decir á usted.

Tenga usted la bondad de presentar esta carta al señor Paredes, y ofrezco las sinceras expresiones de mi amistad.

BOLÍVAR.

II

SEÑOR DON JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Cuzco 12 de Julio de 1825.

Mi querido amigo. Anteayer recibí una carta de usted de 15 de Mayo, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque usted se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, usted se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que usted ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano á quien hicieron rey en una comedia y decía: « ya que soy rey, haré justicia. » No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oído decir que un tal Horacio escribió á los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas; y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar á cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta

entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los merece bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades, ó por mejor decir verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.

Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: ó yo no tengo oído musical, ó son... ó son renglones oratorios. Páseme usted el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema, y yo puedo hacer de él cera y pabilo.

Después de esto, usted debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que usted, y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra á los demás personajes. El Inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente á la religión que le destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono, para dar preferencia á extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa á usted nadie. La naturaleza debe presidir á todas las reglas, y ésto no está en la naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio Inca, que debía

ser más leve que el eter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hab ador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga á la reina Isabel: y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos á la indulgencia, y sin embargo no escapó de la crítica.

La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte á la tierra, á atronar á los Ándes que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Ilíada: promete poco y da mucho. Los valles y la sierra proclaman á la tierra: el sonsonete no es lindo y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra[1].

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa ¿para qué me ha hecho usted rey?

Citemos para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

Que al Magdalena y al Rimac bullicioso,

Y este otro 750:

Del triunfo que prepara glorioso...

Y otros que no cito por no parecer riguroso é ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de usted y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicona: allí encontrará usted

1. Estos reparos se refieren al manuscrito y á la primera edición del Canto Guayaquil, Imprenta de la ciudad, 1825) de que trenemos un ejemplar á la vista. En la de Londres (Imprenta española, 1826) y en las sucesivas, corrigió ó alteró Olmedo esos y otros lugares. *(Nota de esta edición)*.

su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicación de sus diablos á nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, usted se hallará mejor inspirado que por el Inca, que á la verdad no sabría cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de usted, le dará algunas lecciones para que corrija ciertas caídas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Usted me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiera el autor de la Iliada, y usted sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida después de nueve á diez años de estarla engendrando: así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica, ó mejor diré mis palos de ciego.

Confieso á usted humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató á usted á los cielos. Usted conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos; el rayo que el héroe de usted presta á Sucre es superior á la cesión de las armas que hizo Aquiles á Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes: aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que usted da á Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando á su amigo Mentor: aunque los caractéres son diferentes, el caso es semejante; y por otra parte, ¿no será Lamar un Mentor guerrero?

Permítame usted, querido amigo, le pregunte: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sos-

tenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo es pindárica, y á mí me ha gustado tanto, que la llamaría divina.

Siga usted, mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las Musas con la traducción de Pope y el Canto á Bolívar.

Perdón, perdón, amigo; la culpa es de usted que me metió á poeta.

Su amigo de corazón,

BOLÍVAR.

N° 43. — Pág. 91

Y á sus manes sagrados
Si tumba les faltó, levanta altares.

Alusión al vaticinio del Inca, á la victoria de Ayacucho y al himno de las Vírgenes del Sol en el *Canto á Junín*.

N° 44. — Pág. 91

Y al recrujir el carro de la guerra
Se siente en torno retemblar la tierra.

Alusión á la guerra de 1829 entre dos repúblicas hermanas y vecinas, terminada felizmente por el valor y genio del general Flores.

N.º 45. — Pág. 91

De la noble heredera de Cartago,
Todo es horror y confusión y estrago.

Alusión á la guerra civil que se difundió desde el Perú hasta los extremos de Colombia, de donde provino la disolución de la República.

N.º 46. — Pág. 92

Del mar nacida á serenar los mares.

Alusión al nuevo Estado del Ecuador, fundado por el general Flores.

N.º 47. — Pág. 92

Canoras voces se alzan despertando
La Musa de Junin...

Alusión á las bellas composiciones poéticas de los señores Bello, Mora y Pardo, hechas en Londres y Lima, culpando el silencio de mi Musa, cuando tantos y tan grandes asuntos se han ofrecido á la poesía en estos últimos años.

—

Las composiciones á que se refiere Olmedo en la nota que precede son las siguientes:

EPÍSTOLA Á OLMEDO

Es fuerza que te diga, caro Olmedo,
Que del dulce solaz destituído
De tu tierna amistad, vivir no puedo.

¡Mal haya ese París tan divertido,
Con todas sus famosas fruslerías,
Que á soledad me tienen reducido!

Mal rayo abrase, amén, sus Tullerías,
Y mala peste en sus teatros haga
Sonar, en vez de amores, letanías,

Y, cual suele el palacio de una maga
Á la virtud de superior conjuro,
Toda esa pompa en humo se deshaga;

Y tú al abrir los ojos, no en oscuro
Aposento entre sábanas fragantes
Te encuentres blando alumno de Epicuro,

Sino cual paladín de los que errantes
De yermo en yermo, abandonando el nido
Patrio, iban á caza de gigantes,

Te halles al raso, á tu sabor tendido,
Rodeado de cardos y de jaras,
Cantándote una rana á cada oído.

Y suspirando entonces por las caras
Ondas del Guayas (Guayaquil un día
Antes que al héroe de Junín cantaras).

Digas: « ¡Oh venturosa patria mía!
¿Quién me trajo á vivir do todo es hecho
De antojos, de embeleco y de falsía?

« Á Londres de esta vez me voy derecho,
Donde, aunque no me aguarda el bien amante
De mi Virginia, mi paterno techo,

Me aguarda amigo fiel, veraz, constante.
Quel al verme sentirá más alegría
Que la que él me descubra en el semblante.

» Con él esperaré que llegue el día
De dar la vuelta á mi nativo suelo
Y á los brazos de la esposa mía.

» Y mientras tanto bien me otorga el Cielo,
¡Oh musas! ¡Oh amistad! á mis pesares
En vuestros goces hallaré consuelo. »

¡Ven, ven, ingrato Olmedo! Así los mares
Favorables te allanen su ancha espalda
Cuando á tu bella patria retornares,

Y cuando fresca rosa la esmeralda
Matiza de sus campos florecidos,
Guayaquil entrelteja á tu guirnalda;

Y á recibirte salgan los queridos
Amigos con cantares de alegría,
Por cien voces y ciento repetidos.

Ven, y de nuestra dulce poesía
Al apacible delicioso culto
Vuelva ya tu inspirada fantasía.

Otro se goce en el feroz tumulto
De la batalla, y la sangrienta gloria,
Á la llorosa humanidad insulto.

Otro encomiende á la tenaz memoria
De antiguos y modernos la doctrina,
De absurdos y verdades pepitoria.

Mientras otro que ciego te imagina
En sólidos objetos ocupado,
Y también á su modo desatina,

Intereses calcula desvelado
Y por telas del Támesis ó el Indo
Cambia el metal de nuestro suelo amado:

Te manda el Cielo que el laurel del Pindo
Traspiantes á los climas de Occidente
Do crece el ananás y el tamarindo;

De en nieves rebozado alza la frente
El jayán de los Andes, y la vía
Abre ya á nuevos hados nueva gente.

¡Feliz, oh Musa, el que miraste pía
Cuando á la nueva luz recién nacido
Los tiernezuelos párpados abría!

No ciega nunca el pecho embebecido
En la visión de la ideal belleza,
De incesantes contiendas el ruído.

El niño Amor la lira le adereza,
Y dictanle cantares inocentes
Virtud, humanidad, naturaleza.

Oye el vano bullicio de esa gente
Desventurada, á quien la paz irrita;
Y se aduerme al susurro de la fuente,

Ó por mejor decir un mundo habita
Suyo, donde más bello el suelo y rico
La edad feliz del oro resucita;

Donde no se conoce esteva ó pico,
Y vive mansa gente en leda holgura
Vistiendo aún el pastoral pellico,

Ni halló jamás cabida la perjura
Fe, la codicia ó la ambición tirana
Que nacida al imperio se figura,

Ni á la plebe deslumbra, insulsa y vana,
De la extranjera seda el atavío,
Con que tal vez el crimen se engalana;

Ni se obedece á intruso poderío,
Que ora promulga leyes y ora anula,
Siendo la ley suprema su albedrío;

Ni al patriotismo el interés simula
Que hoy á la libertad himnos entona
Y mañana al poder sumiso adula,

Ni victorioso capitán pregona
Lides que por la patria ha sustentado
Y en galardón le pide una corona.

¡Oh! ¡cuánto de este mundo afortunado
El fango inmundo en que yacemos dista,
Para destierro á la virtud criado!

Huyamos de él, huyamos do á la vista
No ponga horror y asombro tanta escena
Que al bien nacido corazón contrista.

¿Ves cómo en nuestra patria desenfrena
Sus fuerzas la ambición, y al cuello exento
Forjando está otra vez servil cadena?

¿No gimes de mirar cual lleva el viento
Tantos ardientes votos, sangre tanta,
Cuadros llenos de horror y asolamiento,

Campos de destrucción que al orbe espanta,
Miseria, y luto, y orfandad llorosa
Que en vano al Cielo su clamor levanta?

Como el niño inocente que la hermosa
Fábrica ve del iris, que á la esfera
Sube esmaltado de jacinto y rosa,

Y en su demanda va por la pradera,
Y cuando cree llegar, y á la encantada
Aparición poner la mano espera,

Huye el prestigio aéreo, y la burlada
Vista lo busca por el aire puro,
Y su error reconoce avergonzada;

Así yo á nuestra Patria me figuro
Que en pos del bien que imaginó se lanza,
Y cuando cree que aquel feliz futuro

De paz y gloria y libertad alcanza,
Su ilusión se deshace en un momento
Y ve que es un delirio su esperanza;

Fingido bien que ansioso el pensamiento
Pensaba asir, y aéreo espectro apaña,
Luz á los ojos y á las manos viento.

Huyamos, pues, á do las auras baña
De alma serenidad lumbre dichosa
Que si ella engaña, dulcemente engaña.

Y este triste velar por la sabrosa
Ilusión permutemos, que se sueña
En los floridos antros de tu diosa.

Dame la mano; y sobre la ardua peña
Donde el sagrado alcazar se sublima,
Podrán dejar mis pies alguna seña.

Mas ay! en vano mi flaqueza anima
Tu vuelo audaz, que al fatigado aliento
Pone pavor la levantada cima.

Sigue con generoso atrevimiento
Á do te aguarda, en medio el alto coro
De las alegres musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
Concierto se suspende, y la armonía
De las acordes nueve liras de oro.

Y llegas, y te sientas, y Talía,
Que al áureo cinto arregazó la falda,
La copa te presenta de ambrosía.

Y ciñe tu cabeza con guirnalda
De siempre verde lauro que matiza
Purpúrea flor, y azul, y roja, y gualda.

Y luego que las cuerdas armoniza
El coro celestial en nuevo canto
Celebra tu llegada y solemniza.

« Alma eterna del mundo, numen santo,
Tutela del Perú (cantan ahora
Y sus ondas Castalia enfrena en tanto).

» Envía sin cesar luz bienhechora,
Que cesó de tu tierra la ruïna,
Y libre ves al pueblo que te adora.

» La libertad, amable peregrina,
Su templo allí plantó, y allí su llama
Hermosa arde otra vez pura y divina.

» Y en todos sus oráculos proclama
Que al Madalén y al Rimac bullicioso
Ya sobre el Tiber y el Eurotas ama. »

Á escuchar vuela el himno melodioso
La hueste de los vates inmortales,
El cielo, el agua, el viento, el bosque umbroso

Y vestida de diáfanos cendales
Ocupa el aire en torno al foco santo
Bella visión de cándidas vestales
Que con eterna voz repite el canto.

ANDRÉS BELLO.

Londres, 1827.

(Completada conforme al manuscrito descubierto por Miguel Luis Amunátegui; véase: *Obras completas de Don Andrés Bello* (Santiago de Chile) tomo III, páginas XXV y 90; tomo VI, pag. CXXXVI y siguientes).

AL SEÑOR DON J. J. OLMEDO

Cortante espada que en feroz contienda
Abatió vencedora
Cabezas enemigas,
Y fué con sus reflejos tan tremenda
Cual la lumbre del rayo destructora:
Yazca en quietud eterna sumergida;
En negro orín el tiempo
Envolverá su brillo deslumbrante
Y su filo tajante;
Hasta que carcomida
Al impulso mas leve
Veráse en sucio polvo convertida.

Al alazán brioso
Que no temió erizadas bayonetas
De fuertes batallones;

Que por entre los fuegos discurría,
Con vistosos arqueos
Las manos levantando
Cual pudiera en festines y torneos;
Que ágil, veloz, impávido y fogoso,
Densas filas rompía,
Y hollaba con sus plantas
Mil cuerpos de guerreros expirando;
Míralo en aquel prado,
Desgreñada la crin, caído el cuello,
Por su ingrato jinete ya olvidado.
Su casco ayer el encrispado risco
Y la áspera montaña hería fuerte,
Y hoy pisa trabajoso blanda tierra.
Flaco, débil, y mustio,
Próximo á ser despojo de la muerte,
Perdió su ardor natío
Para la cruda guerra,
Y en la carrera el arrogante brío.

Atleta corpulento
En medio el ancho circo
Sus colosales miembros ostentaba
Y su esbelta apostura;
Y no bien entregaba

Con soberbio ardimiento
Y arrogante y gentil desenvoltura
El brazo á la pelea;
Cuando miraba, al ímpetu violento,
Á sus pies abatido
Al más fiero contrario,
En polvo, en sangre, y en sudor teñido.
Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria
Su espíritu apocado no enardece,
No busca ya el laurel de la victoria,
El ceño de un contrario lo estremece,
Á la sangrienta lid el cuerpo niega
Y al ocio muelle y femenil se entrega.

Descuidado de tí, raudo caminas
Á igual destino, Olmedo.
El fuego inspirador del sacro Apolo,
Que arrebata la muerte á las divinas
Mansiones del Olimpo, arde en tu alma.
Tú conseguiste solo
Entre los vates del Perú la palma;
Ya la suerte llorando
De aquel precioso niño
Que abrió sus ojos á la luz del día,
Aun atada la Patria

Al yugo de la negra tiranía;
Ya en cántico sonoro eternizando
El venturoso instante,
En que el peruano pabellón triunfante
Vió derrocarse el trono de Fernando.
Pero ¡ay! ya sumergido
En ocio y en silencio,
No los labios desplegas;
Ni de tu acorde lira
El eco resonante al aire entregas,
Indócil tu albedrío
Al elevado numen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,
Que irritado ese numen niegue frío
Su inspiración al canto,
Y en heladas cenizas convertida
El ascua engendradora de esa llama
Que el corazón te inflama,
No á elevarse atrevida
Tu voz sonora vuelva
En sublimes canciones;
Que verde musgo envuelva
Las cuerdas de tu cítara, y no alcances

De tu inútil pulsar otra armonía
Que mal ligados sones.

¿Y verás impasible que se acerca
Ese funesto día,
— Así á tus compatriotas doloroso
Como á tí vergonzoso —
En que perdido el sacro privilegio,
Que á regiones más altas te sublima,
Entre el profano vulgo te confundas?

¿Tal vez tu blando corazón herido
Por el punzante arpón de los pesares,
No puede complacido
Darse á dulces cantares?
¿Tal vez ausente de tu cara esposa
Y del único fruto
Que el Cielo á tus amores reservara,
Ligada noche y día
Á tan tiernos objetos,
Huye al poder del Dios tu fantasía?
¡Ah! nó, bien sabes, inspirado vate,
Que cual suele apacible ventolina
Disipar tempestuosos nubarrones,
Tal la influencia divina

De las musas al alma pesarosa
Consuela tierna amiga,
Con habla cariñosa,
Y la amargura del dolor mitiga.

¿Falta acaso á tu lira asunto digno?
¿No puedes dar lecciones
De paz y de grandeza
Á este libre hemisferio,
Elevados ejemplos presentando
De otras libres naciones?
¿No ves hondo venero de belleza
Entre los fastos del antiguo imperio?
¿Lamentar no te es dado los horrores
De la feroz conquista,
Cuando — por cimentar el poder regio
De lejanos señores
Acá en nuestras comarcas —
Cometieron el torpe sacrilegio
Los ministros del fiero despotismo
De hacer correr la sangre de los Incas
Mezclada con el agua del bautismo?

Ó bien; ¿por qué las mieles destilando
De angélica dulzura,

Que la amabilidad puso en tu pecho,
Porqué no ensalzas con acento blando
De nuestros ricos campos la hermosura ;
Y en recompensa digna
Del afecto que de ellas merecieras,
Porqué el gentil donaire y la ternura
No celebras, cantor, de las hermosas
Que habitan estas playas,
Y de las que despliegan sus encantos
Allá en las deleitosas
Fructíferas praderas
Que fertiliza el abundante Guayas ?
Tan culpable inacción destierra, oh vate :
Al mágico poder de tu armonía
Haz que mi pecho ufano se dilate.
Canta : y el Padre del Perú, bondoso
Al canto sonoroso,
Desde su solio diamantino ría :
Canta : y mi numen inexperto guía.

FELIPE PARDO.

Lima, 1829.

EPÍSTOLA

Á

DON JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

No es sólo el numen destructor, Olmedo,
De la sangrienta lid, quien de tu Patria
Los lauros triunfadores apercibe:
Ni el bélico terror sólo resuena
Del Guayaquil en la frondosa margen,
Antes esclava, ya soberbia y libre.
También allí con nueva pompa, amiga
De gloria y libertad salvó su templo
La Piéride ninfa, y en sus aras
Tú el primero quemaste incienso puro.

Tú, Cantor de Junín, hijo dichoso
De nueva Patria, que en su infancia ostenta

Virtud antigua y brío inexorable
Y odio al poder injusto; tú, que rompes
El silencio de muerte en que abatido
Yació en siglo execrable, como siervo
Débil, sumiso, el genio americano;
Tú, que al orbe proclamas en acentos
De incógnita armonía, el espantable
Grito postrero que lanzó furiosa,
Mordiendo el polvo y anegada en sangre,
La usurpación horrenda; no del labio
La trompa alejes, no, que de la gloria
No terminara el vuelo esclarecido.
Aun lucirá en los Andes imprimiendo
Nuevo esplendor á la opulenta Lima.

Del porvenir al seno tenebroso
Penetrando veloz, tú del destino
Los arcanos revelas, y en las faldas
Del monte gigantesco ves erguirse
Nueva generación, robusta, dócil,
De ciencia y luces y razón sedienta.
No allí, cual antes, el metal que oculta
En sus entrañas próvida la tierra,
Numen preciado de los pueblos, fija
Su reverente adoración; ni vierte

Sudor penoso el Inca degradado,
Para llenar del opresor remoto
Las arcas insaciables. Del prestigio
Rompió el genio los vínculos falaces,
Y las espigas ondeantes cubren
El tesoro que hierros y exterminio
Trajo á la Patria cual letal influjo.
Leyes benignas y severos pactos
El templo apoyan, do se sienta altiva
Feliz nación de impávidos guerreros
Y ciudadanos útiles; enlazan
Lauro y oliva el ramo indisoluble,
Y á su sombra fecúndanse esplendentes
Las flores del saber; ni riega el ara
Sangre infanda de víctimas, que al Cielo
Sacrificó, riendo, el fanatismo;
Ni al nombre ilustre de la raza imbécil
Loor se rinde y bajo acatamiento,
Luz bienhechora la virtud reclama.

Cesa el canto guerrero, y dulces himnos
Entona á la alma paz: gózate viendo
Cuál pródiga en raudales, cuál fecunda
De ventura los gérmenes preciosos,
Dando al Perú tras bárbara refriega

Lo que al Galo y al Íbero y Heleno
Bienes preciados denegó Fortuna.
De la nación atlántica gloriosa
Canta la exaltación, que así lo debes
Al noble suelo que te diera vida.
Su esplendidez magnífica, las moles
De eterna nieve que su frente ciñen;
Sus valles perfumados en que mecen
Palmero esbelto y verde tamarindo
Las copas elegantes, y el soberbio
Disco del numen que adoró rendida
La antigua gente, digno asunto ofrecen
Á la lira sonora; y si anhelante
De prez más alto, plácidas lecciones
De bienandanza sólida en tus rimas
Quieres dictar al pueblo que te escucha,
Nuevo Marón, las glorias de los campos
Y la tarea que la faz adorna
De frutos abundosos y cosechas
Revela al peruano; y la guirnalda
De lauro honroso que al acero diste,
Timbre más noble del arado sea.

J. J. DE MORA.

Londres, 1829.

N.º 48. — Pág. 93

La Reina del Pacífico opulenta,

Los facciosos de la Sierra se situaron en las terribles posiciones que ofrece la cordillera de los Andes; y los de Guayaquil, después de expelidos de la ciudad, se refugiaron en la fragata *Colombia*, en donde no era posible atacarlos.

N.º 49. — Pág. 94

Sirve á su voz la suerte, ante su genio
El peligro espantado retrocede.

Entre los admirables hechos de esta campaña debe ocupar el primer lugar el portentoso paso del Salado. Los que han visto con sus ojos el terreno se admiran más de una empresa, que habría sido calificada de temeraria si no hubiese sido coronada por el suceso. La descripción exacta de esta hazaña la haría pasar por inverosímil ó fabulosa.

N.º 50. — Pág. 95

Vagan, tiemblan, caen confundidos
Ganados y mastines y pastores.

Aquí debe insertarse el horroroso cuadro que ofreció en el mismo tiempo la ciudad de Guayaquil, afligida por todas las plagas juntas de la guerra, del hambre y de la peste más desoladora de que hay memoria en este país. La precipitación con que, por las circunstancias, se publica esta composición, no ha permitido dar la última pincelada á este cuadro espantoso, que se insertará en otra ocasión.

(Esto dijo Olmedo al publicar por primera vez el *Canto á Miñarica*, cuyo texto ha sido el mismo, sin embargo, en las ediciones posteriores). *Nota editorial.*

N.° 51. — Pág. 95

Se avanza; y los valientes capitanes
En cien lides gloriosos le rodean,

Es muy sensible no poder hacer mención particular en este canto de los valientes generales y jefes, oficiales y cuerpos que se han distinguido en esa campaña memorable. Cada uno merecía un canto separado.

N.° 52. — Pág. 97

Se hiende el monte, el huracán estalla,
Y es todo el aire un campo de batalla.

Alusión á los terribles ruidos que alternadamente, como grandes tiros de cañón, se oyeron por la noche en el mes de Enero en los próximos días de la batalla.

N.° 53. — Pág. 97

¡Qué horror! del alto pedestal cayeron
Del incienso sacrílego indignadas.

Alusión á la notable circunstancia de haberse caído la santa imagen del Quinche en la solemne procesión que hizo el Gobierno revolucionario de Quito para obtener el triunfo.

N.° 54. — Pág. 125

De la leona,
Que al ruido de la presa por la noche
Ciega se lanza...

Cuando los leones de África salen por la noche en busca de su presa, dan primero un fuerte rugido que pone en fuga á todas las bestias del desierto: entonces, atentos al ruido que hacen al huír, se abalanzan violentamente sobre ellos, llevados por el oído, no por el olfato.

N.º 55. — Pág. 162

Ya si lecciones damos á los hombres,
Ó si votos al cielo dirigimos.

Como este verso ha dado en otro tiempo ocasión á críticas reñidas y controversias, no será inútil observar que los moralistas deben sobre todo enseñar á los hombres, que Dios se propone el bien general de su mundo con preferencia al bien de los individuos; y que al dirigir nuestros votos al Cielo no debemos pedir nada que sea contrario al fin del Criador. — Éste es el pensamiento de Pope, y no puede ser más justo, ni más religioso. Según el dogma del cristianismo, Dios es el primer fin de todo; y el bien particular de los individuos es el objeto de una providencia particular subordinada á la Providencia general que conserva y rige el Universo.

N.º 56. — Pág. 173

Y á dominar las olas el nautilo...
Dando remos al mar, y vela al viento.

El Nautilo es un pez que volviéndose sobre su concha, que tiene la figura de una navecilla, nada en el mar alzando sus patas delanteras como dos mástiles, entre las cuales se extiende una membrana en forma de vela, y se sirve de las dos patas traseras como de remos. — Comúnmente se ve este pez en el Mediterráneo. Se encuentran también nautilos fósiles en los arenales de Grignon y en algunos otros lugares de Francia y de Inglaterra.

N.º 57. — Pág. 180

De la divinidad sobre la tierra
Si no la imagen, nos mostró la sombra.

Parece que el autor ha querido designar aquí los tiempos remotos en que nacieron la filosofía y la moral, y especialmente el bello siglo de Grecia, en donde posteriormente

florecieron. Los bienhechores del género humano que tuvo presentes al escribir, fueron sin duda Sócrates y Platón y Aristóteles, que de todos los paganos fueron los que sintieron y hablaron más dignamente de Dios, y los que mejor escribieron sobre la legislación y ciencia del Gobierno.

N.º 58. — Pág. 182

Sobre modos de fe que el falso celo
Dispute, y se enfurezca disputando.

No debemos creer por estos versos que para el autor eran ndiferentes todas las religiones y todos los gobiernos Sobre lo primero él hizo su profesión de fe en la correspondencia, que citamos anteriormente, con Racine, autor de los hermosos poemas de la Religión y de la Grecia. Y sobre el segundo punto, es claro que Pope anuncia una verdad, desgraciadamente confirmada por la experiencia; esto es: que bajo la mejor forma de gobierno, los pueblos no pueden ser felices cuando el gobierno no es administrado con integridad; y que la mejor forma de gobierno es peligrosa cuando la administración es débil, orgullosa, intolerante y corrompida.

N.º 59. — Pág. 182

Quien no hace mal, quien hace bien al hombre
La Religión profesa verdadera.

VARIANTE:

Quien ama á Dios y al hombre y se modera
La Religión profesa verdadera.

N.º 60. — Pág. 182

Olmedo no alcanzó á traducir la cuarta y última epístola del « Ensayo sobre el Hombre. »

Nota editorial.

Nº 61. — Pág. 185

El pasaje de Chateaubriand que inspiró á Olmedo la *Canción Indiana,* es el siguiente :

Nous aperçûmes à travers les arbres un jeune homme qui, tenant à la main un flambeau, ressembloit au Génie du Printemps parcourant les forêts pour ranimer la nature; c'étoit un amant qui alloit s'instruire de son sort à la cabane de sa maîtresse.

Si la vierge éteint le flambeau, elle accepte les vœux offerts; si elle se voile sans l'éteindre, elle rejette un époux.

Le guerrier, en se glissant dans les ombres, chantoit à demi-voix ces paroles :

Je devancerai les pas du jour sur le sommet des montagnes pour chercher ma colombe solitaire parmi les chênes de la forêt.

J'ai attaché à son cou un collier de porcelaines[1]; on y voit trois grains rouges pour mon amour, trois violets pour mes craintes, trois bleus pour mes espérances.

Mila a les yeux d'une hermine et la chevelure légère d'un champ de riz; sa bouche est un coquillage rose garni de perles; ses deux seins sont comme deux petits chevreaux sans tache, nés au même jour, d'une seule mère.

Puisse Mila éteindre ce flambeau. Puisse sa bouche verser sur lui une ombre voluptueuse. Je fertiliserai son sein. L'espoir de la patrie pendra à sa mamelle féconde, et je fumerai mon calumet de paix sur le berceau de mon fils.

Ah! laissez-moi devancer les pas du jour sur le sommet des montagnes pour chercher ma colombe solitaire parmi les chênes de la forêt.

ATALA. — Les Chasseurs (Inserción editorial).

1. Sorte de coquillage.

N° 62. — Pág. 188

Y aquí pago mi amor.

Los antiguos americanos, que la culta Europa llamó indios, regularmente no vivían formando pueblos, sino entre montes, en cabañas separadas unas de otras. Cuando un joven amaba, iba por la noche á la choza de su amada con una hacha encendida; y si la virgen la apagaba con un soplo, era señal de que admitía á su amante favorablemente. La noticia de esta costumbre y la observación de que el valor marcial y el amor á la patria eran las primeras virtudes de aquellos amables hijos de la naturaleza, basta para entender bien esta canción, en la que se ha procurado imitar, en lo posible, el estilo de aquellos tiempos...

N° 63. — Pág. 211

Otras veces la Musa más humana,
Depuesto el regio manto,
Se presenta cual simple ciudadana.

Estos versos designan á la Comedia, así como designan á la Tragedia los anteriores:

Calzó la Musa su coturno de oro,
Y mostrando el puñal ensangrentado...

N° 64. — Pág. 215

Manda alzar otra vez por consolarme
La grave losa del sepulcro frío,

Alusión al milagro del Salvador resucitando á Lázaro y restituyéndole á su hermana.

ÍNDICE

ÍNDICE

Introducción 1
Mi retrato 1
Matemáticas 11
En la muerte de Doña María Antonia de Borbón. . . . 13
Prólogo de *El Duque de Viseo*. 23
El Árbol. 27
Fragmento del *Anti-Lucrecio* (traducción libre). 36
Á un amigo, en el nacimiento de su primogénito. . . . 39
La Victoria de Junín, Canto á Bolívar. 47
Oda XII, libro I, de Horacio (versión castellana). . . . 86
A mon ami J. Villamil. 88
Al General Flores, Vencedor en Miñarica. 89
Á Don Pedro Orbegoso. 102
Ensayo sobre el Hombre (versión castellana). 104
Prólogo de la epístola I. 104
Epístola I. 112
Nota de la epístola II. 132
Epístola II. 138
Epístola III 161
Un sueño. *Canción* 183
Canción indiana 185
Alfabeto para un niño. 189
Oración de la infancia. 195
Canción al Nueve de Octubre. 197

La Libertad 200
Alocución pronunciada por Doña Carmen Aguilar en el nuevo teatro de Guayaquil. 204
En la muerte de mi hermana. 215
Para el álbum de la Señorita Rosa Ortiz de Zevallos. . . 217
En el álbum de la Señorita Grimaneza Althaus. 219
En el álbum de la Señorita Mercedes Guisse. 221
Inscripción para el teatro de Lima. 222
Á Carolina Coronado. 223
Notas 227
Cartas cruzadas entre Bolívar y Olmedo 243
Epístola de Bello. 269
Epístola de Don Felipe Pardo. 280
Epístola de Don J. J. de Mora. 287
Notas (continuación). 291

FIN

DATE DUE

WITHDRAWN

OLMEDO, José J.

Poesías

861
Ol 5
339346

OLMEDO

861
Ol 5
339346

WITHDRAWN